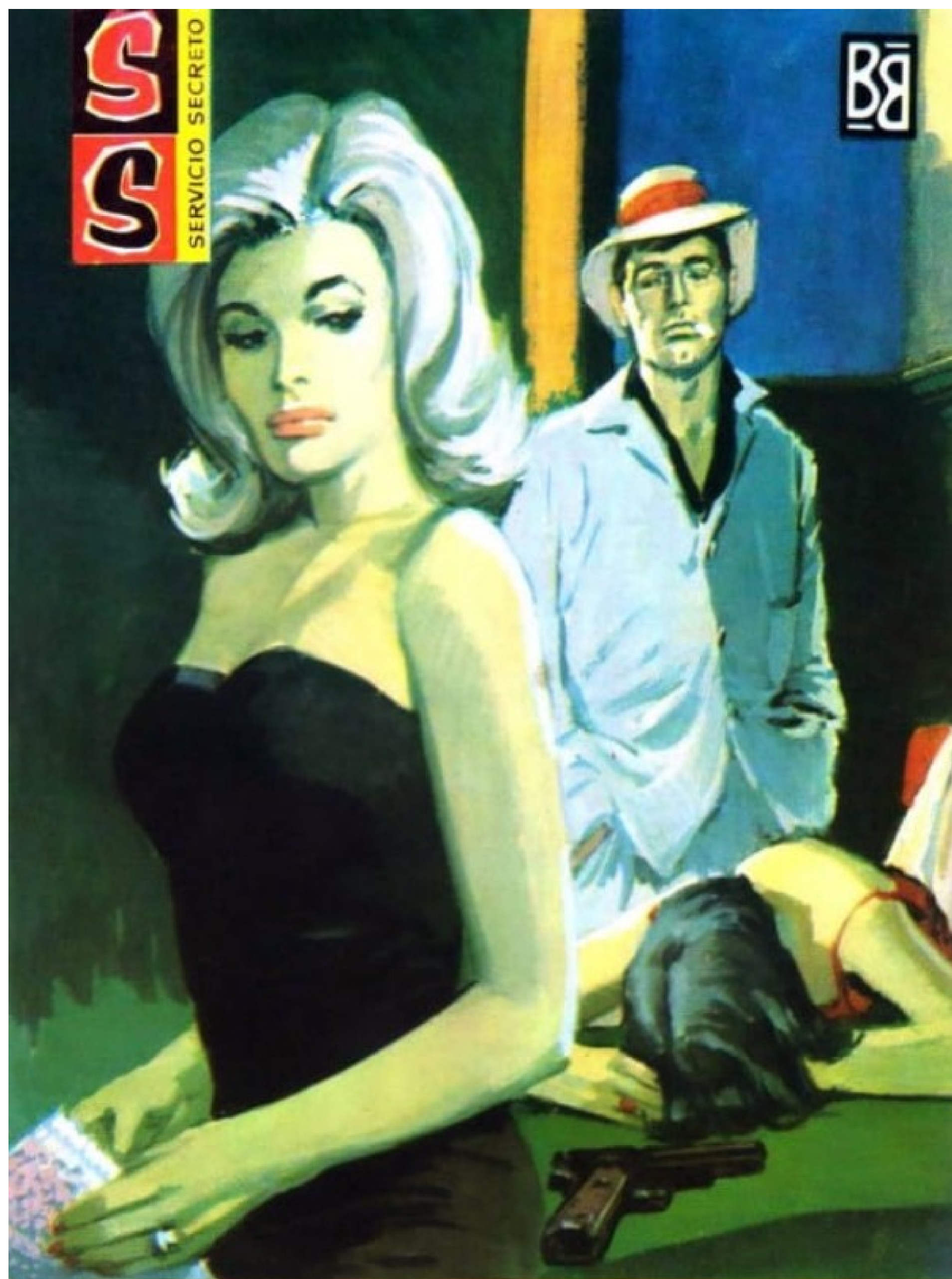


SIEMPRE ES PEOR MORIR

peter debry

PETER DEBRY

SIEMPRE ES PEOR MORIR

Col. SERVICIO SECRETO n.º 682
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 15.669-1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

PRIMERA EDICIÓN: SETIEMBRE 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 2104/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
517. La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:
674. Solo mueren los otros.

En Colección BÚFALO:
229. El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:
77. Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS.
93. Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:
28. Cachorro de «gun-man».

En Colección PUNTO ROJO:
67. F.F. ha sido secuestrada.



CAPÍTULO PRIMERO

En la extensa sala de espera los altavoces anunciaban con intermitente insistencia y en varios idiomas las próximas salidas de aviones y sus puntos de destino.

En una mesa del amplio bar del aeropuerto neoyorquino, Steve Colman saboreaba su segunda mixtura: un dedo horizontal de jugo de naranja y un dedo vertical de coñac. Sin soda y sin hielo.

El aire acondicionado hacía agradable la estancia en el bar. El verano parecía resistirse a ceder el paso a las brisas otoñales. Y aquel fin de setiembre era caluroso, casi sofocante.

La sahariana marrón de Steve Colman necesitaba visitar la tintorería. Su sombrero panamá había dejado de ser blanco para adquirir un matiz amarillento. La camisa blanca, de malla, formaba parte de un juego de siete iguales. Renovable a diario, para permitir su uso sin corbata y no parecer desaliñado.

Un pantalón de fresco tergal y unas sandalias de tenis completaban el vestuario del hombre que, solitario, esperaba.

Algunas viajeras en tránsito entre avión y avión, miraban de vez en cuando al solitario individuo del panamá amarillento.

Una sudamericana, sosteniendo en el antebrazo un pequinés, se acodó en el mostrador, mientras su acompañante solicitaba dos jugos de papaya «bien helados». La sudamericana contempló al intrigante individuo solitario y dijo:

—Curioso tipo aquel del rincón. Allá, Juancho. El de la cazadora

canela. ¿No te recuerda a nadie?

—Pues no, mi amor.

—Fíjate mejor, hombre. Es exacto, exacto, el doble de Robert Mitchum.

—¿Y quién «vainas» es Mitchum? Suena a estornudo.

—El actor de cine, hombre. El «altote» que las vuelve locas.

—Siniestro —sentenció el sudamericano—. Parece estar planeando un atraco.

Steve Colman planeaba cómo poder distribuir los ocho dólares que tenía en el bolsillo, de modo a resistir hasta el lunes. Su único amigo, Ben Levine, no cobraba hasta el lunes.

Pudiera ser que la cita que le había dado por teléfono le produjese algún ingreso. Pero lo dudaba.

Seguía ajeno a todo el ajetreo de salidas y entradas. Al trasluz del ambarino licor anaranjado, buscaba inútilmente desde hacía meses una respuesta a una pregunta constante: ¿Dónde estaba la solución a su tedio, al cotidiano aburrimiento de vivir vegetando?

Ben Levine pretendía que debía casarse. Con la simpática y alocada Marigold Bernstein. Tal vez había adivinado Ben que íntimamente, él, estaba enamorándose como un colegial de aquella alegre y desenvuelta muchacha.

Pero para casarse se necesitaba antes que nada contar con un ingreso fijo y un trabajo estable. Dos condiciones que no se daban en Steve Colman.

—¿Steve Colman?

Apartó Colman los almendrados ojos del vaso, alzándolos hacia el que acababa de interpelarle. Un individuo alto, de aladares cenizosos, rostro juvenil y saludable, de claros ojos azules. Elegantísimo, con naturalidad, sin rebuscamiento.

—Yo soy Steve Colman.

—Le cité en este lugar a causa de que mi viaje me ha sido impuesto a última hora. Partiré dentro de cuarenta minutos en el vuelo a Estocolmo.

Se sentó frente a Colman. Este ya había valorado mentalmente el «Borsalino», la americana azul, la camisa blanca a medida, la corbata mariposa de liso color plateado, el pantalón oscuro y los zapatos de tafilete, como prendas caras y exclusivas.

—Un «Alexandra» —pidió el recién llegado al camarero.

Dejó en otra silla su maletín-portafolios y del bolsillo superior sacó una tarjeta, tendiéndola a Colman, que leyó:

NILS NORVIK
Representante
M.G.W. — Svensk

No había dirección ni teléfono. Letras en relieve y un blasón en el ángulo.

—Debo ser breve forzosamente, Colman. He contratado ya los servicios de otro detective, cuyos turnos son de ocho de la noche a una de la madrugada, y de once de la mañana a tres de la tarde. Me pidió cincuenta dólares diarios y trescientos al final de los siete días que durará mi ausencia.

El camarero dejó sobre la mesa el coctel solicitado, y cogiendo Norvik los «tickets» junto al platillo de Colman y el suyo propio, pagó.

—Usted me telefoneó a las seis. No figuro en la guía —comentó Colman.

—Walt Fergus, el detective que he contratado para escoltar a prudente distancia, me lo recomendó.

Walt Fergus, un granuja sin el menor escrúpulo, pensó Colman.

—Supongo aceptará las mismas condiciones, Colman.

—Depende de la tarea. No es que yo sea escrupuloso en exceso, pero antes de aceptar, siempre deseo saber el terreno que piso.

—Mi esposa, Hilda Norvik, no puede venir conmigo.

El índice derecho de Colman removió el aire, de derecha a izquierda y viceversa.

Nils Norvik manifestó:

—No es lo que usted supone. Yo carezco en absoluto del menor motivo para sentirme celoso, y por otra parte, mi esposa es fundamentalmente honesta. Pero en estos últimos días, cree que su vida corre peligro.

—Ya. ¿Nervios desquiciados?

—Hilda posee unos nervios de acero, si se me permite la expresión. Deformación profesional —sonrió Norvik—. Represento maquinaria para fábricas de papel. Mi mujer es serena, apacible e inteligente.

—¿Recibió amenazas anónimas?

—No. Y por presentimientos o sospechas sin demostración, no puedo recurrir a la policía.

Asintió Colman con lenta cabezada. Prosiguió Norvik:

—Para nada ha de hablar usted con ella, salvo que ella le requiera. Vigilará el acceso a nuestro piso y acudirá en caso de que ella le solicite. Tome.

Colocó Norvik sobre la mesa una llave pequeña, plana y dentada.

—Es la del piso. La dirección está en la guía.

—¿Descripciones o nombres de personas que sospecha inspiran temor a su esposa?

—No poseo el menor indicio.

—Yo, si me sintiera amenazado, sabría la razón. ¿Cuál es?

—Pudiera ser objeto de un chantaje, por ejemplo, infundiéndole temor.

—¿Cómo?

—Alguien siguiéndola insistentemente, por ejemplo.

—Bien. Quedamos en que mi misión consiste simplemente en escoltar a distancia prudente a la señora Norvik, y acudir solamente si ella lo solicita. ¿Mis tumos?

—Empezará a las siete de la mañana y a las once le relevará Walt Fergus. Regresará usted a las tres de la tarde, hasta las ocho. Le extiendo el cheque por los siete días. A mi regreso le abonaré los trescientos de prima.

Una «Sheaffers» de oro rasgueó sobre la hojilla del carnet de cheques, rubricando.

—¿Quién le recomendó a Walt Fergus?

Tendiendo el cheque, Nils Norvik arqueó las cejas. Dijo secamente:

—Fue policía y es especialista en escoltas. Anuncia sus servicios en la Prensa. ¿Algo más, Colman?

—Indicarme si debo anotar las visitas y horarios.

—No es preciso. Usted y Fergus son escoltas a distancia. Deben evitar cualquier agresión.

—Estando las visitas dentro del piso, pueden agredir.

—Para esto le di la llave. Mi esposa llamaría.

—¿Cómo?

—Ella tiene licencia de armas y no la sorprenderán. El peligro, si existe, no se presentará en nuestro piso, sino cuando ella salga a pasear.

Miró Norvik su reloj. Un cronómetro extraplano, de platino.

—Son ya las siete y veinte. Voy a la sala de espera.

Tras recoger su maletín se puso en pie. No tendió la mano.

—Buenas noches, Colman.

—Buen viaje, Norvik.

Se irguió un poco el escandinavo. Se alejó con ágil zancada.

Debía estar acostumbrado a ser tratado con mucha ceremonia, pensó Colman, chasqueando los dedos hacia el camarero que pasaba. Le señaló su vaso vacío y movió el dedo en corto arco.

Su tercer tónico favorito le sentó bien. Si no rebasaba la dosis, gozaría de una racha de buen humor. Lo necesitaba para entrevistarse con Walt Fergus.

En el cuarto piso del suntuoso edificio, Walt Fergus parecía esperar el ascensor. Era el prototipo del granuja risueño. De facciones afiladas, zorrunas, fácil risa y malignos ojillos verdes siempre húmedos, poseía fuerza su compacta gordura.

—Caramba, ¡pero si es el propio Steve Colman! Te dieron el horario equivocado.

—Vine a verte, Walt. No he cenado y así no corro el riesgo de vomitar contemplándote.

—Siempre tan chistoso y simpático —sonrió Fergus—. De modo que te proporciono un cliente «platudo» y como agradecimiento me largas

piropos.

—Déjate de disimulos conmigo, Walt. Somos crápulas de la misma camada. Nadie puede fiarse de ti y menos yo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Fergus.

—Habiendo otros mangantes por ahí, no veo el motivo por el cual fuiste a elegirme precisamente a mí. No me puedes ver ni en pintura, y es recíproco, cariño.

—Supe que andabas apretado, y como no me costaba nada recomendarte, pensé que hoy por ti y mañana por mí.

—Estuve por decirle a Norvik la clase de pinta que eres.

—Que somos, Steve —rectificó Fergus jubiloso.

—Hubiese tenido que aclararle a Norvik que si hay algún asesino rondando a su esposa, le echarás una mano si te paga bien.

—Tu concepto de mi elevada moralidad me ofende, caramba —y soltó Fergus su peculiar risotada en escalas decrecientes—. No hay asesino rondando. Lo que hay es que la estupenda señora Norvik, que está descomunal, sufre alucinaciones.

—¿Te consta?

—Pupila y deducción, colega.

—¿Sigues chantajeando a tus vecinos que trabajan de noche?

—Se me acabó la correa, Steve —rio Fergus—. Hace tiempo que eres un amargado. Revienta solo, pero no amargues ni jeringues a los demás. ¿Tan amigos, Steve?

—Más que nunca, Walt. Buena guardia y ojalá te peguen un tiro en la tripa.

—Eres un tío salado, Steve. Abur.

Bajando en el ascensor, meditó Colman que no debía ser tan desconfiado. A lo mejor, Walt Fergus empezaba a sentir deseos de redimirse. Como él.

Pero el deseo de redimirse lo experimentaba únicamente cuando veía a Marigold Bernstein.

* * *

Marigold Bernstein, balanceando el bolso de rafia, silbaba entre dientes al atravesar la calle convertida en campo de «béisbol» por la chiquillada del barrio judío. El contraste entre sus ojos grises y el negro cabello rizoso era uno de sus atractivos. El rostro, de pícara sensualidad, complementaba la armonía de su cuerpo ágil y de rotundas líneas, inspiradoras de frecuentes silbidos admirativos.

En la esquina, alguien le tendió un prospecto. Lo leyó primero distraídamente, luego con entusiasmo. La Agencia «Art-Gloria», conocidísima en el mundillo del espectáculo, solicitaba «jóvenes morenas, de ojos grises»... Talla y peso, casi coincidían.

Apresuró ella el paso, contenta.

Ignoraba que cada paso que daba la aproximaba a una muerte meticulosamente planeada para fecha próxima.

CAPÍTULO II

Hilda Norvik era una espléndida rubia. Tipo nórdico, de blanca envoltura y restallante contenido. Una mujer nacida para embrujar, suscitando pasiones. Sus rasgos faciales, compactos, acumulaban una poderosa fascinación.

Hasta en su total inmovilidad, tendida en la alfombra, inerte el hermoso cuerpo revestido de azul, aquella mujer rebosaba de vitalidad.

Yacía de lado, desparramada la larga cabellera rubia sobre el almohadón que alguien colocó bajo su cabeza. Dobladas las piernas, parecía sostenerse las rodillas juntas con la mano izquierda, donde destellaba en verde fulgor una purísima esmeralda.

En la mesita que rozaba el centro del diván, había dos frascos: uno de «pippermint» y otro de ginebra seca. Tres copas, un cenicero con colillas de tres marcas, un encendedor «Flaminaire» y una pitillera femenina.

Pero de todos aquellos objetos, el que llamó inmediatamente la atención del sargento Owen Fleming fue un pedazo de metal dorado. Una figurilla triple. Enguantada la diestra, la sopesó. Parecía plomo recubierto de purpurina amarilla. Tenía un espesor de un centímetro, por dos de alto y tres de largo.

La figurilla representaba los tres simios legendarios que, según los hindúes, simbolizan el mejor sistema para alcanzar la humana placidez: no ver, no oír, no hablar.

Los tres monitos sentados, se tapaban respectivamente con ambas manos la boca, las orejas y los ojos.

La base plana de la figurilla tenía grabado un signo: una balanza, cuyo fiel señalaba la igualdad de los dos platillos.

El resto del equipo al mando de Owen Fleming, sargento de una sección de la Sexta Brigada Criminal, efectuaba con rápida precisión los trámites: fotografías, trazados del lugar, tiza en torno al cuerpo, búsqueda de huellas y las restantes rutinas.

El forense había dado ya su dictamen preliminar: muerte instantánea por ingestión de un poderoso paralizador del corazón. Un tóxico que, por el momento, sin previa autopsia, no podía ser catalogado con exactitud.

—¿Curare? —habíase interrogado el médico en voz alta—. Por lo menos, algún alcaloide similar en sus efectos. En todo caso, la muerte es muy reciente. Los miembros poseen aún tibieza.

—¿Media hora, una, dos? —había preguntado Fleming.

—Más de media, menos de una.

Se fueron los detectives anunciando la próxima llegada de la

ambulancia, y entonces el sargento Fleming, con gran fruición, decidió que acababa de sonar el minuto adecuado para atacar:

—La vida tiene sorpresas constantes, Steve. Mira por dónde volvemos a encontrarnos inesperadamente. Tú, junto a la señora Norvik, difunta, y yo, dispuesto a oír todas tus interesantes declaraciones.

—Pregunta, que es tu oficio.

—Era también el tuyo, hasta que te echaron por chantajista y malas compañías.

—Un momento, un momento, mi sargento —especificó Colman—. Me expulsaron por haber aceptado mil dólares de un presunto *gangster* de poca monta, quien me los dio para callarme porque le sorprendí en una partida de póker trucado. No era delito. Los otros tres eran tan mangantes como él. Rebañó con toda la plata de la mesa, y yo que estaba de árbitro imparcial, al irse sus amigos, le dije que no volviese a emplear el truco del transistor y el lavabo, ante mis narices. Se puso tierno y me pagó mil dólares para evitar que sus amigos lo liquidasen si se enteraban. O sea que no quise ser chivato y se chivó él mismo. Algún día toparé con él. Aclarado el asunto, tuya es la palabra, mi sargento.

—Recapacitemos. Todo principió con una llamada telefónica, procedente de este piso.

—Y el aparato tiene las huellas de mis dátiles.

—Comunicaste a mí Precinto que acababas de descubrir un cadáver. Diste la dirección, tu identidad y colgaste.

—Cumplí con mi obligación de ciudadano consciente y honesto.

—Je, je… A esta ciudadana —y tendió Fleming el índice hacia la muerta —la conocerás perfectamente.

—La conocía de lejos y superficialmente. ¿No es una pena? Porque Hilda Norvik viva y muerta, es un verdadero monumento.

—¿Te abrió ella la puerta?

—Qué cosas tienes, Owen. No fastidies.

—Estáis los dos solos aquí. Si no te abrió ella, ¿cómo entraste?

—Por la puerta. Abriéndola yo —y del llavero sacó Colman la filigrana dentada, dejándola sobre la mesita. Junto a los tres monitos.

—Vaya, hombre. No la conocías más que de lejos y por encima, y ahora resulta que tienes la llave del pisito. ¿Lo sabe el marido?

—Naturalmente que está enterado.

—Caray…

—No te extravíes. El marido me contrató.

—Te contrató… ¿En calidad de qué?

—Nueva aclaración, mi sargento. Hace exactamente dos meses me extendieron una licencia, absolutamente legítima, para ejercer mis talentos deductivos con carácter privado, en nuestra ciudad.

—Caray —masculló Fleming, poniéndose en pie—. Tardan los de la

ambulancia.

—A ver si están sacando a alguien de otro piso.

—Luego me reiré. Sigues igual que siempre. Diciendo barbaridades, con la cara más seria que un viudo enamorado. Conque Steve Colman honra a la ciudad de Nueva York ejerciendo sus talentos de sabueso. Me agradaría ver tu licencia, Steve.

Tendió Colman el carnet, alegando:

—Debidamente sellado por la jefatura de sabuesos con paga fija, rubricado por el Comisario Intendente y avalado por varios ciudadanos respetables que estamparon sus firmas, dando fe de que con toda honradez les resolví casos peliagudos.

—Tus avaladores los voy a anotar, Steve. No es que tenga inquina ni ojeriza. Pero cuando éramos simples agentes me pisaste dos planes morrocotudos. La mulata que cantaba en el «Merry» y la que bailaba en el «King'ho».

—Muchacho, pero si eran dos chifladas. La culpa fue tuya. Tú eres un roñoso tacaño y yo soy un espléndido botarate cuando tengo plata fresca. Ellas descorcharon docenas de frascos conmigo, que era lo que las enamoraba, y eso es todo. Tú las invitabas solamente a que te mirasen el blanco del ojo.

—Volvamos a la difunta señora Norvik. Supongo que ella sabía que tenías una llave.

—No lo sabía. Esta llave me la entregó Nils Norvik, el marido.

—Que venga aquí tu contratante. Llámalo.

—Puedo, pero tardará en llegar.

—¿Por qué? ¿Está paralítico?

—Hace tres días que se marchó. Está en Suecia, allá por arriba de Europa.

—Según se gira a mano derecha. ¿Y qué hace por Suecia, dejando aquí a una esposa tan suculenta?

—Es representante de una fábrica de papeles. Me dijo que no regresaría hasta dentro de cuatro días.

—Telegrafiaré. ¿Dónde para?

—A la espalda de esta tarjeta apuntó su hotel con la dirección bien clara, porque es sueca y enrevesada. Tuya la tarjeta.

—Gracias, Steve. Tardan los de la ambulancia, caray. ¿Por qué empleaste esta llave hoy?

—Porque llamé a la puerta, y al no recibir respuesta entré. La encontré tal y como la ves. Telefoneé al precinto del barrio. Y aguardé.

—Bien, bien, bien. Te contrató Nils Norvik para que espiases a su esposa. Sería coqueta ella.

—Me contrató para impedir que la matasen. Fallé.

—Caray...

—Tardan los de la ambulancia, ¿eh? —dijo Colman amablemente.

Owen Fleming resopló. Era de los que solo apreciaban el propio humorismo, no el ajeno.

—Recapacitemos y vamos a ver si logro entender tu cuento —y manos a la espalda, empezó a pasear por la espaciosa sala. Como un catedrático ante un párvulo desesperante—. Nils Norvik, al ausentarse, emplea tus servicios de detective privado para que le conserves sana y salva a su esposa Hilda. Tú eras el ángel de la guarda. ¿Lo sabía ella?

—Supongo que sí.

—Entonces, como una buena sombra vigilante, tu misión era rondar, sin asomarte, ¿no es así?

—Así es.

—Recapacitemos. Eres el vigilante contratado por el marido y no debes asomarte. Entonces, ¿por qué diablos empleaste tu llave y entraste?

Mintió Colman, porque ella no le podía desmentir:

—Hilda Norvik estaba citada a las seis en casa de una amiga suya. Y yo...

—Alto... ¿Cómo puedes saber que estaba citada?

—Habló ella por teléfono en un bar. Tengo buenos oídos. Yo sabía que Hilda estaba aquí, y al ver que eran las seis y veinte y no salía, me decidí a llamar. No respondió. No podía.

El índice de Fleming señaló la mesita:

—Tres copas. ¿Estuvo sola todo el tiempo?

—Que me registren. La gran pega es que estos pisos tienen dos salidas y entradas. Una, en la que estaba yo. Otra, aquella al fondo del pasillo. Pudo ella recibir a quién se le antojó, y yo sin enterarme.

Owen Fleming estaba de espaldas.

Steve Colman respingó y apretó fuertemente las abiertas manos sobre sus muslos, para evitar levantarse de un salto.

Cerrados los ojos hasta entonces, la muerta acababa de abrirlos y le miraba fijamente.

Owen Fleming, volviéndose, se aproximó a la silla ocupada por Colman. Hilda Norvik bajó los párpados. Inerte, inmóvil.

—Nils Norvik debió mencionarte los motivos por los cuales creía amenazada la vida de su esposa.

—Dijo que no era asunto mío.

—Te diría por lo menos quién o quiénes deseaban liquidar a esta dama.

—No.

—Entonces, ¿cómo diablos podías ser útil y para qué servías?

—Me pegaba como una lapa a este piso, desde fuera, y a los pasos de Hilda, disimuladamente.

—¿Para qué te dio la llave?

—Por si entraba en el piso algún sospechoso y yo oyese gritos de

auxilio o ruidos raros.

Se dirigió Fleming al ventanal. La yacente muerta volvió a abrir los ojos. Unos ojazos de ensueño. Entre azules y violetas. Pestañeó, fija la mirada en Colman.

Owen Fleming, volviéndose, manifestó:

—Esta muerta te traerá disgustillos, Steve.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

—Si la hubiese matado yo, no hubiese llamado a la policía.

—No te acuso, ni por aproximación, de asesino, Steve. No es que seas muy recomendable, pero hasta ahora no te creo tan necio como para meterte a asesino. En definitiva, lo único cierto es que no puedes darme ningún dato utilizable.

—Te lo he dado ya. Interroga al marido, y a ti tendrá que decirte quién o quiénes pudieron… matar a Hilda.

Hilda Norvik, ahora, solo levantó un párpado. Parecía dirigirle un guiño a Colman, pero su rostro estático no tenía la menor movilidad.

—Vamos a tener que ir tú y yo por la ambulancia, Owen —sugirió Colman.

—Si quieres puedes irte, Steve. Ya apunté tus señas, y te llamaré. Supongo duermes en tu despacho.

—Bien supuesto, porque no puedo pagarme dos albergues. Si me voy ahora, ¿cuándo declaro por escrito y con firma?

No quería Colman separarse de aquella extraña muerta, que de nuevo mantenía los ojos cerrados y seguía totalmente inmóvil, en una postura incómoda.

—Aprecio tu compañía en lo que vale, Steve, pero no te necesito… hasta que vea el asunto con más claridad. Vaya, hombre, ya era hora.

Entraban los dos camilleros. Un pecoso rechoncho y un calvo membrudo. Taciturnos y solemnes se aproximaron a la yacente. Uno la cogió por los sobacos y el otro por la parte posterior de las rodillas.

Tendieron la espléndida anatomía en la camilla. Colman miró sus placas, que llevaban el escudo del Depósito y el número 7 superpuesto.

—Hasta cuando quieras, Owen.

—Hasta muy pronto, Steve.

Colman siguió a los que transportaban a la enigmática Hilda Norvik.

En el ascensor de servicio, el camillero pecoso preguntó:

—¿Familiar?

Colman dijo que sí con lenta cabezada de circunstancias. El calvo suspiró, dando a entender que la vida era un frágil soplo, una enfermedad más o menos larga que desembocaba fatalmente en la muerte.

En su calidad de familiar tácitamente admitido, Colman asió la diestra de Hilda Norvik. Helada por completo, laxos los dedos. Una mano de

muerta.

Las largas pestañas, no postizas, estaban adheridas entre sí.

Pero él no lo había soñado. Ella le había mirado tres veces. La última con una sola pupila, como si le costase mucho levantar el otro párpado.

De naturaleza impasible y carente de impresionabilidad, Colman trató de explicarse aquel fenómeno. Debía de ser lo que llamaban los forenses: «contracciones post mortem». Había muertos que, al parecer, horas después se sentaban en la mesa del depósito. Otros, crujían de dientes...

Tras introducir la camilla en su soporte lateral de la camioneta, dijo el pecoso:

—No está permitido acompañar dentro de la ambulancia. Lo siento. De todos modos, puede seguirnos.

El calvo estaba al volante, y el pecoso pasó a montar guardia al interior, junto a la camilla.

Pisó Colman la seta de embrague y su baqueteado «Pontiac» de quinta mano siguió la estela aullante de la ambulancia. Casi pegado el parachoques delantero con el posterior de la camioneta.

El tráfico se detenía a trechos. Otros no. Y Colman empezó a pensar que al depósito iban a ingresar otros tres muertos: el calvo, el pecoso y él.

La ambulancia se colaba por los espacios más inverosímiles, sirviéndole de tanque abridor. Pero el pie de Colman sentía un ansioso cosquilleo tendente a pisar el freno a fondo.

Debía existir un San Cristóbal especial, protector de los chóferes de ambulancia, meditó, cuando llegaron sanos y salvos al patio interior de un edificio antiguo, en la margen oeste del Hudson. La *Morgue* del séptimo.

La ambulancia presentó su tren posterior dirigido hacia un montacargas, que en aquel caso era un baja-cargas porque la camilla, Hilda y el pecoso, bajaron hacia un sótano.

El pecoso, antes de descender, aconsejó servicial:

—Vaya por aquella escalera al sótano. Tercera puerta a su izquierda.

El calvo, cerrando la portezuela, aclaró:

—Él es el interno de servicio en la sala tres.

Bajó Colman las escaleras con rapidez, y al desembocar en el pasillo, el olor a zotal y a fénico picoteó en su nariz.

La tercera puerta a la izquierda era giratoria y encristalada.

Un individuo, también de bata blanca, con gruesas gafas, ayudaba al pecoso a transportar la camilla a una de las mesas. Había cuatro mesas. En dos de ellas, algo rígido tensaba la sábana colocada a modo de cobertor.

En una pared había una serie de cajones que parecían de archivos. El pecoso susurró al oído de su compañero:

—Un familiar.

El de las gafas miró a Colman. Vio un semblante muy serio, casi tétrico, y dijo:

—No es muy reglamentario.

—El sargento no le impidió venir —acotó el pecoso.

Tendieron a Hilda Norvik sobre una mesa, echando una sábana por encima. El de las gafas anunció:

—Llámame cuando sea la hora.

Salió de la estancia, y el pecoso señaló un recuadro blanco sobre una puerta. Parecía un anuncio luminoso, pero sin letras.

—Cuando se encienda, ella pasará al quirófano.

—¿Autopsia? —preguntó Colman.

—Es inevitable. De momento puede quedarse aquí, junto a ella.

Por lo visto el pecoso era un romántico compasivo con el familiar o enamorado.

Alzó Colman la sábana, bajándola hasta el busto.

Los dos ojazos, de un azul virando a violeta, le miraron con fijeza, pestañeando.

CAPÍTULO III

«Tienes que carburar, y pronto, Steve. Un problema de alivio el que presenta esta guapaza. Y tienes que resolverlo enseguida, antes que el bisturí empiece a hacer de las suyas. Bueno, llama a Owen. Es lo sensato».

El pecoso estaba manipulando en una de las mesas, empujándola hacia el archivero. Atrajo un cajón que resultó ser muy largo. Apalancó repetidamente a un lado de la mesa rodante, y la plana superficie con el cuerpo bajo la sábana fue elevándose hasta quedar estabilizada junto al lado abierto del cajón.

Era el frigorífico para la conservación de los restos en buen estado.

Colman se inclinó sobre el hermoso rostro, en el que los labios se movían:

—Colman.

Su apellido. Musitado tenuemente.

Para el pecoso, Colman debió pasar al rango de marido desconsolado ante la próxima y definitiva despedida, al quedar inclinado.

—Váyase —musitó ella.

Colman denegó con la cabeza.

—Iré a su despacho —bisbiseó ella.

Un bisbiseo que, para los oídos del pecoso, podía ser una oración póstuma.

—Váyase.

Algo rozó la colgante diestra del detective. Muy fría la mano de Hilda Norvik, pero presionaba, presionaba repetidamente.

No se dejaría descuartizar, pensó él.

Los ojazos suplicaban. Asintió Colman. Se aproximaba el pecoso diciendo:

—Lo siento, pero no tardará en encenderse el aviso, y si viene el forense me la cargo.

—Gracias, amigo. Quisiera saber su nombre.

—Ray Gardiner.

Se desprendió Colman de un billete. Ray Gardiner se Oponía a aceptarlo y parecía sincero. Insistió Colman:

—Ya que no puedo invitarle, tómese unas copas a nuestra salud, Ray.

—Así lo haré. Gracias.

Abandonó Colman aquella nevera lúgubre, y en el pasillo se cruzó con el camillero calvo. Se saludaron como antiguos conocidos.

Tras el volante de su «Pontiac» se puso a meditar. Un médico era un médico. Axioma infalible demostrando que un médico sabe lo que se trae

entre manos. Entre sus manos sostuvo, mantuvo y palpó a la muerta.

Se había incorporado atestiguando que estaba muerta, y aludió a un tóxico paralizador. Ahora, en la antesala del quirófano donde otro técnico registraba las vísceras en busca de tóxicos, la muerta, según dictamen forense, le ordenaba que se fuese y afirmaba que iría a su despacho.

Pisó el acelerador. Una cosa era tan cierta como que acababan de repicar las ocho de la noche. La que ingresó como cadáver, habló. Ya no se trataba de pestañeos y posibles contracciones «post-mortem».

Hilda Norvik habló. ¿Qué se proponía?

Lo normal hubiera sido levantarse de la alfombra del piso, saludar jovialmente al sargento Fleming y decirle que allí no había pasado nada, y tan amigos todos.

Steve Colman se alojaba en pleno Bronx, incrustado en un barrio de ruidoso vecindario. Entre un garaje a un lado y un restaurante al otro.

Saliendo del garaje había unas escaleras que bajaban en el hueco de la acera. Allí en aquel entresuelo rasero tenían su despacho y vivienda Steve Colman y Ben Levine.

Por separado. El mismo tabique aislaba sus alcobas y salitas de meditación. Ben Levine era un «happening» independiente. Un cazador de sucesos que salía a diario por el cocido, armado de dos instrumentos: su «Leica» y un bolígrafo.

Sacaba fotografías originales, escribía el relato de un suceso inventado o no, con preguntas y respuestas inventadas o no, y remitía fotos y reportaje a varios periódicos y revistas. Sus remesas aterrizaban frecuentemente en cestos de desperdicios, pero cuando le publicaban un «Sucedió ahora», lo que ganaba le cubría ampliamente una quincena.

Entró Colman en su despacho y pasó a su cabina-dormitorio. No se podía extraer más provecho de menos espacio. La cama, a un metro cincuenta de altura, con una escalerilla lateral, tipo litera de barco, tenía debajo el armario de la ropa. A un lado, la ducha, el lavabo y el inodoro patentado, se escondían pudorosamente tras un plástico floreado.

El despacho tenía cabida para una mesa, un sillón giratorio y dos sillas. No acudían más de dos personas a visitar a un privado. Casi siempre una sola.

En una pared, un gran calendario y dos marinas. Las había pintado Ben Levine. En la otra pared había un cuadro que a primera vista semejaba un diploma. Al segundo vistazo, la hermosa caligrafía que Colman calcó, letra por letra, de un cuadernillo escolar, impresionaba mucho al cliente.

Apenas leía la primera línea, ya no paraba hasta la última. Y así, mientras, Colman los estudiaba a la par que ellos leían:

> «SERÁ FELIZ SI CONOCE...
> 1.° El *valor* del tiempo;

2.° La *satisfacción* del trabajo bien realizado;
3.° El *éxito* de la perseverancia;
4.° La *libertad* conseguida por el ahorro;
5.° El *dominio* de su temperamento;
6.° El *tesoro* de la cortesía, y
7.° La *dignidad* de la sencillez».

Máximas formidables que nunca practicaba el autor.

El tabique donde estaba el calendario repicó como un tambor. Por tres veces onduló Elizabeth Taylor, impresa a todo color y casi a tamaño natural, en el calendario. Aproximándose, Colman besó en el hombro a Liz, mientras repicaba dos veces espaciadamente.

El código establecido con Ben Levine se traducía fácilmente. Un solo golpe en respuesta, significaba: «Cliente. No vengas». Dos: «Ven». Tres: «Déjame en paz». Casi siempre, la respuesta eran dos golpes.

Pensó Colman que tendría que pedirle a Ben otra ampliación retocada de Liz. Un hombro ya estaba menos sonrosado que el otro. Sin saber la causa, prefería besarla en el hombro bajo el cual tenía que latir un corazón.

Ben Levine, de negro cabello muy crespo, anchas fosas nasales y mandíbulas de caníbal como su dentadura, era de mediana estatura. Y era el único ejemplar humano con el cual Colman practicaba «lo tuyo es mío y lo mío es tuyo».

—No se te ve el pelo apenas, Steve.

—Trabajo.

—¿La sueca? Oye, tienes que conseguir que pose para mí. La vi circular contigo a la zaga, y es una maravilla. La quiero pintar no para un «happen», sino para decorar mi pared. Solo la vi un ratito y aún me duran las palpitaciones.

—Tienes que fabricarme otra Liz. Le gasté la epidermis. Por cierto, si se entera ella que le hiciste un juego de vestuario, te buscas el lío.

—Tú no te chivas.

La foto era especial. El cliente veía a una hermosa morena, la Taylor, con vestido primaveral. Pero la foto era de una modelo del «Man», idéntica a la actriz. El vestido del calendario era de quita y pon. «Alcachofa» lo llamaba Ben. Se quitaban tres o cuatro hojas, y aparecía la dulce fruta sin cáscaras.

—Antes que se me olvide, Steve. El viejo Bernstein ya vuelve a lloriquear, lamentándose que hace tres días que no aparece Marigold.

—Marigold es un caso —sonrió Colman. Sonreía una vez por mes—. Una buena pieza, que cuando visita un barrio elegante tarda días en reaparecer. Y sin malicia, porque es una cándida. Se emplea en lo que sea con tal de aspirar aires mejores, según dice. La última vez que tuve que

salir en su búsqueda me la topé vendiendo helados en un *kiosko* elegante de la Lexington. Ahora creo que una agencia le dio la gran oportunidad, según me telefoneó, leyéndome un prospecto antes de ir allá.

Siguieron charlando, compartiendo emparedados y cerveza, que fue Levine a buscar al restaurante al decirle Colman que no podía separarse del teléfono.

A las diez de la noche, Levine anunció que se caía de sueño. Se fue, y Colman, apenas estuvo solo, cogió el teléfono, marcando los números del Depósito 7. Pidió que con urgencia avisasen a Ray Gardiner.

El pecoso mencionó sus nombres y preguntó con quién hablaba.

—... Soy el familiar de la señora Hilda Norvik, ¿recuerda?

—... Ah, sí. Dígame.

—... Deseo saber si ha habido alguna novedad.

—... ¿Novedad? No. Todo normal. Los trámites rutinarios.

El aparato tembló levemente en la diestra de Colman.

—... ¿Cómo dice?... ¿Los trámites...?

—... Bien, ya se lo expliqué. Se realizó la autopsia y el cuerpo reposa etiquetado en el departamento...

Soltó Colman el teléfono. Ray Gardiner debió perdonarle la brusca interrupción, pensando en el dolor del enamorado evocando el descuartizamiento de aquella obra de arte.

Pero, pese a su gran aplomo, si soltó Colman el teléfono fue porque la que entraba en el despacito era Hilda Norvik.

Y no la transportaban en camilla. Avanzaba por su propio pie. Rebosando vitalidad.

CAPÍTULO IV

Colman ahorquilló debidamente el aparato.

Hilda Norvik seguía siendo una verdadera filigrana artística. Un leve tejido azul la envolvía prieta y mimosamente, como una segunda piel. Y desde la punta de sus zapatos hasta la cumbre de sus dorados cabellos parecía recién salida del instituto de belleza.

Pero se habían despedido en la *Morgue* número 7, mesa tres.

Y el interno Ray Gardiner acababa de comunicarle que a la pobre señora Norvik la habían registrado y examinado a punta de bisturí.

Hilda Norvik, sentándose, cruzó las piernas con indolencia y abrió un bolso. Extrajo un paquete de «Chester», cogió un cigarrillo, lanzó la cajetilla sobre la mesa, y Colman le presentó su encendedor.

Mientras encendía, ella le asió el puño. Una mano tibia, satinada, de suavidad similar a la piel de un bebé saliendo del baño y espolvoreado de talco.

Tras exhalar la primera bocanada y soltarle el puño, clavó ella sus ojazos en el cartelón encuadrado. Puso Colman en marcha su carburador mental, que se había calado por completo al entrar ella mientras le estaban informando al oído que se había verificado la autopsia y el traslado al cajón-nevera.

Carburó: «Recapacitemos, que diría Owen, y veamos si lo veo. Un cadáver pasa a la mesa de espera, y antes de ser trasladado al quirófano es desnudado y no vuelven a revestirlo. Le colocan un lienzo por encima. Ella viene con toda su ropita. Escasa, pero ropa al fin y al cabo. Y con un nuevo accesorio. El bolso. Este bolso no lo llevaba en la camilla».

—Estas máximas son bastante sensatas, Colman.

—Y estoy aplicando la quinta. Lea, por favor. Dominio del temperamento.

—Usted es un témpano según quienes le conocen.

—Ahora procuro aparentar una calma a prueba de bomba. Cómo puede apreciar, ni doy brincos ni farfullo imprecaciones. Sin embargo, ruego me admita un cierto derecho a sentir un conato de vaga extrañeza.

—Es su derecho.

Hablaba ella seriamente y con una frialdad de iceberg.

—Estimo apremiante un análisis prolongado para poder seguir disfrutando de mi capacidad mental. Hace escasamente tres horas, un experto en el reconocimiento de los difuntos afirmó que usted había muerto, señora Norvik.

—Hilda —puntualizó ella, sin la menor coquetería. Como un

comerciante aconsejando concisión y ahorro de palabras superfinas.

—Cuando entré en su piso, la fuerza de las circunstancias me obligó a inclinarme sobre su cuerpo y tantear en busca de latidos. Usted no latía por ningún lado, Hilda. Ni su muñeca, ni su sien ni su corazón emitían el menor tictac.

—En dos ocasiones, una durante mi adolescencia y otra en el aniversario de mis veintitrés años, dos fuertes emociones me produjeron un colapso y durante varias horas estuve en estado de catalepsia.

En un cajón de su mesa, tenía Colman un diccionario médico. Lo cogió, buscando con el dedo la pestaña del índice lateral que anunciase: «Cab-Cax».

Proseguía ella:

—El estado cataléptico es muy semejante al de la muerte. Se han cometido muchos errores de confusión no solamente en aldeas, sino en capitales.

Removió Colman el dedo en el aire de izquierda a derecha, sin abandonar la lectura de la explicación referente a Catalepsia. Dijo:

—El doctor que acudió a examinarla no es un médico rural agobiado ni un matasanos capitalino e inepto. Es un forense. Un especialista empollón que sabe diferenciar un organismo muerto de un sujeto cataléptico. Le leo algo instructivo, mi estimada señora: «El pulso es casi imperceptible y en determinados casos inexistente». Conformes. Su caso. Sigo: «El completo abandono y relajamiento muscular concuerda con el mantenimiento de una temperatura muy por debajo de la normal»…

Ante lo que seguía, Colman leyó más lentamente:

—«Si existieron crisis anteriores, el sujeto cataléptico presenta la gelidez cadavérica. Si la inspección forense es efectuada al poco tiempo de presentarse la catalepsia, al no tener el cuerpo la rigidez mortal, presenta sin embargo la característica letal de los miembros que, como blanda cera, adoptan la postura que se les imprima».

Cerró Colman el diccionario, devolviéndolo a su sitio. Ella le contemplaba interrogante.

—Demos por hecho que usted es cataléptica. De momento no penetro ni profundizo. En los siglos transcurridos desde que un médico aplicó la exploración interna de los cuerpos sin vida, ningún cataléptico pudo recobrar la vida, tras haber sido sajado, abierto y extirpado.

Y Colman miró fijamente la lisa superficie anatómica extendiéndose bajo el agresivo busto femenino. Replicó ella:

—Usted es detective. Deduzca.

—Eso pretendo. Ray Gardiner la trasladó al quirófano.

—¿Ray Gardiner?

—El interno pecoso que estaba de guardia en la «Morgue» y concretamente en la sala tres. Yo le telefoneaba cuando usted apareció.

Gardiner me decía textualmente: «Todo normal. Los trámites rutinarios. La autopsia se ha llevado a cabo y el cuerpo zurcido pasó al cajón numerado»...

El teléfono tintineó y Colman lo empuñó impaciente:

—... Sí... Hable...

—... Cumplidas todas las formalidades, estoy abriendo el expediente y lo tienes que inaugurar con tus declaraciones de testigo principal, Steve. Te aguardo.

—... Mañana a primera hora me plantifico en tu leonera, Owen.

—... Si pernocto una hora más en mi despacho, es porque te espero ahora mismo. Ya estás aquí. ¿O te mando recoger?

—... Voy, voy.

Colgó y poniéndose en pie, miró dubitativo a Hilda Norvik.

—Tengo que ir a declarar. Y no puedo intercambiar opiniones con el sargento Fleming sobre una muerta que disfruta de excelente salud. Legalmente, usted ha de venir conmigo.

—Si usted revela que no he... Usted no puede descubrirme, Colman. Significaría mi verdadera muerte.

Estaba de pronto desconcertada, temerosa. Perdida la serenidad de que había hecho gala hasta entonces.

—Se lo suplico, Colman. Comparta mi secreto unas horas más. Es complicado...

Recogió Colman su sombrero, diciendo:

—Su caso será complicado y no lo dudo, pero es todavía más complicado para mí. Yo soy el testigo principal, es decir, un tipo en equilibrio sobre un alambre tendido entre el concepto de ciudadano colaborador de la policía y ciudadano posiblemente sospechoso. Lo que voy a declarar ahora me coloca bajo el peso de la ley. Si miento, voy a parar tras las rejas.

—No ha de mentir para nada. Usted no me ha visto desde mí... muerte, a los efectos de su declaración. No le preguntarán sobre el empleo de su tiempo entre ocho y diez. Yo le necesito, Colman. Es imperativo para mí poder contar con su ayuda. Le esperaré aquí.

—Mejor allí —y señaló la cabina-dormitorio—. Cierre la puerta y yo cerraré la interior. Discutiremos luego.

El tráfico era escaso comparado con el diurno. Llegó pronto y Fleming aguardaba a solas en su despacho, estudiando un legajo mecanografiado.

—Steve, ya sabes que no me gusta ser dogmático, pero este caso de la sueca, no sé por qué, me da un presentimiento raro, como cuando en una taberna me sirven gato por liebre.

—¿Sí?

—Existen detalles que descartan un crimen vulgar, pasional o no. Prescindiendo de corazonadas o presentimientos, voy a los hechos. Si la

autopsia reveló la presencia de curare... ¿Qué diablos te pasa?

—Creo que tengo un principio de gripe.

—Seguro porque te estremeciste de pronto, y tú no te estremeces así te caiga la cabeza entre las rodillas. Es curioso eso. Han descubierto mil potingues para sanar graves dolencias, y son incapaces de hallar nada que corte el gripazo.

—Decías que la autopsia... —invitó Colman.

—Si hallaron el tóxico curare en las vísceras de Hilda Norvik, ¿cómo demonios no hay ni rastro de curare en todo el piso? Aquí están los resultados del análisis de copas y frascos. No ya de los que estaban en la mesita, sino de toda la cristalería y cacharrería del mueble-bar y de la cocina.

—Realmente, es un problema peliagudo, Owen.

El sargento le miró receloso, exponiendo:

—Ya que no cabe otra deducción, supongamos que fue alguien que le administró directamente el curare a Hilda Norvik.

—Puedes descartarme. No me agrada viajar con venenos encima.

—Una persona estando con ella la obliga a ingerir el veneno. En un cápsula. Porque el cuerpo de Hilda Norvik no presentaba huella de pinchazo alguno reciente.

—Y como es lógico la examinaron a conciencia por todos los forros —sugirió Colman.

—Claro. Una vez presencié una autopsia... Hasta escarban debajo de las uñas de los pies. Pero principalmente se concentran en las vísceras del aparato digestivo, en los casos de presunción de intoxicamiento...

—Haciendo juegos malabares con la bolsa del pan, el estuche de la bilis y los kilómetros de tripa... Un asco, vaya. Y en resumen, la autopsiada conserva únicamente intacta la cara, pero el resto es pura piel y hueso.

—Más o menos. Y el asalto a mano armada del cadáver de la sueca demostró una absorción de curare. Este tóxico es de pronóstico mortal en dosis de 0,04 gramos. Las vísceras de la Norvik contenían dos gramos. Suficiente para fulminar a un equipo de baloncesto.

Fleming repiqueteó sobre un folio mecanografiado.

—Tengo un complejo, Steve. Otro polizonte cualquiera, a estas horas, ya te habría alojado en una celda.

—¿Y por qué?

—Lo único que te cubre algo es que telefoneaste. Pero eres un tipo listo. Lo malo es que tuviste las tres bases en tu contra y a tu favor, según se mire. El dónde, el cómo y el cuándo. Cuando entraste con tu llave, en su piso, ya estaba el cuándo y el dónde. ¿El cómo? Eres fuerte. La inmovilizas y la obligas a ingerir el curare.

—Falta la otra base. La más esencial, Owen. ¿Por qué? ¿Móvil? ¿Beneficio?

—Ningún bípedo es un asesino, hasta que alguna circunstancia lo encaja en un crimen. Si te encrespas…

—Tengo que trabajar por partida doble. Calentarme y enfriarme.

—Yo razono como cualquier sabueso. Nils Norvik te paga para que la custodies. Aquí consta, para que luego lo firmes, si estás de acuerdo.

—Norvik me paga para custodiar a su esposa. Y como es un tipo de riñón acolchado con billetes de a mil, me agarra por la solapa y me sopla al oído: «Steve, usted no es ningún romántico. Yo quiero enviudar. ¿Cuánto por suprimir a la majadera que no quiere divorciar? Hágalo con elegancia, Steve. ¿Veinte, treinta, cincuenta mil? Trato hecho, Steve. A la vuelta de mi viaje, depositaré dalias y crisantemos sobre la tumba de mi ex cónyuge. Con un lacito que dirá: Su inconsolable viudo». Eso me insinúa el sueco, y yo, como soy un pinta, no me hago el sueco.

—Te estás calentando conmigo y no hay razón. Yo no te hostigo demasiado y no puedes pensar que abuso de la insinuación. El rencorcillo que pueda tenerte no es hondo. Cambiaremos de sitio, Steve. Tu silla es la mía.

—No ibas a ser tan torpe, Steve —dijo Colman apuntando a Fleming con un dedo—. Tenías la llave y podías entrar y salir cuando y como mejor te petase. Y es un piso con dos salidas. Nadie te vería, y si té viesen eras un trabajador en funciones pagadas. No telefonearías, Steve. Y por último, conseguir curare no es comprar cacahuetes.

—Hay laboratorios que lo usan para experimentos.

—Y lo vigilan como oro en paño. Si falta, inexplicablemente, una porción de miligramo, forman el alboroto padre, y lo denuncian a grito pelado.

—Regreso a mí silla, Steve. Casi me has convencido. Si te dedicases a vender artefactos para el hogar, le venderías un molinillo de café a un epiléptico. Telegrafié a Nils Norvik. Apenas se presente, te llamaré, Steve.

—A la orden.

—Echa un vistazo a tus declaraciones. Las anoté yo mismo, sin añadir ni quitar.



—Para todos, oficialmente, está muerta, señora

Echó Colman el vistazo, con detenimiento. Fleming demostraba ser imparcial. Estampó Colman su firma.

—Fuiste del oficio, Steve. Ya sabes... No abandones la ciudad sin previo aviso. Nada más. Buenas noches.

—¿Cuándo es el entierro?

La pregunta sorprendió al policía.

—No te hacía tan sentimental, Steve.

—Ni soy sentimental ni soy morboso. Pero quiero asistir al entierro.

—Tan pronto llegue Nils Norvik, tendremos entierro al canto. Te avisaré.

—Hasta mañana, Owen.

En la calle, aceleró Colman al máximo tolerado. Se imponía con urgencia una visita a Ray Gardiner, el pecoso interno.

⋆ ⋆ ⋆

—¿Ray Gardiner? —repitió el individuo con bata blanca.

Estaba sentado tras un mostrador en semiarco, empotrado al principio del pasillo de acceso, y al pretender Colman avanzar hacia la sala tres le había atajado con autoridad y cortesía.

Y ahora, el guardián de noche, compulsaba un fichero. Dijo:

—Gardiner entró de turno a las tres y se marchó a las diez.

—Es un asunto urgente relacionado con un familiar. Desconozco su dirección.

—Tome nota.

Apuntó Colman la dirección del pecoso, insinuando:

—Esta noche acompañé a la señora Hilda Norvik a la sala tres. Desearía volver a verla.

—¿Es usted de la familia?

—Represento al marido ausente.

Compulsó el interno otro fichero y leyó:

—«NORVIK, Hilda». Ya no puede verla. Es imposible.

—Tengo que insistir en verla.

—Y yo insisto en que el reglamento expone que ningún familiar ni representante puede visitar una vez efectuada la necropsia.

—No soy impresionable.

—No es cuestión de la mayor o menor fortaleza de sus nervios, aparte de que los cuerpos quedan correctamente presentables. Se trata de una norme que no admite excepciones. Salvo...

—¿Salvo?

—Una orden judicial o un permiso de la autoridad policial competente. ¿Es su caso?

—No es mí caso.

Hacia el domicilio de Ray Gardiner, iba barajando hechos. El del bisturí decretó que las vísceras de la señora Norvik… El interno de guardia comunicaba que tras el registro del quirófano, los restos de la señora Norvik ocupaban un cajón provisional en espera del definitivo… Un interno portero, consultaba ficheros y allí la tenía inscrita como bien muerta y sometida a necropsia…

Y Owen Fleming decía que tenía un presentimiento raro. No era el tipo de sargento bruto popularizado por guionistas. Ascendería pronto.

El domicilio de Ray Gardiner era un hueco en una colmena. La noche era cálida y en los peldaños de la acera exterior había vecinos de tertulia. En camiseta y manipulando refrescos.

Una amable vecina informó que Ray Gardiner vivía en la sexta galería hacia el fondo del ramal norte. No había ascensor. Olía a col hervida, a úrico infantil y a sudores reconcentrados. El sueldo de Gardiner debía ser corto o larga su prole.

En la sexta galería había mujeres abanicándose y hombres discutiendo sobre Cuba, «béisbol» y carreras de caballos.

Una mujer flaca, de rostro hambriento, abrió la octava puertecilla.

—¿Ray Gardiner?

—Mi marido se fue de vacaciones.

—¿De vacaciones? Hace apenas una hora que conversé con él.

—Es posible, pero yo le digo lo que sé. ¿No habrá hecho Ray alguna tontería?

—¿Por qué lo cree?

—Usted es policía.

—Ray no es ningún maleante.

—Oh, no, ni mucho menos —suspiró ella aliviada—. Es un buen hombre… Pero me cogió de sorpresa que me anunciase, apenas llegó y haciendo la maleta, que había pedido una semana de vacaciones.

—¿Las pidió esta misma noche?

—Dijo que las había pedido hacía ya días.

—¿Dónde fue?

—Dijo que me telegrafiaría tan pronto llegase, para que yo fuese a reunirme con él. No estaba seguro si iría a Vermont o a los Grandes Lagos.

Dos zonas cercanas a la frontera canadiense, meditó Colman. Añadía ella por segunda vez:

—¿No habrá hecho Ray alguna tontería?

—Esta es mi dirección, señora. Se la apunto y me telefonea apenas tenga noticias de Ray. Es un asunto de suma importancia para él. No se olvide.

—No, no lo olvidaré. Gracias, señor.

Pocas cosas enternecían a Colman. Una era la humildad resignada.

Se quitó el sombrero, procurando suavizar los ángulos faciales.

—No se preocupe, señora. Tan pronto entre yo en contacto con Ray, no habrá nada que no tenga solución. Buenas noches, señora.

Acelerando hacia su residencia, vislumbró Colman varias posibilidades. Una, era indiscutible. En la ecuación por resolver había muchas incógnitas, pero se presentaba un binomio fijo: Hilda-Ray.

CAPÍTULO V

Apenas cerró la puerta de su despacho y encendió la luz, contempló a Hilda Norvik, quien, abandonando su escondite, vino a sentarse. Repitió las operaciones de cruce de piernas, apertura de bolso, oferta de pitillo, agarrón de puño y bocanada de humo.

Hasta exhalando humo en redondel labial era un prodigio de sensualidad.

—Voy a olvidar la quinta máxima —expuso Colman, sentándose tras la mesa y señalando el cartel enmarcado—. No alardeo de gran prepotencia cerebral, pero deseo poner en claro dos puntos, mi estimada señora. Primero, no soy tan imbécil como parece usted suponer; y segundo, no participaré en ningún asunto delictivo, a menos que me demuestre usted que no lo es.

Le miró ella con aparente asombro. Dilatados los ojos y entreabiertos los labios, resultaba aún más atractiva.

—Ignoro en qué se funda usted para pensar que pueda yo considerarle un imbécil. Precisamente, recurro a usted por creerle capacitado para ayudarme.

—Antes le pregunté si conocía a Ray Gardiner. Me contestó que no.

Desconocía todavía cómo era ella sonriendo. Una constante gravedad se plasmaba en su rostro. La tenue sonrisa que ahora esbozaron los carnosos labios era extraña. Recordaba la sutil e inexplicable mueca de la Gioconda.

—Perdón si presumo de poseer una buena memoria, Colman. Además, ha sido reciente el comentario que usted menciona. No me preguntó si conocía a Gardiner. Me dijo que Ray Gardiner me llevó al quirófano. Si repetí el nombre interrogando, se debía a que nadie me llevó a ningún quirófano, y a que quise saber por qué le interesaba Ray Gardiner.

—Domina el sofisma. Y domina mi idioma.

—Nací en un pueblo sueco, pero desde niña vine a los Estados Unidos.

—Dice que quiere que la ayude.

—Necesito alguien como usted, porque sola no podría esclarecer ciertos hechos. Contrataré naturalmente su ayuda al precio que usted designe.

—Le hago una proposición. Yo pregunto y usted contesta. Si me satisfacen sus respuestas, soy todo suyo. A la primera mentira que me largue, la llevo al despacho del sargento Owen Fleming.

Asintió ella en silencio. Pidió él:

—Deme su bolso.

—No.

—Primer tropiezo.

—Es una negativa, no una mentira.

—¿Lleva lingotes de oro en su bolso?

—Los de su profesión escrutan, tensas las cejas, móviles las pupilas siguiendo los gestos. Cuando abrí mi bolso, usted vio parte de su contenido.

—Un precioso revólver. Una filigrana con cachas de nácar, corto cañón y tambor diminuto. Pero que a poca distancia escupe un pepinazo mortal.

—Mi vida está en peligro.

—Demos por hecho que es legítimo su deseo de no morirse. ¿Se llevó el bolso en la camilla?

—No.

—¿Lo compró con petardo incluido en los Almacenes «Todo por casi nada»?

—Lo recogí en el domicilio de una amiga mía.

—¿Qué se llama...?

—No considero necesario este dato.

—Yo sí.

—Arlene Land.

—Lingüista y jefa de departamento del «Sierpol».

Repentinamente ella contempló al detective privado con cierto respeto. Comentó:

—Me sorprendió, pero olvidaba que usted tenía la misión de protegerme a distancia y seguirme. Últimamente he visitado con cierta frecuencia a Arlene Land. En su domicilio. Nunca me mencionó ella que fuese jefa de ningún departamento. ¿Qué es esta empresa que ha mencionado?

—«Sierpol» es el apelativo compuesto por iniciales, bajo el que funcionan unos servicios especiales. Un organismo anexo a la O.N.U. De momento, ajeno a nuestro asunto, creo yo. ¿A quién van a enterrar mañana bajo su identidad, Hilda?

—Lo ignoro.

—Demuéstrelo.

—¿Cómo?

—Empezando por el final. La dejo tendida en una mesa. Mesa que debía pasar al quirófano apenas se escandiese la luz de aviso y llamada. Dígame exactamente qué hizo usted, apenas me fui.

—Me levanté de la mesa y pasé al montacargas que Ray Gardiner hizo funcionar. Atravesé el patio y salí a la calle, dirigiéndome al domicilio de Arlene Land, donde recogí este bolso con su contenido.

—Por consiguiente, Ray Gardiner es su cómplice.

—Cómplice es un término que significa habitualmente delito.

—Delito y de grueso calibre, Hilda. Gardiner sabía que usted no estaba muerta. ¿Cómo podía saberlo?

—Podría mentirle y usted no podría descubrirlo. Supongamos que le ofrecí una cantidad crecida a Gardiner para que se callase.

Removió Colman el erecto índice a un lado y otro.

En la pared del calendario, Liz se cimbreó ondulante en suave rumba. Por tres veces. Ben Levine quería venir. Colman fue a repicar el único golpe que significaba que tenía un cliente.

Al volver a sentarse, ella comentó:

—Alguien oye nuestra conversación.

—Los tabiques son delgados, pero no de papel. Es un amigo mío, que tiene a veces insomnio o se le ocurren ideas geniales, que al día siguiente le parecen pura paja. Le he contestado que no venga porque estoy con un cliente. Volviendo a lo nuestro, usted le ofrece una cantidad crecida a Gardiner y este acepta… Luego, Gardiner escabecha a una enfermera o a cualquier hembra que tenga a mano y la lleva al picadillo, presentándola al trinchador como si fuese Hilda Norvik. Y el del bisturí extirpa una víscera y exclama: «Eureka, curare». El mismo curare que el forense allá en el piso pronosticó como posible causa del fallecimiento.

Hizo una pausa y añadió:

—No dudo de su gran talento, Hilda, pero tendrá que exhibirlo en gran cantidad para explicarme razonablemente toda esta sarta de incongruencias.

—Hace unos días, poco antes de partir Nils, supe que mi vida estaba en peligro.

—¿Cómo se enteró?

—No puedo nombrar a nadie, sin antes cerciorarme. Es decir, sin que antes, usted, investigue determinados hechos. Yo puedo sospechar de alguien y ser infundada mi sospecha.

—Conformes. Supo que su existencia se hallaba en vilo.

—Es difícil explicar el proceso por el cual los pensamientos se entremezclan y conducen a imaginar proyectos absurdos, hasta reducir el absurdo a la única solución posible… Yo ignoraba y sigo ignorando de dónde procede la amenaza. No podía, por lo tanto, defenderme de ella.

Encendió un cigarrillo, fruncidas las cejas, concentrándose en su explicación.

—Primero, se me ocurrió imaginar que en caso de morir me trasladarían a un depósito… y a la sala de necropsia. Empezó a fraguarse lo absurdo. Si yo conseguía ser trasladada… y se verificaba la necropsia, constaría como muerta. Estaría algún tiempo a salvo de la amenaza inconcreta, tiempo necesario y urgente que me permitiría concretar la amenaza y salvarme de ella.

—Perfecta conclusión. Su cerebro engrana como un instrumento de precisión, Hilda.

—Pero necesitaba evitar un horrible error. Tenía que eliminar el riesgo

de ser conducida a la sala de autopsias. Por esto le hice entregar una tarjeta. Quería que usted estuviera presente. Y quise luego que usted me acompañase a la «Morgue». Sabía que usted, por su condición de investigador, no abandonaría a una supuesta muerta que le imploraba con la mirada.

Sacó Colman su cartera y extrajo una tarjeta, sin ningún nombre. Un anverso blanco y en el reverso, escrito a máquina, decía:

> «Esta misma tarde, a las seis y veinte en punto, emplee la llave y registre el piso Norvik».

—No creí que fuese usted la autora de este mensaje cuando lo leí. Después… empecé a pensarlo. Por esto no lo enseñé a Owen Fleming. Ya la investigación era mía, muy personal. Acertó usted y la acompañé a la «Morgue». Y si no hubiese podido pestañearme, se cubrió del riesgo comprando a Ray Gardiner. Cuénteme ahora la segunda parte de su plan.

—No le mentí al decirle que soy cataléptica. Y tras mi segundo ataque, un doctor hizo un comentario. Yo no debería nunca tomar ningún medicamento que contuviera un producto inofensivo llamado nuez vómica.

Abrió Colman el cajón para recoger su manual, pero ella aclaraba:

—La «nux vómica» se extrae de la planta de este nombre. Es un curativo sin toxicidad. Pero en los propensos a catalepsia puede producirles mi ataque. El doctor, ignorando que yo escuchaba desde una habitación contigua, expuso que por curiosidad científica había estudiado la acción de la nuez vómica. Una dosis exacta de cincuenta miligramos administrada a un sujeto cataléptico le producía durante un intervalo de media a dos horas toda la apariencia del intoxicado con curare: rigidez de la espina dorsal, cese de pulsaciones audibles y dilatación de pupilas, sin desorbitación. La córnea no responde al contacto. La homeopatía…

—¿Por qué el doctor no publicó su estudio?

—Estaba ampliándolo. No sé si lo publicó.

—¿La homeopatía…?

—Emplea mucho la «nux vómica». Me administré cincuenta miligramos a las seis y quince exactamente.

—Cinco minutos después entré. Ha quedado explicada satisfactoriamente su defunción aparente. Pasemos a la tercera parte.

—¿Cuál?

—La autopsiada con las vísceras demostrando la existencia de curare.

—Mi plan lo fui forjando con detenimiento. Yo podía fingirme muerta y el diagnóstico en la auscultación preliminar sería el de envenenamiento por curare o por alcaloide similar. Trasladada a la «Morgue», no podía, bajo ningún concepto, correr el riesgo… que usted sabe.

—Voy viendo. Según el distrito, la ambulancia que acude a recoger es la de una «Morgue» concreta. Hizo las pertinentes averiguaciones y supo

que el día X a la hora Z podría contar con el auxilio de Ray Gardiner.

—Averigüé que Gardiner tenía una serie de contratiempos monetarios por enfermedades y operaciones quirúrgicas de su esposa. Estaba agobiado de deudas, y aceptó ayudarme en mi plan.

—Ha pedido vacaciones y se ha ido.

—Es posible que no regrese hasta que mí caso quede resuelto.

—¿A quién enterramos mañana en su lugar, señora Norvik?

—Le expuse a Gardiner que mi simple desaparición de la «Morgue» no solventaría mi problema, que era el de salvaguardarme de la amenaza. Él o los que pretenden matarme, persistirían. El propio Gardiner me ofreció la solución.

—Agenciarse un cadáver femenino y etiquetarlo con su identidad. ¿Escondiéndolo en un cajón? No, porque el forense tenía que encontrarse con un cuerpo femenino, recientemente muerto y conteniendo curare.

—Gardiner me explicó que a diario son muchas las mujeres trasladadas a las diversas «Morgues». Y un parte general es comunicado por teletipo a cada depósito, con señas y características para facilitar la búsqueda si algún familiar reclama. Mujeres atropelladas, mujeres intoxicadas, mujeres drogadas…

—Se documentó usted a fondo —comentó Colman.

—Mi simulación no podía realizarse cuando yo quisiera, sino tan pronto me avisase Gardiner.

—Es decir, cuando tuviera a su disposición un cuerpo femenino sin identificar.

—Usted recibió mi tarjeta a las seis menos cuarto, entregada por un chófer, en sobre cerrado, sin mencionarle remitente. El chófer de mi amiga Arlene Land. La tarjeta la mecanografió ella a mí dictado telefónico y su chófer la trajo, para que en las investigaciones posteriores nadie pudiera relacionarme con el envío.

—Crece progresivamente mi admiración por su habilidad.

—A las cinco y veinte, Gardiner me avisó. Había recogido y no la inscribía, a una mujer de unos veinticinco años, rubia, muerta de un colapso cardíaco. No intervino la policía porque el acompañante, creyéndola desvanecida, trató de reanimarla en el coche. Al comprobar que estaba muerta, telefoneó y, al recogerla Gardiner, el desconocido procuró ganarse la discreción de Gardiner. Dijo que no quería complicaciones, y que aquella mujer era una aventura pasajera. Gardiner, ante el otro interno, se limitó a tomar nota de la documentación del desconocido. Le dijo al otro interno que avisaría a la policía.

—No lo hizo. Y mañana, la rubia de veinticinco años será enterrada anónimamente, bajo otra identidad. Y su familia la buscará en vano.

—Es preferible que su familia la busque a que la sepa muerta. Conservarán así la esperanza. Siempre es peor morir.

Steve Colman cabeceó muy lentamente, admirativo. Dijo:

—Tendré que añadir esta máxima en mi cuadro. Ya comprendo su contenido, y me viene bien. Morir es algo que no tiene remedio. Vivir, aunque sea miserablemente, permite siempre esperar algo salvador. Y aplicado a una familia, siempre es preferible que crean que vive el ser desaparecido, a que sepan que está muerto. Siempre es peor morir —paladeó Colman la sentencia—. Razonamiento impecable aplicado a la rubia incógnita. ¿El curare?

—Gardiner pudo obtener una dosis.

—Y la administró a la muerta de un colapso. Este escamoteo de su cadáver es delictivo, señora Norvik.

—Yo misma lo confesaré cuando estén presos los que pretenden matarme.

—Ah, porque son varios los presuntos asesinos… Tengo sueño y he de consultar con la almohada. Por esta noche, tengo una ración sobrada de misterios. ¿Dónde se alojará?

—Aquí, si no tiene inconveniente.

—Yo ninguno. Pero esto no es el «Hilton». Mi cabina es funcionalmente estricta.

—Usted podría ir a cualquier hotel, aunque preferiría que descansase en este despacho. Pagaré la tarifa que usted me indique. ¿Le parece bien una prima de quinientos dólares, cien por día, mientras me ayuda, y dos mil al término?

—Por quinientos en mano, cien al día, y dos mil al término de la cacería, le alquilo no ya mi alcoba, sino la manzana entera.

Pagó ella en billetes, no en cheque. Muy precavida y organizada la señora Norvik, pensó Colman. Tras desearle buenas noches, se encerró ella en la cabina.

Encajó Colman el sillón con las sillas, contra la mesa. Se quitó la sahariana, la camisa y los zapatos de tenis. Después de varios intentos, prefirió dormir sobre la alfombra.

Durmió mal. El roce del rollito de billetes en el bolsillo posterior le hacía pensar que hasta gratis deseaba ahora resolver el misterio que ocultaba la enigmática Hilda Norvik.

CAPÍTULO VI

Sentado en la alfombra, se pasó ambas manos por la cara y procedió a desentumecer sus músculos, antes de calzarse las zapatillas de tenis.

En el abierto dintel comunicando el despacho y el dormitorio, contempló a Hilda Norvik enfundada con holgura en el albornoz masculino. Dijo ella:

—Buenos días, Colman. Me he permitido emplear su albornoz.

—Que estará muy complacido, pero yo no tanto. Son apenas las siete de la mañana.

—Necesito que vaya a visitar a Arlene Land, rogándole que venga aquí a verme, procurando no ser seguida. Tiene ella que traerme un maletín con la ropa que menciono en esta nota, donde ya he inscrito esta dirección.

—¿Es muy madrugadora su amiga? —inquirió Colman yendo hacia el dintel.

Ella asintió, haciéndose a un lado.

Tras la cortina de plástico, chapoteando con el agua bajo el grifo del lavabo, Colman se fue despejando.

—Arlene suele marcharse antes de las ocho. Por si acaso no la encuentra, haga uso de esta llave que le dejo con la nota. ¿Le apunto la dirección de Arlene?

—La conozco. La esperé a usted varias veces en las cercanías, ¿no recuerda? —y cepillándose los dientes, añadió él—: Abra la puerta del armario, la izquierda, y encontrará una cafetera. Llénela de café y enchúfela. ¿Sabrá?

—Naturalmente que sí. Nos vendrá bien el café, Colman.

—¿Verdad que sí, Norvik?

Manipulaba ella en el compartimiento que en vez de ropa contenía provisiones, un hornillo, la cafetera y dos enchufes empotrados.

—Es usted un hombre raro, Steve. O ha sufrido mucho o se acostumbró a despreciar a sus semejantes.

—¿En qué se me nota?

—En todo. En su impasibilidad burlona, en la dureza de su mirada... Debe usted apreciar a muy poca gente.

Enjabonándose, torció él la boca. La cortina permitía confidencias.

—Me conozco a mí mismo, soy como soy, y pienso que así serán los demás. Habrá excepciones... que confirmarán la regla.

—No debe ser agradable vivir con tanto escepticismo.

—Siempre es peor morir, ¿no?

Secándose, apartó él la cortina con el codo. La cafetera esparcía su

grato aroma mientras Hilda Norvik escanciaba en dos jarrillos.

Ni siquiera el albornoz informe y deshilachado lograba aminorar su poder seductivo.

Sus ropas colgaban de los garfios-percheros. Tenía predilección por el azul, en sus gamas, clara en la prenda exterior, oscura en las interiores.

Bebió Colman y recogió del armario una camisa blanca de malla, enfundada en el nylon de la lavandería.

—Su amiga Arlene Land está al corriente de todo su plan, lógicamente.

—Sí, y es de plena confianza.

En el despacho, encasquetándose el panamá, señaló él la alcoba:

—Enciérrese hasta mi regreso. No abra a nadie.

Conduciendo, pensó Colman que todo había empezado con la entrega de una llave. Ahora, con otra en el bolsillo podía padecer presentimientos, al estilo de Owen Fleming.

Había visto ya a Arlene Land. Una mujer de unos treinta y cinco años, esbelta, muy cuidadosa de su apariencia. Una cara hermética, ni fea ni bonita.

Gafas de concha y aspecto de intelectual práctica y autoritaria. Sin tener en qué fundarse, la juzgaba orgullosa y sabihonda.

Era directora de un departamento del «Sirpol», mandando en varios redactores-traductores de Prensa y podía corregir las faltas en seis idiomas.

En el tercer piso del edificio de apartamentos regiamente amueblados, se apoyó Colman en el timbre por segunda vez, sin apartar el pulgar. Al mismo tiempo introdujo la llave y abrió.

Un amplio recibidor se presentó a su vista y al fondo, en nivel más elevado, una especie de salón.

Y en la especie de salón, Arlene Land, sin gafas, traje sastre algo desordenado, se debatía entre los brazos de un rubio atleta, muy absorto en la tarea de intentar besarla.

—¿Estorbo? —preguntó Colman, cerrando la puerta.

El rubio debía de ser sordo o la sangre agolpada en sus sienes le impedía oír. Persistía en sus acometidas. Arlene Land exclamaba:

—Eres grotesco, Jean. ¡Suéltame ya, estúpido!

Pero sus forcejeos carecían de convicción. Eran más bien protocolarios, meditó Colman avanzando mientras especificaba:

—¡«Clang»! Suena el gongo y vayan a sus esquinas. Traigo un recado.

El llamado Jean liberó a Arlene de su abrazo de plantígrado. Volviéndose, se encaró con el visitante inesperado. Tenía la tez bronceada y llameaban sus ojos pardos. Rellenaba su blanco traje con sólida musculatura.

Bajando los dos peldaños con paso felino, masculló:

—Lárguese.

Arlene Land, recogidas sus gafas del diván, se las colocó, examinando

con aire altivo al intruso. Colman, a dos pasos de distancia del rubio que exteriorizaba una latente agresividad pronta a dispararse, le estudió críticamente.

Un atleta enfurecido que iba a perder por el furor un cincuenta por cien de su efectividad.

Ella, desde el estrado, exclamó teatralmente:

—¡Jean Piaget! Habrá terminado nuestra amistad sí…

Jean Piaget asestó un raudo y poderoso directo. Impecable en trayectoria, pero sus ojos llevaban un instante contemplando la barbilla de Colman. Este ladeó el torso, alargó la mano derecha y conectó el puño izquierdo.

Tres movimientos sincronizados. La diestra atrajo los revueltos cabellos y el gancho de zurda se hundió en el estómago del robusto Piaget, que se dobló hacia adelante, obligado por el gancho y el estirón de cabellera.

La rodilla de Colman se alzó en brutal empujón contra el pecho del hombre inclinado, soltándole a la vez el cabello. Jean Piaget describió un retroceso de varios pasos, intentó asirse a una mesita, falló y quedó sentado en la alfombra.

Iba a reincorporarse, pero la suela de la zapatilla de tenis se apoyó en su pecho con seco impulso y Piaget volvió a sentarse.

—¡Señores! ¡No se comporten como bestias! —exigió ella imperiosa.

—Su galán me agredió. Por lo visto está en su día belicoso, sin respetar sexos ni condiciones… ¡No, Jean, no!

Jean Piaget estaba empuñando una estatuilla de compacto metal. Gruñía:

—Le voy a enseñar a respetarme, matón.

Tenía un leve acento, donde las «erres» rodaban como guijarros.

Se interpuso Arlene Land, brazos tendidos, dando la espalda a Colman.

—Jean, si persistes en tu actitud, hemos terminado para siempre.

Aquella mujer había equivocado la carrera, pensó Colman. En un escenario sería un portento recitando estrofas de capa y espada.

Jean Piaget, soltando la estatuilla que parecía una gaviota erecta, dijo secamente:

—Le espero fuera, matón.

—Bueno, espere fuera.

Ella seguía interponiéndose, y al abrir la puerta, retó Piaget:

—¡Vamos, venga ya! Ahora no me cogerá de sorpresa.

—Es temprano para tanta gimnasia. Aguarde por lo menos a que le dé el recado a la dueña del *ring*.

Piaget se adosó a la puerta, cerrándola con las anchas espaldas, y cruzó los brazos.

—Eres exasperante, Jean —afirmó ella—. ¿Y usted qué desea?… ¿Cómo pudo entrar?…

—El mensaje es ultraconfidencial.

—Ah… ¿Quieres salir sí o no, Jean?

—No sin antes haberle dado su merecido a este matón.

—Escuche, Piaget, yo no tengo interés en saber quién de los dos es más matón. Usted quería noquearme y tuve que empujarle.

—¿Empujarme, eh? Suerte que encajo o si no estaría todavía «groggy»— declaró Piaget palmeándose el estómago y el pecho.

—¡No seas niño, Jean! Te ruego me dejes a solas con el señor…

—Ni sabes siquiera cómo se llama. Entró abriendo con una ganzúa o una llave, porque la puerta estaba cerrada.

—Un talento deductivo su galán arrollador. Piense en esta llave, señorita Land. ¿Quién tiene llave además de usted?

Asintió ella, comprendiendo de pronto, y dejó de ser melodramática, avanzando hacia la puerta.

—Espérame abajo, Jean. Ya no es un asunto de amor propio para ti, sino profesional y de gran importancia para mí, ¿entendido?

—Espero en el pasillo. A usted, matón.

Y Jean Piaget salió. Pero Colman había contemplado ya el extraño brazalete que sostenía el reloj en la velluda muñeca. Eslabones de oro, ensartando tres figurillas de oro: tres simios con las manos en alto. En la boca, en los ojos y en los oídos…

Arlene Land, cerrando, regresó contemplando con mirada escrutadora al visitante:

—Jean Piaget es un hombre de ciencia famoso, pese a su presente chiquillada. Vino a recogerme y de pronto… Bien, ya lo vio usted.

—Hilda desea que vaya a visitarla con precauciones, llevándole los trapitos aquí reseñados. Le apuntó la dirección. Eso es todo.

—¿Todo? Empiezo por no conocerle, señor.

—Estamos empatados.

—Yo soy Arlene Land.

—Y yo Steve Colman. Beso su mano y me voy.

—No puede irse así, sin explicarme…

—Hilda le explicará.

Tocaba él la puerta, y a su lado, manifestó ella:

—Dígale que iré ahora mismo. No pelee con Jean. Es un francés impulsivo, pero normalmente es una excelente persona.

—Yo no vine a boxear, sino como recadero.

—Iré con usted.

—Será peor. Delante de una mujer, un hombre no se echa atrás. Hasta luego.

En el corredor, Jean Piaget pateaba como un león enjaulado. Dio media vuelta y, cerrando los puños, anunció:

—Ya era hora. Póngase en guardia, matón.

En el fondo, Colman admitía que tampoco le hubiese gustado que se interrumpieran en plena sesión de abordaje. Recurrió el procedimiento infalible.

Sacar el carnet, mostrarlo en la palma de la mano, y exponer:

—No se meta con un detective, por más científico que sea usted.

Bajando los puños y abandonando su actitud de pugilista, murmuró Piaget:

—Ya decía yo… En sus casas serán bellas personas los policías, pero el oficio les endurece. Realmente, entre un matón y usted, la diferencia es nula. Y lo peor es que no me puedo desquitar ahora.

—Inténtelo —y con el pulgar señaló Colman la puerta—. Ella quedó allí dentro. Vuelva al ataque y vea si se desquita.

Sonrió el francés.

—Buen consejo. Bien, admito que fui yo el que inició la pelea. Y no soy científico, como pretende Arlene, sino explorador.

—Razón de más. Explore con tenacidad. Adiós o hasta la vista.

⋆ ⋆ ⋆

En el hueco de la acera, sentado en un peldaño, Ben Levine comentó:

—Hola, Steve. Madrugaste mucho hoy y no me digas que es a causa de tu trabajo, porque la Prensa pregona que tu cliente ya no te necesita. Y eres un mal amigo. Anoche te hablaba de Hilda Norvik y no dijiste ni pío. Sin embargo, la mataron o se suicidó durante tu turno de vigilancia y declaraste que fuiste tú el que descubrió el cadáver.

El periódico que presentaba Levine publicaba fotografías en primer plano de Hilda Norvik. Y un titular: «¿Suicidio o asesinato?»

—Tuve que callarme por aquello del secreto profesional, Ben.

—Es posible. El viejo Bernstein quiere verte.

—Un instante y voy contigo.

Se dirigió Colman a su dormitorio, tocó en la puerta y entrando buscó a su extraña cliente. Tras la cortina, estaba duchándose.

—Hecho el encargo y vendrá ella lo antes que pueda. Yo voy a un asunto y regreso enseguida. Si oye el teléfono, tome el recado, porque de un momento a otro puede llamarme el sargento Fleming.

—¿Y no le extrañará oír una voz femenina? —replicó ella, cerrando el chorro—. Hay indicios de frecuentes visitas femeninas, Steve.

En la acera, cogiendo de un brazo a Levine, expuso Colman:

—Anoche tuve que callarme, porque no sabía aún la coletilla del caso Hilda. Nunca hagas caso de los papeluchos impresos, Ben.

—¿Y me lo dices a mí, que les vendo material?

—Puedo confiar en ti, y me alivia poder confiar en alguien. La sueca está en mi alcoba.

—¿Qué sueca?

—Hilda.

Ben Levine se mordió el labio inferior y dijo tenuemente:

—Santa Haya... protégenos. Eres único para desconcertar al más templado. ¿Te da ahora por coleccionar fiambres? Aunque sea el de una bonita escandinava, no deja de ser un fiambre. Además, ¿cómo pudiste traerte el cadáver?

—No hay cadáver. Está viva.

—Santa Haya... ampárenos —resolló Levine—. No creo en lo que imprimen los papeles, pero un forense examinador, un sargento investigador y otro forense con bisturí, se las entendieron con ella. La entierran hoy.

—Entierran a otra. Es largo de contar y complicado por ahora. Cuando sepa algo más, te lo contaré. No digas ni media, naturalmente, o voy a parar tras las rejas.

Se rascó Ben Levine la copiosa mata capilar, mientras Colman entraba en otro sotanillo, donde el sastre Abe Bernstein se afanaba con la plancha sobre una americana.

Un viejo agradable, resignado y cándido. Sin la menor amargura.

—Hola, Steve. ¿Café?

—No, gracias. Tengo prisa. No se preocupe por Marigold. Ya sabemos cómo es ella. Desaparece unos días, pero regresa al nido.

—Son ya cuatro días, Steve, y aunque quiero mucho a esta niña, reconozco que cometí un error al no darle alguna que otra paliza a tiempo. Si su madre no nos deja tan pronto, ella no hubiera crecido tan independiente. Lo que temo, Steve, es que un día cualquiera esta niña sufrirá un grave accidente o cometerá un desliz peligroso.

—Ella sabe cuidarse, «pop».

Era el apelativo que empleaba Marigold para dirigirse a su padre. Abe Bernstein, encajando la plancha, contempló la americana, asintió satisfecho y quitándose los lentes de montura de hierro, murmuró:

—Ya tiene veinticinco años. No puede Marigold seguir haciendo la niña caprichosa.

—Su mente es de niña, «pop», y es su mayor encanto.

—Tú podrías arreglarlo todo, Steve. A ti, ella te hace caso. Escucha, Steve, yo tengo unos ahorros... Calla, que hablo yo. Marigold te quiere, porque me consta, y tú, en todo el barrio, es a la única mujer a la que respetas. ¡Cásate con ella de una vez! Te lo pido por favor...

Sonriendo, Colman palmoteó en un hombro al sastre.

—Mire, viejo, vamos a hacer un trato. Yo voy a terminar un caso pendiente y discutiremos el asunto los cuatro.

—¿Los cuatro? —Bernstein ladeó la cabeza.

Parecía un pajarito. Poco cuerpo y escasa salud.

—Usted, ella, Ben y yo. Sí, «pop», Ben y yo hemos planeado

establecemos por nuestra cuenta. Una tienda de artículos fotográficos con laboratorio para revelar y estudio. Yo vendiendo y él retratando. Nos hacen falta dos mil dólares para empezar y los voy a tener. Y usted, con sus ahorros, puede ir buscando una tienda con vivienda amplia. Allí, los cuatro, viviremos como reyes.

Abe Bernstein se caló las gafas, removiendo varias veces los labios. Su voz salió más trémula que de Costumbre:

—Digan lo que digan los que no te conocen a fondo como yo, tú eres un buen muchacho, Steve. Hoy mismo haré las gestiones para una tienda grande, con buena vivienda.

—Aguarde por lo menos a que Marigold declare estar conforme.

—Está, está. Espera que le propongas el casorio, hombre. Eso es lo que pasa con donjuanes de tu estilo: hastiados de mujeres fáciles que se os echan al cuello, os quedáis cortados ante una chica decente.

—Por eso mismo. Bueno, me voy. Y apenas llegue Marigold que me telefonee, para concretar la reunión.

En la acera, acogiéndole, Ben Levine volvió a rascarse la melena.

—Cuanto más pienso, menos me gusta la cosa, Steve. Te has metido en un lío gordo.

—Y tan pronto lo solucione, se acabaron los líos. El viejo pone la tienda y la vivienda. Yo traigo los dos mil del material. Marigold despacha tras el mostrador hasta que aparezca el primer chaval Colman. Roguemos para que no salga como el padre... Después, yo despacho. Con buenos modos, claro. Ya seré un burgués estabilizado.

Ben Levine se frotó las manos, riendo silenciosamente, muy complacido.

⋆ ⋆ ⋆

Arlene Land bisbiseó:

—Ahí viene, Hilda.

Entrando, Steve Colman se echó atrás el sombrero. En el dormitorio, la voz de la invisible Hilda Norvik, anunció:

—Me estoy mudando, Steve. Un momento.

—Tengo prisa —expuso Arlene Land—. Me voy.

Muy pulcra en su sastre claro, de corte algo masculino en ella.

—Usted se queda, señorita Land —indicó Colman.

Se irguió ella, deteniéndose, y dijo con arrogancia:

—Sus modales no me agradan.

—No se trata de si nos agradamos o no. Tiene que contestarme a unas preguntas.

—¿A santo de qué?

—Lo toma o lo deja, como en el juego de la TV. Pero si andamos con reticencias, tardará más en resolverse este caso. Y ya que estoy en el baile,

tenemos que danzar todos. Le plazca o no.

Hilda Norvik apareció rutilante en su drapeado azul, de escote en arpa, y dijo:

—Steve quiere indicarte que hemos de ayudarle en lo que sepamos y podamos, Arlene.

—Puesto así, bien. De todos modos, tengo prisa.

—Usted es la jefa. Abroncará a los que llegan tarde, pero usted llega cuando le sale de las narices. Ya sé que no le placen mis modales. Tampoco me gusta a mí andar en este lío. Lo hago porque necesito los dos mil del desenlace. Deberá buscarse una coartada, señorita Land, porque usted sabía que Hilda no pasaría por la mesa de la autopsia, y los juegos de manos con cadáveres ajenos pueden ser peligrosos.

Mirando a su amiga, Arlene Land rebatió impaciente:

—Pero, bueno, tú lo contrataste como detective, ¿no? Usted ha sido pagado para servirnos, no para enjuiciar.

Sentándose en su sillón, Steve Colman lanzó su panamá hacia un garfio.

El sombrero se meció suspendido.

Hilda Norvik instalándose en una silla, aconsejó:

—No discutas, Arlene. En cierto modo, Steve Colman tiene derecho a hacerte preguntas.

—¡Ningún derecho! Ha contraído una obligación como detective, no como juez; pero accedo a tu ruego, Hilda. Pregunte, Colman.

—¿Qué edad tiene usted?

Se sonrojó levemente Arlene Land, apretando los labios. Añadió Colman:

—Pongamos treinta y cinco. Vigílese porque está en la edad peor. Déjese abrazar por Geo sin más dengues, cásese tan pronto encuentre un héroe y así se evitará el convertirse en un marimacho. Conformes… Mis modales le horripilan. Y usted me revienta, señorita Land. No hay más preguntas.

El sonrojo había ido aumentando y comentó ella, desdeñosa:

—Pudiste elegir mejor, Hilda. Este hombre… no me gusta.

—Dígamelo a solas, señorita Land. Verá cómo cambia de opinión.

—¡Usted es un sujeto indeseable!

—Me fastidiaría mucho que usted me desease.

—¡Razón tenía Walt Fergus al decir que era un rufián…! Me voy, Hilda. Telefonéame luego.

El rictus de Colman acrecentó la irritación de la que abandonó el despacho dando un portazo. Encendiendo un cigarrillo, exhaló Hilda Norvik una bocanada de humo y comentó:

—Ha estado usted peor que desagradable, Steve. Al fin y al cabo, aun con sus impertinencias, ella es una mujer.

—Nada mejor que exasperar a una mujer para que deje escapar la

verdad y es lo que en parte ha hecho Arlene. Usted me eligió, no su marido. Primer punto.

Entornó ella los párpados, como si el humo la molestase.

—Segundo punto. Walt Fergus indicó que mi moral era escasa… y sin embargo, usted me eligió. De momento, ignoro lo que fraguó usted, Hilda. Lo indiscutible es que usted, Arlene y Gardiner se confabularon. ¿Intervino Walt Fergus en la confabulación? Ya lo sabré. De momento, no voy a sondear este punto. Pasemos a los amenazantes de su preciosa existencia. ¿Uno era Jean Piaget?

Dilató ella los ojos y su rostro expresó asombro:

—¿Cómo ha podido adivinarlo?

El teléfono repicó y Colman escuchó la voz de Owen Fleming:

—… Hola, Steve. Voy a ir con Nils Norvik a la «Morgue» 7. Si quieres esperar al entierro, allá tú; pero si deseas hablarle ahora, ponte en camino.

—… Voy ahora.

Colgó.

—Su marido. Nueva papeleta a la vista. Tiene que identificar a la muerta.

Encogió ella los nacarados hombros con indiferencia.

—Enciérrese en la cabina. Si Fleming enviase un agente aquí o viniese, adiós tienda con vivienda saludable.

—¿Tienda?

—Sus dos mil dólares prometidos. Hasta luego.

⋆ ⋆ ⋆

Aguardó Colman en la puerta del patio para coches. Un «Buick» negro penetró llevando a un lado del parabrisas el escudo del Precinto 6.

Se apearon el sargento Fleming y Nils Norvik.

Muy ceremonioso, el sueco tendió la diestra, que Colman estrechó en silencio.

—El señor Norvik ha corroborado cuanto declaraste, Steve. No cree posible que su esposa se suicidase. Repito que lo lamento, señor Norvik, pero la identificación es un trámite obligatorio.

La sala era muy distinta a la aséptica 3. Pequeña y casi acogedora. Con adornos murales religiosos, y en el centro un ataúd encristalado. Un individuo de bata blanca alzó la tapadera de cristal y se alejó.

En el interior del oblongo cajón, una mujer yacía acostada, ceñido el cuerpo en lo que parecía un hábito blanco, cruzadas las manos sobre el pecho.

Extendidos los rubios cabellos sobre el sonrosado almohadón y cerrados los párpados. Muy maquillada, piadosamente maquillada, tenía exactamente la superficial apariencia de Hilda. Largas pestañas negras, cejas depiladas en su remate pintado en sesgo hacia arriba, y aumentada la

línea de los labios.

Owen Fleming miraba a Nils Norvik. Steve Colman miraba fijamente a la muerta.

Nils Norvik con voz compungida, entrecortada, murmuró:

—Identifico… a mí esposa… Hilda Norvik.

—Gracias. Nada más. Podemos irnos, señor Norvik —aconsejó Fleming.

Se alejaron Fleming y Norvik.

La diestra de Colman se crispaba en el borde del ataúd. Tendió la zurda y alzó los dos párpados. Unas pupilas intensamente grises le miraron con opaca vidriosidad.

Los ojos de Marigold Bernstein.

CAPÍTULO VII

Los párpados volvieron a cerrarse, empujados suavemente por los dedos temblorosos. Acudió el interno y cerrando la tapa encristalada, indagó:

—¿Se encuentra indispuesto?

Denegó Colman. Caminaba con paso de autómata y no veía nada.

Solo veía dos inmensos ojos grises, vidriosos. Dos inmensos ojos grises que antes fueron rientes y pícaros. Dos inmensos ojos grises que prometían un futuro de ternura.

Y resonaba la voz de niña mimada, de niña cariñosa:

»—Sí, ya lo sé, "pop", pero es que me aburro aquí dentro encerrada. Voy a respirar aires mejores por los barrios de la gente elegante, "pop"».

En el rellano exterior se detuvo porque le tocaban en el codo, y Owen Fleming, mirándole atónito, mascculló:

—Caray, Steve... ¿Qué te pasa? Estás desencajado.

—Gripe.

—Norvik se fue y me pareció sincero al decir que no sabe una palabra de posibles enemigos de su difunta. Oye, eres mayor de edad, y si te doy un consejo me mandarás al cuerno, pero deberías soplarte un trago de algo fuerte. Estás más blanco que tu camisa.

—Gripe.

—Ya me lo dijiste o ladraste. Tan pronto tenga un dato, te llamaré.

—Bueno.

—¿No te interesa el dato?

—No.

—Es curioso... Miras sin ver... En fin, si es gripe te ha agarrado con rabia... El dato debería interesarte. El otro detective contratado era Walt Fergus. Valiente pajarraco. Bueno, Steve, ya te llamaré.

En el «Pontiac» aparcado en el patio, Steve Colman cruzó los brazos sobre el volante y reclinó el rostro encima de sus antebrazos. Permaneció largo rato en silencio.

Después, de su garganta brotó un estertor. Brotó de muy hondo, de un resquicio infantil que él mismo era el primero en ignorar su existencia. Y solamente podía pronunciar una sola palabra, repetidamente, en ronco bisbiseo, con fervor, con la unción de una plegaria:

—Marigold...

Le tocaron en el hombro. Un brazo enfundado en blanco, y un enfermero inquiriendo compadecido:

—¿Se encuentra mal?

Irguió Colman la cabeza con lentitud. Entre dientes silabeó:

—Pasará. Creo que pasará.

El enfermo, marchándose, pensó que aquel siniestro individuo debía tener una fiebre altísima a juzgar por el brillo de sus ojos y la faz demacrada, tensa. Había respondido como un lobo mordiendo carne.

Steve Colman condujo por instinto y aparcó frente a un bar.

A la cuarta copa de coñac con jugo de naranja el color volvió a su tez. Se pasó varias veces la mano de refilón por la nariz.

De nuevo tras el volante, trató de hablar con sequedad:

—Ahora nada de perder el tino. Adelante con el asunto y disimula lo mejor que sepas, maldita sea. No te permitiré que se te vea el plumero. Recita bien la lección: «¿Qué tal, señora Norvik?», «¿Qué tal, señor Norvik?»... Y luego, ¡Cristo!... Se arrepentirán de haber nacido. ¡Todos ellos! ¡Desde el puerco teñidor de cabellos y maquillador hasta la finísima Land!

Volvió a pasarse la mano de refilón por la nariz.

—Calma, Steve, calma. Un par de tragos más para sentar el temple.

Pegó un puñetazo en el volante, alzando los ojos al techo metálico.

—Sin intermediarios, Cristo, y con todo el respeto que puedo... Ella era lo único bueno en mi vida. Y ahora, ¿qué? El tiempo para mí no será bálsamo cicatrizante. Porque mataré sin remordimientos. ¿Es justo?

Un agente del tráfico, aproximándose, conminó:

—Circule, ciudadano. Para charlar consigo mismo, estará mejor en casita. Circule.

Steve Colman circuló hasta un aparcamiento cercano a su barrio. Caminando con su habitual aplomo, hundidas las manos en los bolsillos de la sahariana, iba serenándose.

Cerró los ojos al oír la trémula voz que le llamaba. Y pensó rápidamente: «Siempre es peor morir».

Abe Bernstein, con el cesto de las compras, se detuvo ante él:

—El tendero Rubinstein me aconseja que no ponga un anuncio porque dice que luego los arrendadores abusan. Recorreré el barrio Queens, que es el que le gusta a Marigold.

—Sí, claro, pero es un barrio caro y de mucho postín. No arriende nada sin que le eche yo un vistazo, viejo. Bueno, Marigold y yo, naturalmente.

—Oye, tienes mala cara... No estabas así hace poco...

—Gripe.

Rio el viejo:

—Nada mejor que una buena esposa para curar los resfriados, Steve. Hasta luego —y dos pasos más allá, volviéndose, añadió—: Termina pronto tu caso, aunque yo en tu lugar lo dejaría todo para buscar a Marigold.

No vaya a ser que haya encontrado un empleo y salga de viaje.

—No se preocupe, «pop». Me dijo usted que ella estaba... está enamorada de mí, ¿no? Entonces no se irá sin consultarnos. Ya verá cómo

se asoma de un momento a otro.

⋆ ⋆ ⋆

Hilda Norvik entró en el despacho. Colman dejó sobre la mesa el frasco de coñac y el bote de jugo de naranja. Fue a buscar un jarrillo. Al regresar y sentarse, se pasó la mano de refilón por la nariz.

—Huele usted a licor, Steve.

—Y usted a ciprés. Sí, a estos cirios verdes de los cementerios.

—Está usted fúnebre.

—Acabo de verla en un ataúd.

Sorbió Colman el coñac mezclado en el jarrillo. Ella le miraba fijamente, con intensidad analizadora.

—Su muy apenado esposo la identificó dentro del cajón enlutado ante el sargento Fleming. Lo consiguió, señora. Oficialmente está usted muerta. Su marido miró muy superficialmente. Claro que admito que la cara estaba maquillada con gran talento. Sus contornos, señora. Yo mismo, si no supiera que está usted aquí... Aquel maquillaje no lo pudo hacer un varón.

—Ray Gardiner. Los internos aprenden a retocar y «preparar».

—Ah... Esa manipulación se llama preparar.

—Lo hacen para que los familiares no se impresionen demasiado.

—Su marido, ¿la identificó porque creyó que era usted?

—Naturalmente.

El índice de Colman se movió a un lado y otro.

—Escuche, señora, yo ante una muerta bien maquillada podré decir que bueno, que conformes, que es mi muerta, ¡la mía!

—Está usted bebido.

—Empapado, impregnado y aguantando. Lo que quiero darle a entender es que un marido, un familiar, un enamorado... tiene una visión agudizada, penetrante, que percibe bajo un maquillaje... Percibe algo distinto, como si un alma tuviera emanación de presencia, aunque pintarrajeen la envoltura. Es decir, Nils Norvik tuvo que adivinar que la muerta que le presentaron no era la suya legítima.

—Lo hubiera dicho si no me reconociese. No tenía por qué disimular.

Colman se pasó la mano abierta por el rostro. Ella le retuvo la mano zurda que se dirigía hacia el frasco.

—No beba más, Steve.

Retiró él la zurda con repulsión, crispadas las mandíbulas. Dijo ella:

—No sabía que usted consideraba obligatorio ir a la identificación.

—Ni pensaba ir... Pero me llamó Owen Fleming, por si quería hablar con Norvik. No para identificar. Eché un vistazo de lejos... Era el contorno de su rostro, señora. Enhorabuena. ¿Cuándo le revelará usted a Norvik que no es viudo... todavía?

Permaneció ella en silencio, examinándole.

—Pasemos a mí trabajo. ¿Por dónde empiezo, señora? Antes le doy un consejo. Lárguese de mi vecindad... Entiéndame. En cualquier sitio estará mejor que aquí, porque Owen Fleming puede venir o puede enviar a un sabueso. ¿Por qué? Porque dice Owen que no ve claro el asunto de su defunción.

—Pensaba ir a otro lugar seguro, apenas hablásemos los dos.

—Excelente resolución. Y ahora dígame, ¿para qué me contrató?

—Quiero que estudie las reacciones de quienes yo considero que tramaron eliminarme. Esta misma tarde, a las seis, Arlene citará en su apartamento a Jean Piaget. Será el primero... Usted, oculto, comprobará si sus reacciones no ofrecen falsedad. Yo le acusaré y usted oirá.

—La califico como súper-inteligente y ducha en saber leer tras la frente de un varón. ¿Para qué me necesita a mí?

—Yo no podría juzgar imparcialmente ya que tengo un prejuicio formado. A las seis menos cuarto, usted vendrá al piso de Arlene. Ahora, vaya a ver a Nils y compruebe si realmente me identificó o lo fingió. Yo creo que no hubo fingimiento porque su actitud le hubiese exigido declarar sus dudas ante una autoridad presente.

Levantándose inquirió Colman:

—¿Quién le recomendó a Walt Fergus?

—Nadie. Leí su anuncio en la Prensa, y visité a varios privados hasta elegir a Fergus. Me pareció de confianza.

Steve Colman se encasquetó el panamá.

—La confianza depende del color del cristal a través del cual se quiere mirar. Con una lupa, un mosquito es un ruiseñor, y a sus fines personales, señora Norvik, Walt Fergus le mereció un sobresaliente. Esta tarde a las seis menos cuarto me incrustaré como un clavo en el nido de Arlene.

Alcanzaba ya la puerta, cuando ella, adelantándole, se interpuso entre la madera y él, mirándole con intensidad. Quedaron casi adheridos, muy próximos los semblantes. Musitó ella:

—Desde que regresó de la identificación, leo peligro en sus ojos.

—Cuídese o su manía persecutoria se convertirá en chifladura.

—Usted rebosa de odio contra mí, Steve.

Forzó él una mueca burlona mientras apoyaba ambas manos en alto sobre la puerta cerrada contra la cual quedó ella casi aplastada.

—Te odio horrores y estás en peligro inminente, Hilda. ¿No te hiciste la difunta por temor a un peligro inminente? Y si experimento un leve rencor hacia ti se debe a que aquí... —y la abierta diestra presionó el costado femenino— en vez de corazón late un émbolo de precisión. Y aquí —la misma mano se aplicó en la frente—, ruedan los engranajes de una calculadora de gran exactitud.

Cerrados los párpados, alentó en los labios femeninos una invitación. Las dos manos de Colman se crisparon en torno al breve talle. «Entró en

funciones la tercera máquina, Steve. La de la seducción que aniquila. Pero ella no sabe que yo ya estoy aniquilado».

La alzó apartándola a un lado.

—Estando contratado nunca intento propasarme, así me lo supliquen, Hilda. Es una cuestión de principios. Cuando me pagues la factura que te presentaré… entonces aceptaré con fruición todas las provocaciones.

Era prematuro alarmarla y supo dar una entonación sincera a su despedida. Caminando hacia su coche, evocó Colman la última vez que había oído la voz de Marigold. Por teléfono.

»—…Steve, acaban de entregarme un prospecto que ni hecho a mí medida. Voy a la agencia «Art-Gloria», ya sabes… El prospecto solicita jóvenes morenas de ojos grises, aproximadamente de mi talla y peso.

»—… No seas majadera, chiquilla. Querrán coristas para cafetines de la selva de Maracaibo. Y tú no te desvistes en público, mientras pueda yo impedirlo. Tu cuerpo le pertenece a un hombre… El que será tu marido.

»—… ¿Cuál marido, Steve? Si ni siquiera tengo novio, y mira que me sobran los moscardones. Te llamaré pronto, Steve.

No había vuelto a llamar desde entonces. Hacía ya exactamente cuatro días.

⋆ ⋆ ⋆

La Agencia «Art-Gloria» era famosa. Bien acreditada, seleccionaba y proveía de artistas de todas clases a innumerables centros de atracciones nacionales y extranjeros.

Art Brook, robusto, nervioso y conciso, miró con irritación al que avanzaba hacia su mesa. Tras el visitante, la secretaria protestaba:

—Le dije que sin cita no pasaba y…

—Ha pasado. Ya está dentro y tú vuelve a tu mesa, paloma. Si se repite este caso, te cambio por un perro dogo. ¿Qué se le ofrece?

—Hace cuatro días, una joven morena de ojos grises vino a visitarle atraída por un prospecto.

Art Brook compulsaba un porta-cartas, firmando tras breves ojeadas al texto. Replicó sin alzar la vista:

—Los curiosos, novios o maridos, no son mi especialidad. Yo contrato y allá las damas con sus caballeretes.

El porta-cartas pasó a manos de Steve Colman que lo enrolló. Art Brook alargó un brazo hacia un rimero de timbres. El rollo de cartón y papel amazacotado chocó de canto en su antebrazo.

—Tengo mucha prisa y estoy enfermo, Brook. ¿Cuántos provectos imprimió solicitando una morena de ojos grises?

—No pretenda avasallarme. Salga.

El rollo estrujado avanzó en macizo cilindro. Colman inclinándose sobre la mesa, mordió las palabras:

—Escarbe en su fichero. Hace cuatro días. Marigold Bernstein. ¡Ya!

Art Brook hizo rodar un pequeño archivo giratorio. Lo detuvo en la letra «B» y mientras iba empujando cartulinas, manifestó:

—Quiero creer que está usted enfermo... «BERNSTEIN. Marigold». En efecto, se presentó hace cuatro días para un contrato un poco raro.

—Aclare la rareza.

—No tengo autorización para revelar lo que mis clientes...

—Yo le autorizo, Brook, plenamente —y el cilindro repicó suavemente en un hombro del agente artístico.

—Supongamos que me niego a revelar lo que es un secreto profesional.

—Supongamos que le parto la boca. Le costará más trabajo hablar luego con las mellas. Hable antes.

—Denunciaré su incalificable actitud.

—Apunte: Steve Colman, detective, aspirante a verdugo. Ya le dije que estoy enfermo. De «Hildafobia», una dolencia semejante a la del perro rabioso. Pero tengo la suficiente lucidez todavía para considerar que usted fue solamente un instrumento inconsciente. Demuéstrelo. De lo contrario, como hay Cristo, le juro que usted estrena la lista de candidatos a pronta ejecución.

Art Brook no pudo razonar su decisión. Supo únicamente que tenía que hablar y con rapidez.

—Hace cuatro días me visitó un desconocido. Traía ya impresos unos prospectos solicitando jóvenes morenas de ojos grises, con determinadas medidas y...

—Conozco las medidas. Siga, Brook —y echó Colman sobre la mesa el estrujado porta-cartas.

—Me dijo que era para contratar una modelo que se pareciera al máximo a una artista para la cual quería un doble. Normal hasta aquí, y acepté contratarla a través de mi agencia. El cliente insistió en que él asistiría a la presentación de las que acudieran. También normal, para poder juzgar del mayor o menor parecido.

—¿Cuándo percibió que algo no era normal?

—Se presentó solamente una muchacha. Esta chica llamada Marigold Bernstein. Dijo que alguien le entregó el prospecto en mano. Y fue después cuando pensé en la anormalidad. Los anuncios míos aunque sean en folletos repartidos a mano, suponen centenares de candidatas.

—¿Qué dedujo?

—Que el cliente hizo entregar un solo prospecto a la chica Bernstein precisamente, que correspondía en todo a la descripción solicitada. Hay millonarios extravagantes que desean hallar el «sosias» de una mujer a la cual perdieron o a la cual...

—La chica Bernstein vino aquí. ¿Qué pasó?

—El cliente dijo que ella quedaba contratada. Se fueron.

—¿Dónde?

—Amigo mío, no soy clarividente. Aquí tengo la ficha de pago y contrato. Nombre y dirección del contratante.

Cogió Colman la ficha, leyendo las letras mayúsculas. Pidió:

—Descríbame a este que aquí se inscribió como Robert Parsons.

—Déjeme recordar… Alto, fuerte, cara afilada, muy sonriente, pero de risita falsa… Ah, sí, un detalle. Muy húmedos y brillantes los ojos Verdosos.

—Gracias. Me basta. Ya sé quién es.

Sacando un pañuelo del bolsillo se esponjó Art Brook la frente. Dijo:

—Quiero creer que para usted esta información era vital.

—Lo es. Y si persiste en denunciarme, aguarde unas horas. No deseo volver a visitarle.

—Ni yo volverle a ver. Adiós.

A solas, Art Brook acabó de secarse el sudoroso rostro. Pegó una palmada sobre un pulsador y al aparecer su secretaria, anunció furioso:

—La próxima vez que no sepas pararle los pies a un energúmeno impasible como el que acaba de salir de aquí, te buscas trabajo en una confitería, paloma. ¿Es que perdiste la pupila o qué? Ese energúmeno impasible es un asesino en potencia.

CAPÍTULO VIII

La dirección reseñada por el que dijo llamarse Robert Parsons correspondía a un solar circundado por vallas de tablas. En el solar se amontonaban desperdicios de toda índole, trapos viejos, papeles y desechos aptos a su conversión en colas y pegamentos.

A un lado del solar había un cobertizo sobre cuya puerta un cartelón especificaba: «Colas y Pegamentos».

Un individuo canoso, encorvado sobre un bombo amasador, siguió removiendo la pala trituradora.

—¿Robert Parsons? —preguntó Colman.

—Soy yo.

Contempló Colman al individuo de ojos negros y talla mediana. Y negó con la cabeza. Habían empleado su nombre y dirección como «cobertura».

Daba media vuelta Colman y Parsons le interpeló:

—¿No es a mí al que buscaba?

—No. Y lo debería celebrar.

Robert Parsons, girando la manivela del bombo, daba cabezadas de mudo asentimiento. Celebraba que aquel siniestro sujeto no le buscase. Debía ser muy incómodo tener con él alguna cuenta pendiente.

Steve Colman, en un supermercado de la esquina de la West 18, adquirió una cajita extraplana en cuyo plástico se repetía la misma palabra: «Ecuanil».

En el bar adjunto bebió un vaso de leche tibia en que se habían fundido dos comprimidos. El folleto anexo a la cajita aseguraba entre otros efectos: «Sedante en estados hipertensivos. Aplaca la excitación nerviosa. Produce una sensación de serenidad y bienestar».

Al cuarto de hora, Steve Colman empezó a comprobar la sensación de serenidad a toda prueba. La sensación de bienestar, ningún producto, por milagroso que fuese, se la podría proporcionar jamás.

«El bienestar es como la juventud, Steve. Se sabe que existieron cuando se han perdido».

A los veinte minutos, Colman decidió que podía efectuar su visita, sin disparar como saludo. Tenía que preguntar antes…

El despacho era sucio, pero confortable. En un ángulo, Walt Fergus, junto a una mesita y frente a la ventana, engullía un emparedado y bebía directamente de un termos, con el cual señaló el plato conteniendo otro emparedado. Boca llena, sonriente, pero alertas los ojillos verdosos y húmedos.

—No tengo apetito y verte me corta la secreción de jugos gástricos,

Walt. Telefoneé varias veces hasta lograr oír tu asquerosa voz.

Steve Colman se instaló en un sillón, imitando la postura de Walt Fergus, apoyados los pies en el reborde de la ventana.

—Este despacho tiene cabida para tres cerdos más de tu envergadura, Walt. ¿Tienes la pocilga allí? —y señaló Colman una puerta al fondo.

Rio Fergus hurgándose un diente con la larga uña del meñique.

—Para prosperar hay que criar musgo trabajando y reposando en el mismo taller, Steve. ¿Qué mala suerte me vale la desgracia de tu visita?

—Charlar mano a mano como compinches. Lo somos y uncidos a la misma carreta como dos bueyes. Una carreta que conduce de mano maestra una hembra de alivio, Walt.

Walt Fergus cogió el otro emparedado. Con una sola mano. La otra pianoteaba sobre un hueco en una estantería baja, con revistas y libros.

—Tendré que modificar el sistema de apertura durante mis horas de meditación rumiante. Tocan el timbre y se cuela cualquiera.

—Nadie se cuela ya. Tras el timbrazo de apertura, desconecté. Estamos solos, cariño. Oye, tienes una vista preciosa desde aquí. Una panorámica de «Todd-A». Piso veintiocho. A un promedio de cuatro metros por piso, saca la multiplicación. Un día te asomas demasiado y vaya tortilla.

—Te noto muy humorista —y masticando ruidosamente, añadió Fergus —: En buen jaleo nos metió la sueca. Esta mañana, sin ir más lejos, el sargento Fleming la tomó conmigo.

—Porque es un perdiguero con mucho seso. Está escamadísimo, porque asegura que una defunción donde anduvimos tú y yo por los alrededores, es un fallecimiento que apesta a podrido.

—Esto es lo malo de la fama injusta, Steve. Tú y yo somos dos pintas, conformes... Pero y si ahora queremos ser decentes, ¿nos van a dejar?

El índice izquierdo de Colman se removió en el aire, en negativa. La diestra seguía hundida en el bolsillo de su sahariana.

—Te consta sobradamente, Walt, que no permitiremos que nadie nos deje ser decentes. Y también te consta que el asunto de la sueca tiene una complicación bestial. Buen provecho, guarro.

Tras el eructo, Fergus se enjuagó la boca con el resto de «whisky» del termos. En mangas de camisa, su sobaquera de cuero aparecía hueca, sin su cargamento habitual.

Tendió la zurda hacia el paquete de tabaco, lo sacudió en el aire y con la boca cogió un cigarrillo. Siempre con la zurda abrió la caja de fósforos, y rascó uno sobre la uña de su pulgar.

—¿Tienes golondrinos en el sobaco derecho, Walt?

—Es una manía —rio Fergus, encendiendo—. Cuando suena el timbre y se abre la puerta, mi diestra por sí sola empieza a sobar este trasto. Una «Savage», calibre 32.

—No fastidies. No me confieses que te asusto.

—No me asustas, pero por si vienes de malas pulgas, prefiero evitarnos mutuos disgustos. Te abulta mucho el bolsillo derecho.

La diestra de Colman abandonó el bolsillo. Pasó de refilón por su nariz.

—Calibre 32 también, pero prefiero la mía: «Smith-Wesson». Nunca encasquilla. Vamos a lo nuestro, Walt. Yo te hago preguntas, tú me largas puercos embustes y yo te demuestro cuándo mientes. Si me aproximo me dices «tibio, tibio»; si me alejo, «frío, frío». ¿Te pita el juego?

—Me encanta. Adivina, adivinanza… Siempre tuviste una mirada desagradable, como si pisases estiércol continuamente. Entrando, tus mirillas destilaban ansias homicidas, Steve —rio Fergus—. ¿Por qué?

—Siempre me inspiras deseos de matarte, Walt, pero saco cuentas y me digo que meterte un plomo en la tripa no me disgustaría ni mucho menos, mientras te viese retroceder como una babosa sedienta, implorándome algo para beber, para calmar el fuego de tu buche perforado. Pero, ¿y luego? Tener que ir a la cárcel por tu cochina culpa, aunque sea con la felicitación del tribunal, no me resulta rentable. ¿Por qué te seleccionó Hilda?

—Leyó mi anuncio y vino a calibrarme aquí.

—¿Cuándo?

—El viernes pasado, eso es. Hoy es miércoles, eso es. Vino a media tarde. Viéndola me palpitó el sistema amoroso desde la coronilla hasta los callos.

—Nils me dijo que era él quien te contrató.

—Hombre, hombre… ¿Desde cuándo en un matrimonio manda el marido? Ella me contrató aquí, tácitamente, pero me dijo que sería Nils el que vendría a contratarme bajo su sugerencia. Y la criatura sugiere lo que le da la gana.

—A eso vamos, Walt. Te debió sugerir la mar de cosas, aparte las licenciosas y adecuadas en un varón.

Rio Fergus y su diestra se apartó de la «Savage» encunada en el hueco de la estantería. Sus ojillos relucieron codiciosos.

—Nunca dudé de tu talento, Steve. ¿A que te oliste desde un principio lo mismo que yo me olfateé?

—«Sirpol».

—Exacto, exacto, bribón. Oficinas que traducen revistas y crónicas políticas desde la «Pravda» moscovita hasta «El Tiempo» colombiano, rellenando en inglés boletines diarios para los técnicos del Departamento de Estado. Pero, a ver si levantas la tapadera de la olla, y miras por debajo del caldo de arriba.

—El boletín diario contiene honestos extractos a modo de un «Reader's Digest» para aprendices de brujo político. Un senador, por asno que sea, si es nombrado embajador en Cafrelandia reúne todos los comentarios recientes sobre Cafrelandia, se los empolla y llega allá sabiendo más de

política local que el indígena. Pero...

—Ahí, ahí —aprobó Fergus.

—El «Sirpol» tiene otra fuente de información aparte la Prensa nativa. Gente que viaja, gente insospechable, que vende tractores, avena en botes o maquinaria de papel.

—Ajá.

—Estos informadores especiales remiten notas muy secretas para uso de pocas personas. Vamos a imaginar que tú, cambiándote la jeta, lógicamente, entras en el «Sirpol» como traductor de katangués. Y mientras andas katangueando se te ocurre meditar que si le pudieras echar mano a los informes ultra secretos de los viajeros, retenerlos y ofrecerlos en venta tras copiarlos al propio país explorado, te ibas a forrar de oro.

—Eres un tío listo. ¿Cómo crees que funciona este negocio?

—Entre tú y yo lo ponemos en claro ahora mismo.

Nils Norvik es un agente viajero del «Sirpol». ¿Traiciona?

—Frío, frío.

—Eso es. No traiciona. ¿Su esposa sacó copias de sus informes?

—Tibio, tibio.

—Arlene Land es la cómplice de Hilda en el negocio muy productivo de copiar o retener informes y venderlos a los países interesados.

—Caliente, caliente.

—Nils Norvik sospecha.

—Frío, frío.

—Alguien del «Sirpol» tiene la mosca tras la oreja.

—Ajá.

—Entonces, alarmadas, Hilda y Arlene deciden que hay que salir del apuro. La sospechosa debe ser Hilda. Y anda en juego un fajo de millones. Las dos avispas no quieren perder el fruto de su labor. Y empieza el plan: si Hilda muere y adquiere otra identidad podrá salir del país, y disfrutar de su moneda, lejos. Inventa la amenaza contra su vida.

—Exacto.

—Comprueba que tú eres un pinta que por dos reales eres capaz de cargarte a quién ella señale. Pero, ¿y tú por qué me señalas a mí?

—Porque ella necesitaba dos tipos con agallas que cerraran los ojos y la boca cuando tocase. Entre nosotros, Steve, no me extrañaría que Hilda ofrezca buen salario para liquidar a alguien, que será aquel que ha sospechado que Hilda tenía un cómplice en «Sirpol».

—Y tú me propones. Pero no me hubieses propuesto nunca el cincuenta por ciento en el negocio que preparas, si no vengo yo a demostrarte que he descubierto el meollo del pastel.

—Eres un tío salado —rio Fergus—. La cosa está de rechupete. Las dos pájaras pretenden largarse lejos con varios milloncejos ahorrados, Steve.

—Chantaje, Walt. Las exprimiremos como limoncejos.

—Las aciertas todas, crápula —gimió Fergus jubiloso.

—Regresemos al viernes pasado. A Hilda le inspiraste confianza. ¿Por qué?

—Me ofrecí incondicionalmente. «Lo que sea, señora, yo lo arreglo», le dije, frotándome la yema del pulgar con la del índice.

Steve Colman miró por la ventana. El «Ecuanil» surtía efecto. Podía contener su vehemente afán de estrangular a Walt Fergus.

—Pero Hilda tropezaba con un inconveniente dada su estampa —insinuó.

—Claro, Steve. Es alta, de curvas vertiginosas y un semblante especial, estilo Lana Turner en sus fotos de hace añitos.

—Te explicó su truco para hacerse la sueca muerta.

—Sí, pero con todo y su truco le hacía falta una sustituta. La que tenía que pasar por la autopsia.

—La que entierran esta tarde —y Colman aspiró aire—. Pon en marcha el escobillón, Walt. Apesta a podrido aquí dentro.

Pulsó Fergus un botón y sobre la mesa grande empezó a zumbar el ventilador.

—Era palpable que Hilda no podía llevar a cabo su plan sin tener la sustituta. ¿Cómo diste con ella, Walt?

—Mira qué casualidad… En tu barrio precisamente.

—No me digas.

—Una judía, guapísima ella. La cara en sus contornos y perfil muy similar a la de Hilda. Naturalmente tenía un maquillaje distinto, y unos ojazos grises que embelesaban.

Steve Colman se sujetó los labios con los dedos. Proseguía Fergus:

—Alta, cimbreante y de espléndida cabellera, pero morena. Tenía un nombre bonito: Marigold.

La diestra de Colman pegó un manotazo sobre la mesita. Saltó el plato y se cayó el termos al suelo.

Respingando, Walt Fergus colocó su palma sobre la «Savage». Se tranquilizó al ver el perfil de Colman, que, ojos cerrados, impasible, comentó:

—Descuéntame el termos de los futuros beneficios extra, Walt. Es que de pronto recordé algo y me reventó. ¿Por qué te escamaste?

—Contigo está uno siempre escamado, Steve.

—Tropezaste casualmente en mi barrio con Marigold, una judía morena, con ojazos grises. Pero Hilda es rubia y de ojos azul-violeta.

—Con buena voluntad nada es imposible en este bajo mundo, Steve. El que manipula los fiambres aseguró que en las identificaciones de familiares, estos no alzan los párpados difuntos, sino que se conforman con el aspecto general. Y el tipo, vaya oficio el suyo, ¿eh?… hay gente sin escrúpulos, caramba… El tipo maquilló como era su obligación.

—¿Y la tuya en qué consistió?

—En derrochar materia gris. Se trataba de atraer a Marigold y estuve inspirado. Me fui a una agencia, di el primer nombre que se me ocurrió, el de un fabricante de colas, y llevé impresos varios prospectos. Ya había hecho mis indagaciones y sabía que la judía desaparecía con frecuencia. Su viejo se lamentaba de que algún día iría a parar a Buenos Aires. El toque final era que no tenía novio ni marido que se pusiera luego a reclamar e incordiar.

—Magnífico. Pero había que atraerla.

—Una agencia artística de buena fama es el mejor señuelo para muchachas ilusas. Y le dije al agente que se trataba de una doble para una artista. Aceché a la judía y pasando por su lado le tendí un prospecto. Ella ni me vio. Y gata al saco.

—No vayas tan aprisa, que me das fiebre. Ella leyó el prospecto y corrió a la agencia.

—Y allí estaba yo, el contratante. La traje aquí, pero desde aquel mismo momento era esencial que no comunicase ella con nadie o fallaría el plan de Hilda. La dormí.

—¿Cómo?

—Bebió un traguito de licor dulce que le ofrecí para celebrar su suerte. El traguito tenía barbitúrico para dormir a un colegio. Cayó redonda y no paró de dormir durante tres días y noches. Yo le renovaba el barbitúrico dándoselo con tubo de cristal y jugos. No podía exponerme a que se muriera de hambre. Tenía que morir exactamente cuando quisiera Hilda, que para esto pagaba.

Steve Colman hizo palanca con los pies apoyados en el reborde. Se distendió a un lado como un resorte, abandonando su sillón, proyectando todo su peso en el impulso en revés de su brazo tendido.

Cogido de lleno en pleno pecho por el impacto de antebrazo, Walt Fergus cayó de espaldas, balanceándose en su sillón. Su mano arañó la estantería en inútil intento de empuñar su «Savage».

La culata de la «Smith-Wesson» empuñada por Colman se aplastó en el dorso de la mano resbalante. Lanzó Fergus un grito dolorido, pero en ágil contorsión saltó en pie.

La automática le encañonaba y se detuvo en su avance. Balbució:

—No me he roto el espinazo de milagro. Estás loco, Steve.

Sacudiendo la diestra magullada, hizo mover las articulaciones.

—Estoy enfermo, Walt. De rabia desesperada. Y tan pronto palpes tu herramienta te alojaré un plomo en la tripa. No morirás de pronto, sino muy poco a poco. Haz lo que puedas y sepas, Walt. Arrodíllate, reza, reniega, llora. Lo que quieras. Te dejo chillar hasta desgañitarte. Los tabiques recubiertos con paneles de corcho garantizan la insonorización. Ventana cerrada. Solitos tú y yo. Chilla, jabalí; gime, bestia; suplica, hiena.

Besándose el dorso de la diestra, refunfuñó Fergus:

—Era de temer que un día u otro te volvieses loco. Pero medita en lo que tú mismo dijiste. Si me liquidas, no sé por qué, tú sabrás lo que te haces. Lo que sí sé es que te cascarán la silla o veinte tacos de calendario entre rejas.

—Alegaré legítima defensa. Drogaste a Marigold hasta el momento en que Hilda te llamara para que actuases. En tu coche, una llamada en clave a Gardiner. Una aventurera rubia, desconocida, que creías desmayada, pero que murió de síncope. Síncope…

A tres pasos de distancia, Walt Fergus deslizaba rápidas ojeadas calculadoras. No podía llegar a la «Savage» sin recibir el plomo.

Enfrente, Steve Colman tenía el brazo derecho colgante y la automática encañonaba el suelo. Él parecía mirar por encima de la cabeza de Fergus.

—Le dijiste a Gardiner que eras un hombre casado y decente. No querías complicaciones y el otro puerco hizo la parte que le correspondía. Fingió tomar tu identidad, pero del coche sacaron una rubia con síncope mortal.

—Charlando, charlando, a lo mejor recobras la normalidad, Steve. A mí me dio Hilda una cápsula para que la hiciera absorber a la adormilada Marigold, tan pronto me telefonease ella. Lo hice y llamé a Gardiner, diciéndole tan solo: «Venga pronto». Ya sabía dónde tenía que «recoger» sin necesidad de hacer inscripción de llamada ni entrada en la centralilla de la «Morgue».

—Explicado el síncope. Era morena.

—La teñí, siguiendo las instrucciones de Hilda.

Walt Fergus había conseguido desplazarse unos centímetros, casi insensiblemente. Preguntó:

—¿Qué cuernos te pasa, Steve? Ni te va ni te viene… Yo maté a la judía, pero ella ni se enteró, y además la que llevaba la batuta era Hilda. Yo no.

Otros centímetros más con el pie derecho y podría actuar.

—Cuanto antes agarres tu herramienta, antes termino contigo, Fergus. No quiero que te vayas al infierno sin enterarte del por qué vas a agonizar. En mi barrio te tropezaste con una judía llamada Marigold Bernstein. Sin novio aparente.

Frunciendo el ceño, Fergus tenía por ojos dos estrechas rendijas.

—¿Vas adivinando? Estaba escrito que teníamos que terminar mal, Fergus. Un maldito demonio te azuzaba cuando escogiste a Marigold. Iba a ser mi esposa.

—¡Te juro que yo…! ¡No sabía, yo no sabía…!

—Con este frenesí, recuerdas los retorcimientos del pez atrapado. Retorcimientos precursores de la muerte, Walt Fergus. Tan pronto toques tu culata, te encogerás con un boquete en la tripa. La peor muerte, dicen.

Pero no se ha inventado todavía, una muerte digna de ti, hiena. Ríe un poquito, hiena.

—Escucha, Steve... ¿Cómo podía yo adivinar que Marigold era...? Procura pensar con sentido común, hombre. ¿Si yo hubiese sabido... crees tú que...? Habría buscado a otra.

—La culpa es mía en parte. Tenía que haberle colocado una etiqueta a Marigold. Una etiqueta bien clara: «Ojo con ella. Propiedad de Steve Colman. No tocar. Peligro de muerte» —y Steve Colman cerró los ojos. Walt Fergus se abalanzó con experto zambullido de jugador de rugby «placando» a un adversario. Había sido profesional del balón ovalado.

Uno de sus brazos rodeó la cintura de Colman. El otro mantuvo hacia abajo el antebrazo rematado en la automática.

La zurda de Colman se engarfió en el escaso cabello de su oponente.

La rodilla de Fergus se alzó con saña, alcanzando su objetivo, y Colman se inclinó.

Pero su frente chocó con la cara contraída por el esfuerzo. La automática adquirió un ángulo de elevación al ir doblando Colman la muñeca hacia arriba. Jadeaban los dos, muy juntos los cuerpos tensos.

Percutió el gatillo varias veces, barrenando el plomo. Repentinamente emanó un olor a ropa quemada.

Walt Fergus desmadejó los brazos, muy abiertos los ojos, boqueando. Su cabeza se reclinó en un hombro de Colman.

—Yo no lo sabía, Steve...

—Ya lo sabes, Walt...

La zurda de Fergus trataba de sujetar la diestra de Colman.

Este se apartó a un lado. Walt Fergus fue perdiendo estatura, hasta sentarse sobre sus piernas dobladas. Apoyó una mano en el suelo y la otra sobre su estómago.

Cabeceó como amodorrado hasta que la quemazón le hizo gemir:

—Agua, Steve...

—Ella era el agua, para mí sed.

—Ten compasión... Me muero, Steve...

—Yo me he muerto esta mañana. Ante un ataúd.

Crispado en espasmos el lívido rostro, suplicó Fergus, crujiendo los dientes:

—Remátame, por piedad...

Steve Colman recogió la «Savage» de la estantería. La empujó por el suelo con el pie, hasta que quedó junto a las rodillas del moribundo.

A tientas, palpó Fergus hasta que su mano empuñó. Pero no podía alzar el arma. Era demasiado peso. Cayó de costado, apoyando la mano armada en su estómago. La mano fue resbalando hacia su pecho.

Steve Colman dio media vuelta, dirigiéndose a la salida. En aquel mismo instante deseaba morir de una vez por todas. Oyó el disparo.

Continuó andando.

Walt Fergus, tendido de costado, apretaba la diestra en torno a la culata y en sus últimos estertores parecía golpearse con toques litúrgicos de «mea culpa» sobre el corazón que acababa de detenerse por su propio balazo abreviando la insoportable agonía.

CAPÍTULO IX

Hilda Norvik escuchaba devotamente los arpegios de los violines desgranando la «Sinfonía Boreal». Aquella música nebulosa e indecisa producía en ella un sortilegio: la emocionaba.

Ante el espejo del tocador iba aplicando los últimos pincelazos negros en el largo cabello rubio dividido en guedejas. Una cinta adhesiva enmarcaba su frente y sienes para impedir que el tinte negro manchase la piel.

Los altavoces estereofónicos reprodujeron los insistentes compases finales, cuya tenue percusión suscitó en ella un trémulo parpadeo. No lo podía remediar. Se sentía casi mística bajo el influjo de la melodía alada, de sutil delicadeza.

Reinó el silencio. Entrando en la alcoba, Arlene Land observó en el espejo el rostro melancólico de la escandinava.

—Te transforma por completo, Hilda.

—¿No causó extrañeza tu petición?

—En absoluto. Hace ya varios días que solicité estos dos días de licencia, pretextando cuestiones familiares. Ahora deseo que concretemos bien todos los puntos, Hilda.

—Estás nerviosa.

—No lo niego. Un pequeño error ahora, y perdemos lo que tanto tiempo y prudencia nos exigió.

—No cabe error alguno, Arlene, y tu labor es sencilla.

—¿Sencilla? —y rio ella con acritud—. ¿Es una labor sencilla suprimir a dos seres humanos?

—Sensiblerías ahora, no —manifestó Hilda Norvik esponjando entre sus manos enguantadas una guedeja empapada en líquido teñidor—. Nos vemos obligadas a actuar así para asegurar nuestro futuro, Arlene.

—Pero no comprendo por qué tengo que ser yo personalmente la que suprima a Marta Gardiner.

—Marta Gardiner, al carecer de noticias de su marido, alertaría a la policía. Además, tú necesitas su documento identidad para poder viajar y residir tranquilamente en Europa. Estábamos plenamente de acuerdo sobre este punto.

—Sí, porque yo creí que contrataste a Fergus y a Colman precisamente para esta desagradable tarea.

—Fergus ya cumplió su cometido y le visitaré esta tarde… No puedo permitir que se convierta en una amenaza futura. Es un chantajista y se propone extorsionamos constantemente.

—Entonces, exígele a Colman que se encargue de Martha Gardiner.

—¡No! Pese a su apariencia, Colman no es un asesino a sangre fría. Somos nosotras las que hemos de actuar. Ray Gardiner será un peligro futuro, pero ya me cuidaré de él. Marta no supondrá para ti ninguna dificultad, ya que posees la carta escrita por su marido. La recogerás a las cuatro, llevándola directamente a Crescent. Allí espero.

—Cuando empezamos... nunca insinuaste la posibilidad de que tendríamos que matar...

—No dramaticemos, Arlene. Piensa con lógica. Se trata de la vida de ellos o de la nuestra. De nada nos serviría haber acumulado una cuantiosa fortuna, si estuviéramos siempre bajo la amenaza de una futura delación. ¿No me cuido yo de Gardiner? ¿No me ocuparé de Jean? ¿No voy a terminar con Fergus? El tiempo apremia y no puedo yo ocuparme de todo.

—Envidio tu frialdad. Nos veremos en Crescent.

Salió Arlene Land. Ante el espejo, Hilda Norvik secó con el secador sus cabellos que habían adquirido un denso color negro. Retiró las cintas adhesivas. Debía ahora proceder a la operación definitiva, la que la transformaría por completo.

En un estuche estaban los dos delgadísimos cristalitos de matiz plateado en su centro. Eran ya cuatro los días en que durante horas se había ido entrenando y acostumbrando al uso de aquellos lentes de contacto.

Cubrían el color azul-violeta de las pupilas. Al principio, su colocación había supuesto un lagrimeo constante. Ahora, ya podía encajarlos sin percibir la menor molestia.

Insertó bajo un párpado el borde superior ovalado y encajó el cristalito gris cuyo remate blanco quedó aprisionado en el párpado inferior. Apretó los dos párpados entre sí para lograr la rápida adherencia, mientras procedía a realizar la misma operación en la otra córnea. Y mantuvo un largo instante los ojos cerrados, con fuerza. Pestañeó levemente y al abrir del todo sus párpados el espejo le devolvió la imagen de una mujer nueva, totalmente distinta.

Las cejas en arco normal, los labios de coloración más clara, en dibujo menos rotundo, los grandes ojos grises y el negro cabello la convertían en la exacta reproducción de la muchacha judía.

Examinó ella nuevamente la foto de Marigold Bernstein en el carnet de identidad y en el pasaporte. Cejas en arco normal, labios sonrosados, negro cabello denso y grandes ojos grises.

La misma faz que veía ahora Hilda Norvik en el espejo.

Fue al armario, de donde sacó un vestido sencillo, apropiado para la muchacha del Bronx; un bolso barato, de rafia, y sandalias veraniegas, muy comunes.

Depositó en el cofrecito su esmeralda, el brazalete, los pendientes y el

reloj, prendas de elevado precio, impropias en la hija de un sastrecillo.

Colocó el cofrecito en un maletín y durante unos minutos meditó en si faltaba algo. Denegó ella misma. Todo iba realizándose con la misma meticulosidad que había sido planeado.

Abajo esperaba el coche alquilado. Y conduciéndolo, Hilda Norvik pensó en Steve Colman.

Un hombre que iba a morir antes que anocheciera. Un hombre que había sido meramente un instrumento, elegido porque Walt Fergus había sugerido que Colman, llegado el momento y pagado adecuadamente, «haría lo que fuese necesario, sin el menor escrúpulo».

Colman eliminaría a Jean Piaget, alertando ella a este último, para que la muerte de ambos pareciese resultado de una pelea. Pero… ella, tras analizar a Colman, sobre todo al regresar él de la identificación, decidió que Colman no solo no era ya utilizable, sino que suponía un peligro.

Detuvo el coche junto a la acera, a unos veinte metros del lugar en que pensaba aparcar. Ante el edificio en que Walt Fergus tenía su despacho y alojamiento había dos coches patrulla, una ambulancia y varios grupos de curiosos, mantenidos a raya por policías.

Descendió ella, aproximándose a uno de los grupos, seleccionado sus oídos fragmentos de los diversos comentarios:

—… Era un privado y esta gentuza suele terminar mal —decía uno.

—Yo estaba en el piso veintisiete cuando la policía entraba en el piso de arriba. Parece ser que el privado estaba relleno de balazos. Algunas veces me lo crucé y tenía aspecto de granuja.

Hilda Norvik dio media vuelta. Alguien le había ahorrado aquella tarea.

Walt Fergus debía tener muchos enemigos y uno de ellos había actuado oportunamente.

Condujo ella hacia el norte y en un parador a la salida de la autopista 14 marcó en el disco telefónico dos letras y cinco números.

La voz masculina replicó al tercer timbrazo:

—… Jean Piaget al aparato. ¿Quién?

Forzó ella un tono agudo:

—… Puedo proporcionarle informes de gran valor sobre Hilda Norvik y Arlene Land.

—… ¿Sí? ¿Y quién es usted?

—… No me conoce. Poseo una información importante y necesito dinero.

—… Venga a verme.

—… Estoy en el parador «Roadside» de la 14 Norte. Si viene acompañado, me iré. No perderá su tiempo, porque se trata de pruebas concretas sobre determinadas «fugas» de documentos. Fui doncella en casa de los Norvik. Le aguardaré hasta las cuatro.

—… ¿Cómo la reconoceré?

—... Un «Mercury» caoba aparcado en la rotonda del parador.

Colgó ella, yendo a sentarse tras una mesita de la terraza del aparcamiento. Evocó las razones por las cuales Jean Piaget iba a morir.

El francés era un explorador que escribía libros sobre comarcas exóticas, comarcas que por lo general lindaban con explotaciones petroleras. Informaba al «Sirpol».

La desaparición de un frasquito de curare de su equipaje, en su reciente llegada a Nueva York, le hizo recelar de Hilda que le visitó en su hotel. Jean Piaget, por una de esas rarezas masculinas, deseaba vencer la frialdad de Arlene Land. Y le había confiado a Arlene que sospechaba de Hilda, a la que creía dedicada a turbios manejos de «fuga» de documentos ultra secretos.

El francés afirmaba que Hilda se había suicidado con el curare, por considerarse perdida apenas él completase los datos demostrando que Hilda, con la complicidad de alguien empleado en las oficinas de «Sirpol», vendía informes a cierta potencia extranjera.

Jean Piaget era individualista. A nadie había comunicado sus sospechas, excepto a Arlene, solicitando de ella que con discreción averiguase quién era el cómplice de Hilda, «forzosamente un hombre, dada la fascinación voluptuosa de Hilda»...

Se levantó Hilda Norvik, pagada su consumición, yendo hacia su coche.

Un descapotable «semi-jeep» maniobró en el aparcamiento y Jean Piaget se apeó, aproximándose al «Mercury». Inclinado, contempló a la desconocida de gafas solares ambarinas y largo cabello negro, recogido en alto.

—Yo soy Jean Piaget.

—Suba. Le explicaré por el camino.

Instalándose junto a ella, Piaget se ladeó. Aquel perfil obstinado le recordaba a alguien, sin poderlo precisar. Las gafas ambarinas difuminaban los grises ojos.

Condujo ella por la tercera pista de velocidad inferior a las 40 millas.

—Me dijo que fue doncella de los Norvik.

—Hasta que me cansé de soportar las intemperancias de Hilda Norvik. Llegué a odiarla y por esto traté de descubrir cualquier cosa que pudiera perjudicarla.

—¿Y qué descubrió? —sonrió el francés.

—Una vez, Nils Norvik le mencionó a usted diciéndole a su esposa, en la que tenía plena confianza, que usted era un agente informador del «Sirpol» que gozaba de fama muy secreta por haber descubierto personalmente agentes enemigos o traidores. Por esto he recurrido a usted. Mi primera intención fue venderle lo que poseo a Hilda. Una grabación de una conversación de esta con Arlene.

—Tiene dotes para ingresar en el personal viajero del «Sirpol». Buena

figura y positiva inteligencia. ¿Cuándo dejó a los Norvik?

—Hace solamente seis días. La muerte de Hilda supuso para mí un gran contratiempo. Estando ella en vida, si no pagaba ella, pagaría su marido. Su muerte me defraudó.

—Me causa gracia su desenfado, señorita, ¿o señora? Porque en su anular se nota la huella blanca de una alianza que ahora no lleva.

—Gracias por hacerme notar este detalle.

El coche penetró por un ramal. Una pancarta con dos flechas en el mismo sentido señalaba: «MOUNTAIN BEACH 6 Millas — CRESCENT HARBOUR 10 M».

—¿Dónde vamos?

—Al lugar donde guardo la grabación. Pido por ella cincuenta mil dólares.

—Es mucho dinero.

—Poco en proporción a lo que supondrá evitar que siga la «fuga» de informaciones.

—Emplea la terminología técnica y hay madera de agente en usted, pero comprenda que no puedo responder de un pago que depende de otro departamento, a menos que su grabación valga la pena. ¿Cómo pudo obtenerla?

—Era mi tarde de permiso. Me creían ausente.

El coche descendía por la ladera hacia el puerto de gran tráfico comercial con Canadá.

—¿Arlene Land cómplice de Hilda Norvik? —silbó el francés—. Las imaginaba enemigas.

—Táctica que usaron ambas.

El «Mercury» enfiló una alameda a cuyos flancos se espaciaban construcciones de madera de una sola planta. *Bungalows.*

—Aquella es mi casa, pero la alquilo solamente los meses de verano.

Por el sendero, entre el césped, el coche rodó hacia el garaje posterior.

—Tenga la bondad de abrir la puerta. Esta es la llave.

Piaget fue a abrir la puerta corrediza. El «Mercury» quedó silencioso en el espacioso garaje.

—Cierre, por favor —rogó ella.

Jean Piaget hizo deslizar sobre sus rieles el portante acanalado. Permaneció con la mano en torno al arco de metal y su zurda se crispó en su nuca mientras resbalaba lentamente hacia el suelo.

Los cuatro proyectiles disparados con silenciador fueron penetrando en la base del cráneo y entre los dos hombros.

CAPÍTULO X

Steve Colman salió del ascensor para dirigirse a la puerta del piso de los Norvik. A sus espaldas, y surgiendo de la escalera, dos desconocidos se aproximaron, colocándose a cada lado.

Se detuvo Colman y se detuvieron ellos dos. El canoso dijo:

—Equivocó el piso, joven.

—Si el ascensor cumplió con su deber, estoy en el rellano del apartamento Norvik.

—Norvik no recibe visitas —aseguró el de negro cabello—. Está desconsolado, acopiando fuerzas para el entierro. Usted es Steve Colman, ¿no?

—Sí.

—Oportuno. Hace una hora que el patrón le anda buscando por todas partes. Llámalo, Jack —ordenó el canoso.

Jack se dirigió a la puerta del piso de los Norvik y la empujó, yendo hacia el teléfono.

—Owen Fleming le busca con ansiedad —aclaró el canoso—. Le esperaba en su despacho, pero desde las once de la mañana hasta ahora, usted sin asomarse.

Regresó el otro detective. Parecía extrañado:

—Se lo hice repetir, pero está claro, Ralph. Que sigamos aquí y demos escolta a Norvik. Y que este vaya directo a su despacho. Sí, usted, Colman. Recto al despacho del sargento Fleming.

Steve Colman pulsó el botón del ascensor. A su espalda, indicó Ralph:

—Por una vez sea buen chico, Colman. Vaya recto, sin rodeos, ¿eh?

Mientras bajaba el ascensor, comentó Jack:

—Este tipo ha de ser de alivio. Y Fleming chochea.

—Si Fleming chochea, yo soy la Sofía Loren.

* * *

En su despacho, Owen Fleming señaló con la barbilla frente a él. Steve Colman se sentó.

—¿Cómo va la gripe?

—Lo que no mata, endurece.

—¿Por dónde deambulabas a las tres?

—Anclado en un bar llamado «Gipsy».

—¿Ya las dos?

—Deambulando. Compré «Ecuanil» y bebí leche tibia.

—¿Y entre dos y tres?

—Deambulando. No me encuentro nada bien, Owen.

—Un conocido tuyo se encuentra aún peor. Walt Fergus. ¿Te suena? Luego me contestarás. Esta mañana, a las once, envié a buscarte porque tu teléfono no charlaba, y yo quería decirte algo que tiene mucha miga. Recibí un informe confidencial y resulta que Nils Norvik es algo así como un chivato de categoría, al servicio norteamericano. ¿Ves tú cómo en la muerte de Hilda Norvik había mucho arroz?

—Pronto sacarás el trigo limpio.

—Posible, muy posible. Y volviendo a tu amigo Fergus...

—Nunca lo fue. No nos podíamos ver ni borrachos. Era una hiena.

—¿Era...?

Steve Colman se colocó un comprimido de «Ecuanil» en la lengua y del distribuidor cogió un vaso de papel, haciendo funcionar el «Westinghouse». El agua fresca le calmó el ardor del pecho. Regresó a sentarse.

—Entre dos y tres, Walt Fergus se convirtió en un colador. Envié un muchacho a buscarle y lo encontró inservible. Yo hace unos minutos que he regresado, y el que le baleó tiene una atenuante sólida. Legítima defensa.

—El que elimina a hienas tiene derecho a una medallita y a una estampa.

—En la «Savage» 32 de Fergus falta una bala, y por el cuerpo tiene cuatro plomos de este calibre, a quemarropa: uno en el corazón y tres en el circuito digestivo. ¿Cuándo le viste por última vez a Fergus?

—A eso de las dos.

—¿El día dos o esta tarde a las dos?

—Esta tarde.

—Caray... Hace calor, ¿eh?

Levantándose, Fleming fue a beber a chorro en el surtidor helado. Se frotó la cara al sentarse:

—Está fresquita y es un gustazo barato. ¿Discutiste con Fergus?

—Hablamos de mucho y de nada.

—Había un sillón tumbado, un termo roto y... ¿qué número calzas, Steve?

—Cuarenta y tres.

—¿Tacones de goma «Albatros»?

—Sí.

—En el reborde de la ventana del despacho de Fergus hay huellas de zapatos del 43 con suelas de goma «Albatros».

—Apoyé los pies para poder charlar con calma con Fergus.

—Dame tu herramienta.

Colman tendió su «Smith-Wesson». Fleming olfateó, hizo retroceder la culata, miró la recámara, sacó el cargador y escrutó al trasluz las estrías del cañón. Gruñó:

—Calibre 32. Bien engrasada, recientemente engrasada.

—Cuido mucho mis objetos de uso personal e intransferibles.

—Cargador intacto, y me da asco ver lo cuidadoso que eres, Steve. Tienes licencia, y allá el que la firmó. La muerte de Fergus no me apena, pero me ha reventado porque yo quería interrogarle. Ahora bien, recapacitando un poco, lo que importa es que tú sabes lo que me urge saber. ¿Dónde mil pares de demonios está doña Hilda?

Y Owen Fleming resopló al oír la respuesta:

—El viudo moqueó sobre un ataúd y dijo que allí estaba ella.

Owen Fleming se levantó; fue hacia la ventana. Vuelto de espaldas, cruzó las manos tras el cinto.

—Voy a meterme en cosas tuyas muy personales, Steve. Esta mañana entraste normal en la sala del ataúd que has mencionado. Saliste anormal. Y metí las narices en algo muy íntimo tuyo. Te vi con la cabeza gacha sobre tu volante y me acerqué antes que el enfermero. No sabías decir más que un nombre. Yo creo que los religiosos al morir, así citan el nombre de Dios.

Regresó Fleming a su silla, sin mirar a Colman. Fijos los ojos en la deslustrada superficie de la mesa.

—Gemías un nombre bonito, poco corriente. ¿Tú gimiendo? Me impresionó y volví a la sala de identificación. El interno me dijo que tú habías alzado los párpados de la mujer en el ataúd. Hice lo mismo.

Steve Colman cerró los ojos y sus dos manos, entrelazadas sobre su estómago, apretaron hacia adentro. Proseguía Fleming:

—Unos ojos grises, muy grises. Y la Norvik los tiene azul-violeta.

—La Norvik fue reconocida por ti y por un forense.

—Esto es lo que me tiene al borde de la locura. Lo cierto es que la que van a enterrar esta tarde se llama Marigold Bernstein. Y tú lo sabes.

—Ojalá no lo supiera.

—Su padre está en la inopia. Personalmente di un recorrido por la vecindad, y un tendero me dijo que Abe Bernstein está que no cabe de gozo en su escasa piel.

Anda buscando una tienda con alojamiento grande y disfruta muy ufano con la idea de que… ¿Sigo, Steve?

—Ya que empezaste, remacha.

—Marigold iba a ser tu esposa. Esta mañana la identificaste y esta tarde aparece Walt Fergus, la hiena, acribillado.

—No le saques punta a comentarios de tendero, Owen. El viejo Abe pudo decir que yo me iba a casar, pero del dicho al hecho…

—Hay un ataúd en el trecho.

—Ojo, tú —silabeó Colman amenazador.

—Fíjate si seré borrico que no le quise decir nada al viejo, ya que, según el comadreo, se aguanta en pie porque está loco por su hija. Pero ya

que no había boda a la vista, según declaras, la cosa cambia.

Alargó Fleming la mano hacia el teléfono, con lentitud, añadiendo:

—Le comunicaré al viejo la noticia. Tiene que saber que su Marigold ha muerto.

La zurda abierta de Colman se aplastó sobre la diestra del policía.

—No llames al viejo. Tú mismo has dicho que si se aguanta vivo es porque su única vitamina es su hija. Tiene que ignorar que murió, ¡Cristo! Siempre es peor morir.

—Quítame la zarpa, caray. Tienes fiebre y me vas a contagiar. ¿Qué diablos es eso de siempre es peor morir?

—Si tuvieras una hija preferirías esperarla años y años antes que enterarte que se murió.

Retiró Fleming la mano del teléfono, pero refunfuñó:

—No es legal, y lo que no es legal... no puede ser, Steve. A menos que me des una razón legal que me convenza.

—No la tengo. Era puro sentimentalismo. ¡Sí! ¿O es que yo no tengo derecho a ser sentimental? ¿Es que no puedo sentir compasión de un viejo que expirará tan pronto sepa que Marigold...?

—No te calientes conmigo, y hablando, la gente se entiende a veces. Mi deber como polizonte es avisar al viejo Bernstein —y volvió Fleming a tender la mano hacia el teléfono.

En pie, Colman le asió la muñeca, inclinó el busto y rezongó:

—Déjate de pamplinas conmigo, Owen, y dame unos minutos de resuello. Hagamos un trato, ¿quieres?

—Se puede estudiar, pero abre el alicates, caray.

Soltó Colman la presión pasándose la mano por el rostro en lento masaje.

—Desnudarse por dentro es un mal trago para mí, Owen, porque me revientan los patetismos, ¿comprendes?

—Comprendo.

—Esta misma mañana, antes de levantarle los párpados a Marigold, quedé de acuerdo con el viejo Bernstein para casarme con su hija.

—Y esta tarde baleaste a Fergus, en legítima defensa, porque tuvo que ver con la muerte de Marigold. ¿Qué trato me propones?

—La policía tardaría muchos días en averiguar la verdad porque es un tejido nauseabundo, pero muy sutil, muy ovillado y no tienes el cabo del hilo. Yo sí. Yo los voy a cazar, Owen.

—Caray... —y levantándose volvió Fleming a la ventana—. Aquí no se trata de una cacería en la jungla, Steve.

Resonó sobre la mesa el golpe de la automática depositada de plano. Se volvió Fleming.

—Hace poco mi propósito era acribillar a ciertas personas. Renuncio. Te las entregaré vivitas y coleando. Tú las encarpetarás.

—Lo que sepas estás obligado a declararlo ahora mismo y ante mí.
—¿Tú crees? No fastidies.
—No me desafíes, Steve. Conmigo matonadas, ni hablar. Yo aclararé el caso a mí modo, y tú vas a declarar lo que sepas.
—No sé nada. Y el que lo sabía, dices tú que palmó entre dos y tres.
—Por las malas vas aviado conmigo. Steve. Te meto en celda volando.
—Yo cedí terreno, Owen. Admití… que Marigold era para mí lo mismo que para ti tu profesión. Algo sano, algo en que tener fe y entusiasmo, algo que me hubiera permitido olvidar la fatiga de vivir, Owen. Y ahora, tanto me da pudrirme en una celda como que me trufen con plomo en una esquina o en una alcoba. Pero, ¡Cristo! cede un poco tú también.
—Vengo cediendo desde esta mañana y sanseacabó. No voy a consentir que entierren ante Nils Norvik a la que no es su mujer. No voy a consentir que andes suelto y liquides a quienes tuvieron que ver con la muerte de Marigold. Ponte en mi pelleja, caray.
—Esto es lo malo, Owen. Me esfuerzo y comprendo tu punto de vista. Sin rencor. Tú mandas. ¿Qué número tiene mi celda?
—Márchate.
—Será peor, Owen. Me pondrás sombras, alertarás a quienes hemos de cazar y huirán. Esta investigación es mía, ¡muy mía! Me cisco en el deber, en lo legal, en la policía… Pura paja para mí, porque hubo un viejo que esta mañana me vino a decir más o menos: «Mira, Steve, la gente anda chismeando que eres un perdido, un tipo sin salvación. Pero mi hija y yo te queremos. Porque ella y yo sabemos que no eres un canalla». Y yo, oyéndole, noté por dentro una gran satisfacción. Me duró poco, pero me basta.
—No podremos evitar que el viejo se entere. Cuando yo descubra todo el asunto, la Prensa publicará el nombre de la que fue enterrada en lugar de la Norvik.
—Tú llevas el asunto. La enterrada esta tarde… no tiene nombre. Una desconocida, Owen. Y cómo anda de por medio el «Sirpol», le echarán tierra a todo, tú verás.
Deja que el viejo siga esperando a su Marigold… Oye, cabezón, voy a emplear dos palabras que nunca me las oíste ni tú ni nadie. Te lo suplico, Owen, ¿está claro? Suplico y ruego. Sin ningún derecho, Owen. Suplico y ruego.
Tosió el sargento Fleming y gruñó:
—Caray, te pones muy latoso con el viejo ese de marras. Accedo al trato y tú haces la redada. Pero, contesta a una sola pregunta: ¿dónde diablos se esconde Hilda?
—Hilda ya no existe. Ha muerto.
Owen Fleming pegó un puñetazo en la mesa, exasperado. Le aplacó Colman con un ademán conciliador:

—¿Por qué crees que planeó ella su falsa muerte? Para conseguirse otra identidad. Ya no volveremos a ver a la rubia escandinava. Toma nota, Owen. Por si fallo… del país no ha de salir ninguna viajera con la identidad de Marigold Bernstein.

—Ah, caray… Voy comprendiendo. De acuerdo, Steve. ¿Un chupito?

Cogió Colman el frasco-petaca que le tendía Fleming y bebió un sorbo de «bourbon», áspero y reconfortante.

—Ayer Hilda era una muerta legítima —dijo Fleming.

Devolvió Colman el frasco metálico.

—Catalepsia provocada —y repitió todo lo expuesto por ella, añadiendo—: Su pretexto era que se sentía amenazada. La realidad es que desea irse lejos, con un fortunón y otra identidad.

—¿Ray Gardiner dónde se agazapa?

—Su esposa, que no sabe nada, quedó en avisarme apenas tuviera noticias de su paradero.

—A ti te contrató Nils.

—Por sugerencia de Hilda. Necesitaba dos tipos a los que se pudiera tapar la boca con dinero. Lo de Marigold… una horrenda coincidencia.

—Si no te coloco sombras para no alertar, pierdo el hilo, Steve.

—Cada seis horas tendrás noticias mías. Pasado ese tiempo, si no aparezco, te bastará con desplegar todas las fuerzas disponibles en la búsqueda de la que lleve la documentación de Marigold. Y dar ahora el comunicado a todos los puntos de salida: «Detener a Marigold Bernstein. Orden confidencial. Servicio Secreto».

—¿Qué garantía me das de que no te cargarás a nadie?

—He pensado que Hilda no puede morirse hoy ni mañana. Para ella siempre será peor vivir, mustiándose en larga espera, tras unas rejas, vestida con tela de saco y fregando suelos. Si la mato, le haría un favor, Owen.

—Me has convencido. Descuida, no tendrás sombras. Hemos intercambiado nuestra palabra y la cumpliremos.

—Gracias, Owen. ¿Tú te casaste, no?

—Mordí el anzuelo y me va potable. Esto debiste hacer tú… Por una Hilda maldecida, hay mil cluecas como mi esposa y tu Marigold… Las hay, hombre.

—Sin patetismos, mi sargento. Y no le cargues el muerto a otro, porque es muy mío. A Walt Fergus tuve yo el placer de…

Owen Fleming se barrenó los oídos con los meñiques, diciendo:

—Mi costilla se empeña en que vaya al destaponador. El cerumen se me apelotona a ratos —y quitándose los dedos, añadió—: Tengo un presentimiento, Steve. No quieres llevarte tu herramienta. No eres de los que se suicidan. Vas a que te tumben… ¡Caray, apenca con la vida, hombre!

—Abur, compadre. Es una pena que nos hayamos conocido de verdad esta tarde. A lo mejor hubiéramos hecho migas. Cuando te asciendan, me llevas dalias, con un lacito rosa que diga: «A Steve de Owen. En recuerdo de una amistad brevísima y sana». Adiós.

A solas, Owen Fleming paseó de un lado a otro. Por fin, mascullo:

—Caray… Es un bestia, pero ponte en su pelleja, Owen. Si te matan a la parienta, se te haría también difícil vivir. Bueno… —y tras beber un largo sorbo de «bourbon», resopló—: Cuenta con la corona, Steve. En recuerdo de una amistad cortita pero firme.

CAPÍTULO XI

Marta Gardiner dejó de pedalear en la vieja máquina de coser y fue a abrir. Miró a la elegante mujer que autoritaria entró.

—Supongo que usted es Marta Gardiner —especificó Arlene Land.

—Sí, señora.

—Tiene que escucharme con toda serenidad. Se trata de su esposo.

Angustiada, asintió ella.

—Ray Gardiner, desde su marcha anoche, se aloja en casa de una amiga mía.

—Quedó en telegrafiarme.

—No puede hacerlo.

—Habrá cometido alguna tontería...

—Intervino en un negocio, cuya índole ignoro, y en la casa donde se aloja temporalmente han de ir a pagarle el resto de la cantidad convenida.

—Pero... ¿usted quién es, señora?

—Vivo en la casa contigua y mi amiga me llamó, explicándome que Ray Gardiner necesitaba sencillamente avisar a su esposa, pero que por motivos particulares no podía hacerlo personalmente.

—No sé... pero tengo miedo...

—¿De qué? —inquirió Arlene Land nerviosa.

—De que Ray se haya comprometido en algo delictivo.

—No puede ser delictivo porque mi amiga no consentiría en dar alojamiento a un delincuente y menos en pedirme este favor.

—Sí, claro, usted perdone, señora —se excusó Marta Gardiner humildemente.

—Aprovechando que vine a hacer unas compras, mi amiga me pidió que pasase a recogerla y le entregase esta carta.

Tendió Arlene una cuartilla, que leyó con ansiedad la esposa de Gardiner. Unas líneas que este había escrito según lo convenido con Hilda Norvik.

> «Marta: Ya no pasaremos más apuros monetarios. Te espero en la casa donde te acompañará una señora amiga y embarcaremos esta misma noche para el Canadá. Cuando estemos juntos te lo explicaré todo. No traigas sino lo esencial,
>
> *»Ray».*

* * *

Ray Gardiner, a las cuatro de la tarde, no oyó entrar a Hilda Norvik.

Estaba tendido de costado en el suelo de la alcoba amueblada rústicamente. Dilatados los ojos, fijos y vidriosos.

A las once de la mañana había recibido la visita de Hilda Norvik y agradeció aquel refugio que le proporcionaba ella, así como que se ocupase de recoger a su esposa. Y escribió la nota para Marta Gardiner. En la nevera, Hilda Norvik colocó los refrescos que traía. Bebió. Hacía calor y Ray Gardiner aceptó el «Seven Up», cuyo agradable burbujea quitaba la sed.

A su lado, Hilda Norvik bebió un sorbo de jugo de naranja.

Y de pronto, Ray Gardiner se llevó la mano a la garganta, dejando caer el botellín del cual bebía directamente.

El frasquito de curare que Hilda Norvik le quitó a Jean Piaget, sirvió para rellenar tres cápsulas. Una destinada a Marigold Bernstein. La mitad de la segunda estaba surtiendo su fulminante efecto en Ray Gardiner. Su otra mitad ya tenía destino. La tercera cápsula, la conservaba Hilda en su bolso. Podía ser útil…

Pasó ella a una habitación, y, tras desnudarse, revistió un pantalón tejano y una camisa a cuadros, cuyos faldones dejó por fuera. Daba la impresión de una veraneante disponiéndose a entretenerse jugando a floricultura.

En el cuarto de baño abrió los dos grifos, y del botiquín extrajo la caja de gasas. Impregnó tres recuadros de gasa en alcohol, colocándolos sobre su nariz y boca. Ató por encima un pañuelo.

Cuando la bañera estuvo medio llena, cerró los grifos. Se enguantó manoplas de cuero de podador y vertió en el agua el contenido de un bidón, manipulándolo con sumo cuidado.

El ácido sulfúrico, en densa mezcla con un corrosivo «napalm», chirrió quemante al ir enturbiando el agua de la bañera.



—Yo me he muerto esta mañana. Ante un ataúd

Hilda pasó al garaje, y asiendo por un brazo y una pierna a Jean Piaget, lo hizo girar en el suelo, colocándolo sobre el hule tendido al costado. Evitaría el rastro de sangre, y concienzudamente dedicada a sus tareas caseras, pensó ella que después tendría que pasar un trapo por el suelo, allá donde había caído el francés.

Cerró el hule de modo a que no resbalase durante la operación de traslado. Por suerte, la casa estaba construida a un solo nivel. No había peldaños, dificultosos y molestos.

Junto a la humeante bañera, el sofocante miasma de los dos corrosivos no la importunaban, gracias a su máscara de gasa.

Era fuerte, y pudo alzar el torso de Piaget reclinándolo contra el reborde. Le levantó las piernas, y el cadáver se sumergió blandamente en el baño.

Salió ella, porque la humareda se hacía insoportable para su delicado olfato. Cerró la puerta.

En la sala se bajó el pañuelo; quitóse la franja de gasas, cuya solución líquida tendría que renovar por segunda vez. Las gafas solares protegían sus ojos, por ser de convexidad adaptada a la cuenca ocular.

Se dispuso a matar la espera de diez minutos, fumando y hojeando una revista de decoración. Le agradaba aquel comedor de estilo danés, aunque el tapizado no resultaba armónico.

Volvió a enmascararse, y en el cuarto de baño hundió el palo cuyo garfio alzó el tapón de desagüe. El líquido oscuro, espesado, fue bajando muy lentamente de nivel. Finalmente, solo quedó un amasijo blancuzco, donde brillaban dos puntos dorados: muelas aurificadas y cuatro plomitos. A las cuatro y veinte, Ray Gardiner fue sumergido en la bañera, donde ella, antes de empujarle, había vaciado otro bidón en el agua.

El tercero estaba destinado a Marta Gardiner.

A las cuatro y media abrió Hilda la puerta del garaje y pestañeó enojada, porque, junto a Arlene Land, Marta Gardiner, muy viva, ostentada una tensión expectante en el rostro.

Al inmovilizarse dentro del garaje el coche conducido por Arlene, dijo esta:

—Es mi amiga. Vaya con ella.

La emocionada Marta Gardiner bajó, y solo entonces tuvo valor Arlene Land para apretar el gatillo. Torpemente, vaciando el cargador.

Marta Gardiner dio primero un traspié, se asió el busto, giró sobre sí misma y resbaló contra el *chassis* hasta acurrucarse en el suelo.

Hilda Norvik no necesitó arrastrar. Envolvió en el hule protector el flaco cuerpo femenino y lo llevó en brazos hasta el cuarto de baño, donde ya el ácido humeaba.

Saliendo, se quitó el pañuelo y las gasas. Había terminado su jornada

de trabajo.

Miró burlona a la que, sirviéndose «Pippermint», bebía con anhelo.

—Ya está todo en orden, Arlene. Ahora te queda tan solo Steve Colman.

—No sé si podré...

—Podrás. Le odias. Él te insultó en forma que una mujer no puede nunca perdonar, Arlene.

—Pero me inspira cierto temor. No es un hombre ingenuo y fácil de engañar.

—Está muy seguro de él y eso le perderá.

—Te hubiera sido más fácil a ti, querida. Tienes «gancho».

—Voy a repetírtelo por enésima vez. Odio a todos los hombres, Arlene. Y cuando iniciamos nuestra asociación decidimos compartirlo todo: beneficios y riesgos. Cuando me propusiste sonsacarle a Nils, lo hiciste porque ya sabías que nunca le quise. Él me compró por esposa. Yo era una modelo sin éxito, viviendo casi miserablemente, porque los hombres me asqueaban. Nils era rico, yo le creía un negociante, y fuiste tú la que me propusiste el medio de adquirir nuestra independencia, enriqueciéndonos. Ya hemos obtenido los beneficios. Ahora compartimos los riesgos. Cumplí mi parte, Arlene.

—¿Piaget?

—Anulado. Nadie, salvo él, sospechaba de nosotras.

—¿Gardiner?

—Cero.

—¿Fergus?

—Alguien me evitó anularlo. Algún enemigo suyo. Y desaparecida Marta Gardiner, nunca nadie sabrá nada, nunca nadie podrá molestamos. Tan solo queda Steve... A las seis menos cuarto vendrá a tu piso, pensando encontrarme a mí. Entonces tú...

Hilda Norvik puntualizó los detalles, finalizando:

—Verás cómo no te deja conducir. Él es así, dominante y considerando a las mujeres como seres inferiores. Tal vez esto es lo que nos atrae en él, Arlene. Sí, mujer, no finjas escandalizarte. Te gustaría poderlo rendir, someterlo, como una domadora... Pero no podemos dejarnos llevar por caprichos. Él conducirá, y apenas entre el coche en este garaje, disparas.

—Se hará muy largo el tiempo junto a él.

—Puedes acortarlo. Durante el trayecto, hazle parar y lo anulas. Es asunto tuyo, querida. Yo cumplí mi parte, y recuerda...: la anulación de Steve Colman es el final obligado para asegurarnos definitivamente el porvenir. Si tienes temor de no resistir a su magnetismo primitivo y brutal —sonrió Hilda— puedes anularlo en tu piso. De todos modos, esta misma noche embarcamos. Pero recuerda bien... Anula a Steve Colman.

CAPÍTULO XII

A las seis menos cuarto, Arlene Land abrió la puerta de su departamento, erguida y en silencio. Entró Colman, dirigiéndose al mueble-bar.

—Hilda no tardará. Mientras, deberemos soportamos mutuamente, Colman.

—Todo sea por los dos mil.

—Yo también bebo, ¿sabe? Menta.

—Con ginebra seca, ¿verdad? Hará juego.

—Sólita y muy dulce.

La miró él, avanzando el labio inferior en mueca indefinible. Acentuó ella su sonrisa:

—Hilda me aleccionó. Parece que le necesitamos y como las hostilidades no se suavizan con asperezas, procuremos ser amables, Colman.

—Escondo tesoros de ternura aniquilante, Arlene.

Saboreó ella la menta, mientras Colman apuraba su coñac «Martel».

—Casi está usted tentadora, Arlene. Le sienta bien ese trapo.

—Es un vestido de coctel, a media recepción. Modelo exclusivo de «Shyck».

—¿Para solteronas «quiero y no puedo»?

Yendo a sentarse en un sillón, murmuró ella fervientemente:

—Me agradaría poderle hacer mucho daño, Colman. Herirle en sus fibras más íntimas.

—Limpióse que está de huevo. Las fibras esas me las extirparon. ¿Y por qué quiere hacerme pupa? ¿Porque no la ataco con dureza?

—Porque es desesperante ser mirada con tanto desprecio.

—Nací con los ojos que me dieron. Yo creo que se debe a que en torno mío, apenas me destetaron, solo veía pura miseria.

—¿Papaíto borracho, mamaíta egoísta? —ironizó ella.

—Papi murió sin que yo le conociera y mamá me entregó a una vecina. No la vi nunca más. Dicen que murió en un poblacho minero de Sudamérica. Era cantante y tal vez quiso ganar dinero para darme una buena educación. No pudo y así estoy de educado.

—Sensible.

—Para mí lo fue. Ya pasó y ahora cuénteme su vidita.

—Me educaron bien y no estoy amargada. Pero mi corazón vive muy solitario.

—Tráigame una cebolla y lloraré a moco tendido. Al asunto, corazón

suspirante. Son las seis y de un momento a otro vendrá su impetuoso conquistador.

—Jean Piaget no vendrá.

—Ya. ¿Y dónde está Hilda? ¿Acicalándose?

—No está.

—Ya. Bien, usted lleva el timón, Arlene. ¿A qué jugamos? ¿Al tute o al teto?

Sonrió ella, sin femineidad. Una mueca de antiquísima ascendencia, pensó Colman. Así debían fruncir los resecos labios las acusadas de actividades ajenas a la condición de mujeres nacidas para esposas y madres.

—He de proponerle un viaje y una crecida cantidad. Hablo en nombre de Hilda. Lamento no poseer su belleza, pero la suplo con una ventaja. Yo no me dejo influir por atracciones masculinas.

—La mujer fría, controlándose e infalible. Paparruchas. Pura paja.

—¿Sí? Dejemos las teorías. No puede ignorar que desde anoche es usted cómplice de Hilda.

—Usted también, nena.

—Por favor, sin calificativos ridículos. Según Walt Fergus, usted tiene un precio.

—Como él.

—Fergus ya rindió su utilidad. Tenemos en su contra una prueba que le obligará a callarse.

—Y ahora quieren algo contra mí para que no les haga chantaje.

—Acertó el problema. Hilda le ofreció dos mil. Ahora, ella y yo le ofrecemos diez veces esta cantidad.

—¿A quién tengo que cargarme?

Rio ella con nerviosismo.

—Lo que desconcierta es que diga barbaridades con tanta gravedad. ¿Está dispuesto a ganarse veinte mil dólares?

—Sí, maestra.

—Entonces, a las seis y media emprenderemos un viaje. En mi coche y no muy lejos relativamente. Mientras, ¿quiere otro coñac?

—No. Ya tengo mi ración suficiente. ¿Por qué hemos de esperar a las seis y media?

—Porque, mientras, Hilda está realizando ciertas gestiones —y levantándose, se dirigió ella al mueble-bar y tras beber, añadió—: Es imposible que usted no haya llegado ya a determinadas deducciones.

—Llegué. Le advertí a su amiga Hilda que yo no era un portento cerebral pero tampoco un tarado. Es la hora de las confidencias, ¿no?

Aproximándose, se sentó ella en el brazal del sillón ocupado por el detective. Afirmó:

—No pretendo seducirle, sino oírle más confidencialmente.

—Me tienes seducido por completo, guapa. Vales por lo corto un millón. Y en efectivo, no en metáfora.

—¿Puede usted ser más claro y no tutearme?

—Claro, hasta deslumbrarte, ricura. Hilda y tú fuisteis sacando jugo a Nils sin que este se enterase. Daba sus informes, pero vosotras avisabais al servicio competente extranjero. El doble juego os fue gustando. Y tú tenías acceso a determinadas informaciones. Hilda era la que vendía y cobraba a cierta potencia extranjera.

—Su sagacidad me pasma, Colman.

—Y eso que solo estoy empezando a levantar la tapadera del potaje. Todo iba como una seda y estabais rellenando medias con billetes grandes, cuando de pronto en el engranaje se coló una arenilla.

Asentía ella.

—Alguien empezó a sospechar. Alguien que todavía no sabéis seguro si comunicó o no sus sospechas a la jefatura pertinente. Entonces, Hilda decidió desaparecer a toda prueba, de acuerdo contigo. Y tú te preparas a desaparecer. ¿Con qué identidad? Tú sabrás.

Arlene Land, entrelazadas las dos manos en el respaldo, susurró:

—Lástima de inteligencia desperdiciada. Serías alguien si te lo propusieras.

—Te lo estoy proponiendo. Si fuese un Fergus cualquiera, intentaría un chantaje. Por eso lo liquidé esta tarde hacia las dos y media.

—No te oí bien.

—Fergus quería ir al cincuenta por ciento conmigo. Y yo soy como aquel aguilucho romano que afirmaba: «Todo para mí o nada para nadie». Me ofrecéis veinte mil de boquilla, acechando la primera ocasión propicia para liquidarme. No protestes, mujer. Es una charla amistosa.

—Eres desconcertante, Steve.

—Puro sentido común que reboso. Hilda, con otra identidad, se dispone a marcharse rumbo a Suiza o donde sea. Tú planeas lo mismo, como remate final. ¿Vais a dejar tras vosotras la estela de algún testigo que el día de mañana os estropee la tan bien urdida empresa? Sois millonarias.

—Y tú… ¿qué te propones?

—Impedir que me coloques dalias de plomo.

El semblante femenino plasmó asombro, no fingido.

—¿Cómo puedes imaginar tal atrocidad?

—Este vestido de coctel, como le llamas, tiene bolsillos amplios y el tejido es tieso. Te ensancha la cadera. Me rapo si en el bolsillo derecho no escondes una bonita pistolita.

—Siempre llevo un arma conmigo.

—Puede que sí, puede que no. Pero ojo, tú. Conmigo no patines, porque echarías por tierra todos tus planes tan laboriosamente bordados en una calceta finísima, como tú. Olvídate de la idea tan absurda de lastrarme con

plomo aquí, en el coche o allá.

—Tienes mente de criminal, Steve.

—Es lo que me salva de que me escabeches. Si pasan quince días sin que yo envíe un telegrama a cierto Banco, sacarían de una cajita un sobre. Encima del sobre la clásica frase: «Abrir en caso de pringar».

—¿Y dentro del sobre?

—Atrocidades, como dices. Hilda mató a una muchacha judía, sobre cuya tumba lloró Nils esta tarde. Hilda le quitó a Jean Piaget una dosis de curare. Hilda o tú, da lo mismo. El francés recelaba de Hilda y te lo comunicó. ¿Le cantamos el «miserére» a Piaget? ¿Entonamos el responso por Ray Gardiner? ¡«Ding-dong»! Funerales a Marta Gardiner.

Arlene Land se levantó parsimoniosamente. Caminó con rigidez hacia el mueble-bar.

—Por más menta que chupes, encanto, nunca borrarás el sabor a ceniza de calaveras. Enfoquemos el asunto con sentido común. Todo es lógico, si el móvil es poderoso. Nadie podía quedar comprometiendo vuestro futuro de hormigas laboriosas. ¿Dónde nos espera Hilda? ¿Dónde enterrasteis a Jean Piaget, a Ray Gardiner y a su esposa?

—No es posible que tú… hayas deducido todo esto.

—Sé atar telas de araña. La esposa de Ray Gardiner se marchó de pronto. A las cuatro. Una vecina me dio también las señas de la que vino a buscarla. No hablará con la policía, pero charló conmigo porque me quité el pajizo. Las señas de la que fue a buscar a Marta sor las tuyas, monada.

En silencio, fue ella a sentarse en el sillón enfrente a Colman.

—Yo no podía ya evitar nada. Solo encajar las desapariciones. Ray Gardiner fue a ocultarse allá donde iba a cobrar el dinero de la segunda parte convenida. Cobró en plomo, en veneno o en acero. Da lo mismo. ¿De tus manos delicadas o de las de Hilda? No hace al caso. Y fuiste a anunciarle a la esposa cualquier historieta digerible. Que su esposo estaba enfermo en tu hotel o que la aguardaba en tu casita, no importa. Y la incauta, con equipaje y documentación, se fue contigo. Viaje sin vuelta. Solo de ida. Es morena como tú; te retocas y arreglada tu salida.

Fumaba ella nerviosamente.

—Habla con sinceridad, corazón aislado. Estamos en el mismo barco. ¿Jean Piaget?

—Le citó Hilda.

—¿Eh?

—Hilda estaba ya teñida y maquillada.

—Perfecto. Sois dos socias bien organizadas y ahora solo quedamos los tres. Hilda, tú y yo. Como me tiene tan sin cuidado que sea ella o que seas tú, y lo único que quiero y amo es compartir un millón por lo corto, llegando a Copacabana o a Niza, una de vosotras pasa a ser mi esposa ante la ley. Contrato de bienes conjuntos. Yo aporto mi protección silenciosa y

una de las dos compartirá conmigo la «dolce vita». Creo que es así como los melosos italianos califican la existencia de orgía con plata sobrante. Las seis y media, cariño. ¿Nos vamos?

—Tu cinismo es escalofriante —sonrió ella.

—Esto os salva a las dos. En marcha, ricura.

En el «Chrysler» se instaló él tras el volante.

—¿Rumbo, jefa?

—Norte. Autopista 14.

—¿No dejaste nada olvidado en nuestro pisito, amor mío?

—Todo lo que interesa está ya en maletas allá donde vamos. Me has sorprendido, Steve. Hilda no pudo imaginarse siquiera una reacción semejante.

—Y por si acaso, llevabas tu pistolita camuflada, dulzura.

—Me repele que emplees calificativos cariñosos, sin sentirlos.

—Lo que importa no es el instrumento, sino la melodía.

—Es posible que te hayas inventado lo del sobre delator en el Banco.

—Muy posible. Y dentro de dieciséis días la Interpol, F.B.I., y demás organismos buscones andarán removiendo el globo terráqueo a la caza de Marigold Bernstein, alias Hilda, y Marta Gardiner, alias Arlene.

—Puede ser un farol de póker.

—Envida el resto. Yo ya me lo he jugado. No llevo armas ni pienso usarlas. Si Hilda no me cree, bastará con qué me despache. Tú misma, ahora, lo puedes intentar, pero, ojo... No admito tintos hasta no estar los tres socios juntos. Y si allá, en vuestro nido, una de las dos decide borrarme del mapa, os doy cita dentro de dieciséis días. Me oiréis carcajearme brincando en el infierno.

—Calla, Steve, me das frío.

—Arrópame en tus brazos, esposa, y viviremos en el Edén.

El silencio perduró hasta que el coche ascendía por la autopista en las proximidades de un ramal de espirales.

—La carretera a la izquierda, Steve.

La pancarta señalaba «Mountain Beach 6 Millas. Crescent Harbour 10 M».

En el recodo en que bifurcaban las dos carreteras, murmuró ella:

—Para, Steve.

—A la orden, cariño.

Arrimó Colman el coche al bordillo en semiarco. La panorámica era agradable al crepúsculo. La ladera con espaciados «bungalows» descendía hacia el puerto.

—Oírte decir «cariño» me impresiona estúpidamente, Steve.

—Si dos mil dólares me inspiraron afecto, figúrate la arrolladora pasión que ha desencadenado tu dineral en mi romanticismo.

—Quiero confesarte algo grave, Steve.

—Tu tono me emociona, cariño. Confiésate sin temor y como nada me puede sorprender, habla con llaneza.

—Hilda me obligó… a cumplir mi parte. Yo debía… matarte.

—Y no puedes. No porque mis encantos te hayan entontecido, sino por el sobrecito del Banco.

—Si entramos en el garaje, Hilda disparará, al no haberlo hecho yo. Por lo tanto es preferible que yo le explique a ella la situación imprevista. Ella creyó haberlo planeado todo sin fallo, pero no imaginaba que tú…

—Me iba a fabricar una coraza. Es sencillo, Arlene. Vamos allá, pero entras tú sola en el garaje, le explicas la papeleta y verás cómo ella estará de acuerdo en que el interés vuestro está en que yo disfrute de larga salud. No te arrimes más, vidita. Queda todavía por saber cuál de las dos se queda conmigo. Un secreto, cariño. Yo te dijo a ti, ¿estamos?

Sonrió ella tenuemente. Añadió él, poniendo el coche en marcha:

—Hilda es un témpano. Tú, bien manejada, casi resultarás una mujer. ¿Crees a Hilda tan impulsiva como para acogerme a tiro limpio?

—Tú eres el único que sabe… Aquella es la casa, Steve. Para aquí. En cinco minutos todo está resuelto.

Deteniendo, comentó Colman al bajar:

—Si te asomas ondeando pañuelito blanco, irrumpo. Si es trapito de luto, me filtro.

—Sí, Steve —musitó ella.

Arrancó el «Chrysler» y Steve Colman contempló el paraje. Solitario en las postrimerías del verano.

Minutos después avanzó hacia la casa de madera en cuyo garaje había entrado el «Chrysler».

CAPÍTULO XIII

Al terminar de relatar minuciosamente cuanto había expuesto Colman, añadió Arlene Land:

—Hemos de embarcar esta misma noche, Hilda. Y te aconsejo que es preferible pactar con Steve.

—No consigo comprender cómo pudo Steve averiguar tantas cosas.

—Lo que insinúas es ridículo. Nada dije yo. Él fue quien todo lo expuso acertadamente. Y su carta en el Banco…

—Será un permanente peligro que habremos de compartir también —sonrió la sueca enigmáticamente—. En pocas horas has ido perdiendo la serenidad de que tanto alardeabas, Arlene. Tiemblas…

—Los minutos de espera son los peores. Lo que propone Steve es normal. Si hubiese querido delatarnos ya estaríamos presas. Quiere asegurarse el porvenir, casándose conmigo.

—¿Y estás dispuesta a casarte con un rufián? Porque es un rufián, Arlene. Es insoportable la idea de que día tras día, noche tras noche, estemos a merced de este individuo. ¿No lo comprendes? Mandará en nosotras, nos tendrá siempre dominadas…

—No queda otra solución mejor. Si pasan quince días sin recibir el telegrama suyo, el Banco entregará la carta delatora a la policía.

—¿Y qué? Estaremos ya lejos. Podremos obtener otra identidad. Ahora, es provisional, para poder salir de los Estados.

Arlene Land se dirigió a la estantería, cogiendo el frasco de «Pippermint». Su licor favorito. En un vaso mezcló un chorro del verde licor con soda.

Hilda Norvik, tras la pantalla de sus gafas ambarinas y los lentes grises de contacto, acechaba.

Pero Arlene Land no bebió. Vino a sentarse, mirando el brebaje esmeraldino, y dijo pensativa:

—Si matas a Steve correremos siempre el riesgo que te propusiste evitar. Nos buscarán.

—Nos buscarían, suponiendo que existiese la carta que Steve dice haber escrito. Pero hay un medio sencillo de averiguarlo. Su llavero. Una llave de caja particular de Banco es especial y si no la deja en su despacho la llevará encima. Registré su dormitorio y su despacho en sus ausencias. No había llave alguna de modelo bancario.

—Entonces, tú decidirás, Hilda.

Y apuró Arlene Land en tres sorbos el contenido del vaso. Dilató los ojos, mirando con rencor horrorizado a la que asintió, diciendo:

—Solo puedo fiarme de mí, Arlene, solo de raí. Tus labios dibujan la palabra «monstruo»... Debo serlo, tengo que serlo, para obtener lo que siempre he ansiado. Independencia de todo, existencia cómoda y mandar en mí, sin que nadie me estorbe.

Arlene Land miraba hacia el ventanal, inmóvil, sentada, con la cara apoyada de lado sobre la mesa, colgantes los brazos. Cerró los párpados. Hilda Norvik ya no llevaba su atuendo de pantalón tejano y camisa a cuadros, sino el sencillo y modesto vestido correspondiente a una muchacha judía, sin profesión lucrativa.

Tanteó en su muslo derecho la funda sujeta al anche elástico del portaligas. Contenía el diminuto revólver de cachas de nácar, provisto de silenciador minúsculo, que reducía a leves toses la expulsión de proyectiles mortales a corta distancia.

En el ventanal esquinado en la fachada delantera, Steve Colman apoyó ambas manos en un cristal. Sus palmas se adhirieron y alzaron el encuadre de guillotina.

Hilda Norvik permaneció de espaldas aunque oía perfectamente el ruido.

Introdujo Colman una pierna, cabalgó y entrando volvió a cerrar. El aire acondicionado interior era delicioso.

El cabello negro en alto, visto por atrás, le preparó ya los nervios a la sacudida que iba a seguir. Volvió ella lentamente el rostro.

Maquillado exactamente igual como el semblante de Marigold.

Las gafas solares ambarinas amortiguaban la impresión. Se las quitó ella y Steve Colman, deteniéndose, crispó las mandíbulas.

—¿Sorprendido, Steve?

—Es prodigioso lo que se consigue con un tinte, un carmín claro y un lápiz de cejas. Lo incomprensible son tus ojos.

—Lentes de contacto.

—No sabía que existiesen del color que uno elija. Los creía transparentes.

—Lo son, para poder ver, pero con un barnizado especial del color elegido. No se venden así. Lo que se adquiere es el cristal transparente de aumento. El barniz es un secreto químico que me facilitó Nils sin proponérselo.

—Tú conseguiste hasta ahora todo lo que te propusiste.

Sentándose frente a ella, al otro lado de la mesa de «bridge», acarició Colman la cabeza de Arlene reclinada sobre el verde tapete.

—No pudo morirse del susto, porque ya te conocía. ¿Liquidación de la sociedad por supresión de asociada? Duplicaste tu participación monetaria. Comparada contigo, Arlene era una infeliz que no supo adivinar que este sería su final. Quiso jugar contigo una partida y perdió. Hay que ser muy fullero contigo, Hilda.

—Llámame Marigold —invitó ella colocándose nuevamente las gafas solares. Steve Colman denegó con el índice, en el aire. Un índice vibrante.

—La fiera, fiera se queda aunque se vista de terciopelo ajeno, Hilda. Esta mesita es simbólica. Cuatro jugadores se sientan y uno baraja. Tú barajaste. Arlene cogió una mano excelente. Puro trébol, que significa dinero en abundancia. Ray Gardiner agarró trece cuadros que le representaban salir de apuros. Jean Piaget acaparó los corazones, y atraído por Arlene sucumbió al agridulce encanto de la mujer altiva, a la que quiso avasallar. El palo restante de la baraja lo arañaste tú.

—«Pics» —sonrió ella. El dibujo de los labios de Marigold.

—Que son corazones negros invertidos. Eres una gran jugadora, pero cometiste un grave error. No lo fue el invitar a la partida a Walt Fergus, porque le adivinaste demasiado pronto la condición de tramposo. Hubiese robado a un niño ciego con tal de sacar para su «whisky». Invitarme a mí fue el fallo tremendo, Hilda.

Manoseó ella el tejido sobre el muslo derecho.

—Todo se remedia, Steve. Me intrigaste enormemente, desde el instante en que regresaste de la identificación, Habías, cambiado mucho.

—En toda partida de *bridge* hay tres que juegan y la cuarta persona es llamada «muerta». No juega. Arlene ya no puede jugar. Tú y yo, mano a mano, Hilda. Mis manos sobre el tapete. No llevo arma ninguna. Y a esta distancia no hay posibilidad de pifia por tu parte.

Aplicó ella las dos manos, de plano, sobre el terciopelo verde.

—Le sugeriste a Arlene la posibilidad de un pacto sólido.

—A ella, sí. A ti, no.

—¿Por qué a mí no?

—Porque es evidente lo que palpita en el invisible lazo que nos une, Hilda. Palpita un recio aroma de podrido en tu alma y un relente de náusea en la mía. Tu sola presencia me da náuseas, Hilda.

—Anochece, Steve.

—¿Quieres que encienda? ¿Cómo no? Mis espaldas tienen la suficiente anchura para las picaduras de tu filigrana. La que enfundas en la cara externa del muslo —y levantándose se dirigió Colman hacia la placa con botones de diverso color.

Vuelto de espaldas, inquirió:

—¿Luz roja de sangre? ¿Luz verde de codicia? ¿Luz azul de noche eterna? ¿Luz blanca de mortaja? Elige, Hilda.

—Bastará la luz azul.

Pulsó Colman el botón azul. Hilda Norvik cogiendo por los sobacos a Arlene Land la llevó casi en andas hacia una de las dos alcobas. La dejó tendida sobre la colcha de raso blanco de la cama.

En el dintel, Steve Colman comentó:

—Si permaneces mucho tiempo silenciosa podrías inspirarme una gran

atracción. Usurpada, naturalmente. Pero silenciosa, eres la viva imagen de otra mujer. Con una diferencia aplastante. Marigold, por dentro, iba vestida de primera comunión. Tú, por dentro, en vez de venas enroscas sierpes.

Asintiendo, ella se dirigió hacia la mesita iluminada por la pantalla que vertía un triángulo azul sobre el tapete verde.

Sentándose, tensó ella su falda. Steve Colman abrió la nevera y dijo:

—Acertijo a la vista. Tú sabes que mi tónico preferido es el coñac, como lo era el «pippermint» para Arlene. Me conformaré con beber «whisky», por si reservaste una pizca de curare para mí coñac. Voy a imponerte mi deseo, Hilda. A mí, ya me envenenaste…

Cerró la nevera, cogiendo de la estantería un frasco de «Craig». Volviéndose, con el vaso medio lleno de «whisky», añadió Colman:

—… O sea, que tendrás que eliminarme a base de plomo.

—Tu actitud es absurda desde que entraste, Steve. Me atribuyes intenciones que no tengo.

Sentándose frente a ella, Steve Colman apuró un sorbo, paladeándolo.

—Puro tónico. Si te cohíbe la idea de una llave de Banco y un sobre chivato, apacigua tu escrúpulo. No hay tal llave ni tal sobre.

—Eso, nunca podré saberlo. Lo que debes saber es que deseo que vengas conmigo.

—Lo mismo le dijiste a Arlene, que era tu mejor y única amiga.

—Ella fue la que me impulsó a traicionar a Nils. Ella estaba siempre a cubierto. Yo era la que tenía que arriesgarme, vendiendo los informes que ella hurtaba.

—Pobrecilla Hilda… Te pervirtió Arlene, la muy mala. Enternecedor, si no fueses una pantera carente de todo espíritu.

—Tal vez tú puedas despertar mi espíritu.

Cerró Colman los párpados y se adensó en sus pupilas el intenso odio. Si miraba, no veía a Hilda Norvik, sino la imagen de Marigold.

—No tienes que esforzarte tanto en procurar convencerme, Hilda. Dispara tranquilamente. Pura filfa la supuesta carta en un Banco.

Las manos femeninas se cruzaron sobre el tapete.

—Tú no eres de los que se suicidan. No eres de los que pueden morir, así, sin resistencia, sin pegar, sin brutalizar. Empiezas a inquietarme.

—No llevo nada hiriente. Y si temes que al sacar tu filigrana yo te haga el menor daño, no sabes jugar tu mano. Lo único hiriente que me queda es la lengua. ¿Cuándo crees embarcar?

—Esta noche, a las once. Contigo.

—La noche es tierna y acaba de nacer. A lo lejos, ha redoblado un campanario los ocho toques. Redobles de funeral, Hilda. El tuyo y el mío.

—Cuando te conocí, parece que hace años y fue anoche… me propusiste un trato. No mentirte. Yo debía contestar sinceramente a tus

preguntas. Lo hice a medias. Pero, pregunta ahora, Steve. Inténtalo, Steve.

—Quedan tres horas para que tu barco salga, sin ti. Nos sobra tiempo. ¿Por qué mataste a Arlene?

—Se interponía entre tú y yo. Se había enamorado de ti. ¿Sabes por qué? Porque eres lo que ella y yo más tememos. El hombre verdadero, rudo, dominante y despreciativo. Tienes la fascinación del bárbaro… Una mujer no puede vivir siempre sola. Necesita una fuerza a la que acogerse, para poder volver a ser niña, ingenua y sumisa.

—¿Fuiste niña alguna vez? Lo dudo. ¿Quién suprimió a Ray Gardiner?

—Yo.

—¿Dónde lo enterraste?

—Disuelto en corrosivo en la bañera.

—Caray, diría un amigo mío… ¿Jean Piaget?

—Lo mismo.

—¿Quién mató a Marigold Bernstein?

—Walt Fergus. Murió esta tarde a primera hora.

—No me digas… ¿De una indigestión?

Señaló el teléfono empotrado en una hornacina de la pared.

—Tu misterio ya no lo es para mí, Steve. Regresaste transformado de la identificación. ¿Por qué? me preguntaba yo, sin hallar respuesta. Yo no elegí a Marigold. En su bolso, que me entregó Fergus, había una agenda. Y en la línea donde dice: «Avisar en caso de accidente», habían escrito «Abe Bernstein», una dirección y un teléfono.

Las manos de Colman se crisparon sobre el tapete. Prosiguió ella:

—Telefoneé a Bernstein. Yo era una amiga de Marigold y ambas íbamos a hacer una jira por California. Entonces se reveló el misterio, Steve. Una voz trémula, de viejo, diciendo: «Hágame el favor de decirle a mi hija que no sea necia y que venga al instante, porque… dígaselo exactamente así… Steve Colman, esta misma mañana, a primera hora, me anunció que se quiere casar con ella… Por favor, repítaselo así, señorita».

—¿Cuándo telefoneaste?

—Hace escasamente una hora, mientras esperaba que llegase Arlene contigo. Si yo, indirectamente, soy culpable de la muerte de Marigold, no comprendo cómo frente a mí, no reaccionas con salvajismo. Mataste a Fergus, ¿verdad?

—Fue un asesino porque tú le pagaste para serlo.

—¿Por qué a mí no me acusas ni pretendes matarme?

—Te he reservado un porvenir mucho mejor, Hilda. Imagínate que una pantera sedienta de agua llega al charco y bebe, bebe hasta saciarse. En ti, el agua es el dinero. Ya atravesó la pantera el desierto, dejando huesos como rastro. Ahora espera el momento de ir al oasis, al paraíso.

—Podemos compartir ese paraíso, Steve.

—La única voluptuosidad que puedes darme, luego te la expondré.

¿Qué me ofreces? ¿Una imitación postiza y exterior de Marigold? Ella tenía fragancia de vergel. Tú apestas a ciprés.

—Yo seré tu medicina, Steve. No eres un blando romántico. La impresión de esta mañana, se borrará. En la cerveza, el alemán ve sus campos de lúpulo. En mí, verás a Marigold...

—Nunca el sucedáneo del café equivale al moka. Quiero despedirme de esta puerca vida mía, con humor negro, negrísimo como tu sucia alma. Me causa regocijo pensar, solamente pensar, que pudiera ser cierto que te inspiro algo semejante a un fugaz capricho. Las panteras retozan con los leopardos heridos, antes de rematarlos.

Se puso ella en pie, dejando sobre el tapete las gafas solares.

—Siempre es peor morir, Steve.

Avanzó, estatuaria.

Incorporándose, Steve Colman rio. Un rictus de ferocidad acumulada. Dijo:

—Los que van a morir te saludan, Eros. La pantera quiere aniquilar al leopardo. Dos bestias, dos bichos, dos fieras van a enlazarse, Eros.

Hilda Norvik enlazó con sus dos brazos el cuello de Colman. En alto el rostro. En alto el semblante de Marigold.

Ofreciendo labios sonrosados.

Steve Colman inclinó muy lentamente la cabeza.

Escupió.

En brusco salto hacia atrás, Hilda Norvik se pasó el antebrazo por los labios. Su diestra bajó rápidamente, como un zarpazo, alzando la falda.

Reapareció, encañonando.

—Estás a cuatro pasos, Hilda, pero levantas el cañón demasiado. Apuntas mi boca, pero esta filigrana retrocede hacia arriba. Si colocas el punto de mira en mi cuello, el primer balazo me besará aproximadamente entre la barbilla y la nariz. ¿Te das cuenta el asco y la repulsión que me produces? Me diste a elegir y he preferido los besos de tu revólver a la ponzoña de tu boca.

Tenso el brazo, doblado el índice en el gatillo, parecía ella petrificada.

—Si quieres prolongar este dulce instante, pierdes el tiempo. No hay agonía para mí. Agonicé esta mañana.

—Quiero ver si realmente soportas mucho tiempo la idea de morir.

—Quiero ver cómo encajas la noticia. La única voluptuosidad que me inspiras es la visión cercana de una pantera convertida en rata... ¡Rata! —y exhibió Colman los dientes en mueca riente, de odio—. Rata acorralada. No hay barco para ti, ni avión ni submarino. Un sabueso llamado Owen Fleming dio el silbido general. Cerradas todas las salidas para una rata que pretende llamarse Marigold. Sabe que no fuiste tú la que enterraron esta tarde. Tus millones no te valen nada. Papel sucio, pura paja. Irás a pudrirte, a envejecer, a encallecer tus manos arañando barrotes de

presidio, esperando días y noches el momento de ir a sentarte en la estufa de alto voltaje…

Los disparos fueron repercutiendo como zumbidos de avispa, picando, chamuscando en diminutos taladros.

CAPÍTULO XIV

Hilda Norvik se estremecía a cada disparo que penetraba repicando en su espalda, en la negra mata del cabello teñido y de nuevo en su espalda.

Se inclinó hacia delante, tambaleándose al recibir el primer balazo y siguió inclinándose. Trató de erguirse y alzó el brazo armado, apretando el gatillo convulsivamente.

Siguió disparando a ras de suelo al caer de bruces.

Steve Colman se llevó la abierta diestra al corazón. Y retrocediendo fue a sentarse, tendiendo las piernas. Sus dedos iban impregnándose en sangre.

Arlene Land, vaciada su automática, la dejó caer. Se aproximó hacia el que, sentado, miraba al suelo, donde Hilda Norvik cesando en sus estremecimientos iba adquiriendo la quietud definitiva.

Arlene Land murmuró:

—No pudo ella herirte, Steve.

—Solamente un refilón. Nada de botiquín ni de mimos. Mira por dónde, al final ganaste tú la última baza. Sospechaste que ella te iba a borrar de la sociedad.

—Bebí «Pippermint», pero no del frasco de la nevera, sino del que llevaba en mi bolso. Supe que Hilda iba a matarme, desde el momento en que entré. Quise oír, quise saber...

—Dame coñac. No lo emponzoñó ella. Dame coñac. ¡Ya!

Se dirigió ella a la estantería. Miró Colman su herida. Un refilón peligroso, hinchando el pectoral, y sin orificio de salida. Un plomo viajero, que la sangre podía impulsar hacia el corazón, al menor movimiento.

Quería terminar pronto. Arlene Land le presentó el vaso y con la zurda lo cogió, bebiendo ansiosamente. Pero era coñac, puro y sin mezcla.

—Tienes que salir corriendo, ratita. Lo que le anuncié a Hilda es pronóstico que te concierne. Owen Fleming viene en tu busca... Le telefoneé que si a las ocho no tenía noticias mías, viniese aquí... Le llamé desde la casa vecina, mientras tú entrabas en el garaje... ¿Oyes? O son trompetas infernales dándome la bienvenida, o es un coche. Es un coche. ¿Oyes, ratita? Se aproxima el sabueso. Y las dos herramientas de trabajo las habéis descargado... Tienes mala suerte en el último momento, ratita... Nos van a pillar vivos, asquerosamente vivos.

Arlene Land imitó con bastante similitud las correrías de una rata enfurecida, tratando de hallar un boquete de escape.

Un policía la atrapó por un codo en la esquina del garaje. Otro le colocó las esposas.

Owen Fleming, entrando, se aproximó al que, tendidas las piernas, dijo:

—Palabra cumplida, Owen. No me cargué a Hilda. Fue Arlene. Hilda quiso estallarme la válvula cardíaca y lo consiguió a medias. A medias, porque si me trasladas, el plomo se moverá. Lo noto calentito, palpitando cerca. Oye, como un segundo corazón.

—Quédate quieto, caray. Ahora mismo vendrá el cirujano con la pinza. ¡Larry! ¡Traed al cirujano extractor de plomos! ¡Rápido, Larry! Tú no te muevas, caray. Vas a vivir por narices. Tienes que seguir dándole esperanzas al viejo Abe. Si te mueres, nadie le podrá hacer tragar la píldora. En cambio, si tú le dices que esperas el regreso de Marigold, ¿eh?...

Steve Colman cerró los ojos. Era curioso y reconfortante ver a Owen Fleming suplicando.

—Eres de lo que no hay, Steve. Se suicidan solamente los cobardes. Los demás, apencamos con la vida. Voy a conseguirte el reingreso, hombre.

—Si espicho, ¿qué te importa?

—Un pepino. Pero entonces eres un embustero y esto sí que no te lo consiento. ¿Quieres sí o no que el viejo Abe se trague el cuento de hadas? Tú solo podrás lograrlo. Nadie citará nunca a Marigold Bernstein. Sobran identidades. Te lo prometo. ¿Me oyes, Steve?

Steve Colman, relajado, no respondió. No podía.

⋆ ⋆ ⋆

Abe Bernstein miró agresivo a Ben Levine:

—Si Steve lo ha consentido es que es un calzonazos.

—Un hombre que ama sinceramente, siempre es un calzonazos, viejo.

—Bueno, si Steve consiente, me conformo. Pero, ¿por qué no viene él a decírmelo?

—Era una ocasión única para Marigold. Una jira de seis meses con una compañía teatral de las serias. Ya había firmado. Steve la abroncó, pero ella estaba ilusionada, y podemos esperar seis meses, ¿no? Y no viene porque la acompañó hasta... Los Ángeles.

—Seis meses es mucho tiempo, Ben.

—Pasan pronto, viejo. Ella escribirá... y todos tan campantes.

⋆ ⋆ ⋆

Ben Levine regresó a la clínica. Sentándose junto a la cabecera, dijo:

—El viejo quedó engatusado. Dice que seis meses es mucho tiempo. Le dije que estabas en Los Ángeles con ella. Bueno, y cuando pasen los seis meses, ¿qué haremos?

Steve Colman, vendado el torso, refunfuñó:

—No me compliques la vida. Ya buscaremos otro cuento. Tienes que ir a comprar postales de California, luego de México y Centroamérica. Cada

semana nos escribes una postal al viejo y a mí. La letra de Marigold es sencilla, redondita y clara. No te costará nada imitarla.

—¿Y el matasellos? ¿Y los sellos?

—Un corcho a punta de cuchillo. Del matasellos me encargo yo. Y de los sellos.

⋆ ⋆ ⋆

Abe Bernstein satisfecho, afirmó:

—Tan pronto regrese, no hay temor de que se nos vuelva a ir, Steve. Fíjate que todas las semanas, puntualmente cada domingo, escribe. Y lo que es más importante, desde hace un mes, cada quincena manda un girito para su dote. Esto es elocuente, cáspita.

Contemplaba en la postal el lago mejicano con barquitos con alas como mariposas. La volvió, y releyó, esta vez en voz alta:

> «Querido "pop": Dentro de cuatro meses, estaremos juntos. Ya tendré dote para mis trapitos de boda y los del crío. Muchos besos,
>
> *»Marigold».*

Tras besar la firma, dijo Bernstein:

—Esta niña escribe un poco a lo macho, ¿no te parece, Steve?

El giro quincenal lo remitía Steve Colman a través de un Banco con sucursales hispanoamericanas. Lo sacaba de su paga de detective del Precinto 6, como componente de la Brigada del sargento Owen Fleming, propuesto para teniente desde su éxito muy privado.

«Sirpol» intervino. El proceso de Arlene Land tuvo lugar a puerta cerrada. El domingo de la semana en que fue ejecutada Arlene Land, una postal de Costa Rica les llegó a Abe Bernstein y Steve Colman.

El estilo era ya mucho más femenino.

FIN



EL YOGA





Usted quiere ser feliz; pero, ¿qué hace para conseguirlo? Probablemente, nada práctico. Le gustaría dominarse a sí mismo, eliminar sus alteraciones nerviosas, apartar ese cansancio que le deja la jornada de trabajo...

y tantas otras cosas.

MARABUZAS



EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final.

Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador, cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera Argentina SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUNCION.

PERU: "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Mequegüa, 336 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente, 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485 MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain